

---

# **EL GOBIERNO DE LOS ASUNTOS DE LA GUERRA EN CASTILLA DURANTE EL REINADO DEL EMPERADOR CARLOS V (1516-1558)**

**SANTIAGO FERNANDEZ CONTI**

## **INTRODUCCION**

Nuestra intención primera fue el estudio del Consejo de Guerra en la primera mitad del siglo del siglo XVI. Sin embargo, al profundizar en el tratamiento que recibían los asuntos militares en el gobierno de la Monarquía nos hemos acabado cuestionando su propia existencia, por lo menos con las características que entendemos debía reunir un órgano de esa naturaleza. Este es el motivo por el cual hemos preferido generalizar en el título, aun admitiendo la utilización de la expresión «Consejo de Guerra» a lo largo del trabajo como una adaptación a la denominación que utilizaron los contemporáneos para referirse al conjunto de personas que aconsejaban al rey en esta materia, sin que ello implique por nuestra parte la aceptación de un Consejo plenamente constituido. En realidad, no supone una desviación de nuestros propósitos iniciales, pues, a nuestro juicio, la misma oscuridad y confusión que envuelve al Consejo de Guerra durante estos años tiene evidentemente su origen en lo poco que sabemos sobre la forma en que fueron tratados los asuntos de la guerra a lo largo del reinado del emperador. En este sentido, esperamos que nuestra aportación pueda despejar algunas dudas.

Por otro lado, mientras Carlos V permaneció en la península los consejeros de Guerra entendieron tanto en los asuntos propiamente castellanos como en los que afectaban al conjunto de sus posesiones. Durante sus ausencias los consejeros se dividieron, permaneciendo unos en Castilla y acompañándole otros, por lo que nuestro estudio se centra, como se refleja en el epígrafe, en los primeros.

Señalar, por último, que somos conscientes de las brumas que observamos todavía en algunos puntos, a la espera de ulteriores investigaciones que esperamos seguir llevando a cabo.

## a) Estudios previos sobre el Consejo de Guerra

La influencia de la guerra sobre la organización de las monarquías en la Edad Moderna es un concepto historiográfico que ha conocido ya una cierta elaboración teórica<sup>1</sup>. Resulta por ello sorprendente que el estudio del organismo en principio encargado de administrar y coordinar los recursos de la Monarquía más poderosa de Occidente durante el siglo XVI, haya atraído tan escasamente la atención de los investigadores. Quizá sea debido a la noción que tradicionalmente se ha mantenido sobre el Consejo de Guerra, que ha pasado de generación en generación de historiadores. Nos referimos, claro está, a la completa subordinación respecto al Consejo de Estado. Por ello, una de las primeras dificultades que tuvimos que asumir en los inicios de nuestra tarea fue la escasez de fuentes impresas. Y aun las existentes tratan superficialmente la época que nos ocupa, limitándose a repetir lugares comunes. Si acudimos por ejemplo, a las obras generales de los cronistas de la Monarquía, nos encontramos con descripciones de los siglos XVII y XVIII que nos dibujan un Consejo que poco tiene que ver con los tiempos del empera-

---

<sup>1</sup> Ya en 1952 Max WEBER afirmaba que «...la tendencia burocrática se ha visto influida por las necesidades surgidas de la creación de ejércitos permanentes, determinada por la política de poder y por el desarrollo de las finanzas públicas relacionadas con la institución militar», en: «The presuppositions and causes of bureaucracy», R. K. MERTON, *Reader in bureaucracy*, Glencoe, I, 1952, pp. 60-68. La aportación de Jaime VICENS VIVES al XI Congreso Internacional de Ciencias Históricas (Estocolmo, 1960), incidía en la idea de que el desarrollo de las Monarquías Absolutas Modernas coincidió con la gran ofensiva otomana de 1530 («Estructura administrativa estatal en los siglos XVI y XVII», *Historia económica y reformismo burgués y otros estudios de historia de España*, Barcelona, pp. 99-141). Por su parte, I. A. A. THOMPSON intentó una demostración práctica de la previa elaboración teórica, estudiando el desarrollo del Consejo de Guerra de la Monarquía Hispánica en la década de 1580, período de máximo esfuerzo bélico («The Armada and administrative reform: the Spanish Council of War in the reign of Philip II», *English Historical Review*, vol. 82, 1967, pp. 698-725). Con posterioridad, R. BEAN, «War and the birth of the nation-state», *Journal Economic History* XXXIII (1973), pp. 203-221; y Samuel E. FINER, «State and nation-building in Europe: the role of the military», C. TILLY, ed. *The formation of nation states in western europe*, Princeton, 1975, pp. 84-163, insistían, de forma bastante dudosa, en el nexo entre la evolución militar y el surgimiento del Estado en la Edad Moderna. Por el contrario, J. R. HALE, *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento: 1450-1620*, Madrid, 1990, pp. 275-277, defiende que «...la guerra desempeñó tan sólo un papel secundario en fomentar el desarrollo de las burocracias modernas». Para una visión más amplia que incluya la influencia de los aspectos militares sobre la evolución de la sociedad en su conjunto, sugerimos Stanislav ANDRESKI, *Military organization and society*, Londres, 1968; William H. MacNEILL, *La búsqueda del poder: tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d. C.*, Madrid, 1988, y A. CORVISIER, *Armies and societies in Europe 1494-1789*, Bloomington, 1979. La obra de Geoffrey PARKER, *La revolución militar: las innovaciones militares y el apogeo de occidente, 1500-1800*, Barcelona, 1990, analiza un aspecto muy particular de esta relación, como es el predominio de la sociedad occidental sobre el resto del orbe debido a los avances en la técnica militar. Algunas de las conclusiones de este último son revisadas en: Jeremy BLACK, *A military revolution? Military change and European society: 1550-1800*, London, 1991.

dor<sup>2</sup>. El examen de las obras acerca de la administración castellana ya consideradas como clásicas no ofrece mejores resultados<sup>2bis</sup>. Destacamos algunas afirmaciones de Walser, respecto al surgimiento del Consejo de Guerra como órgano de la administración de Castilla —basándose en el primer Título de consejero, expedido en 1517— y la inmediata sumisión al Consejo de Estado tras su más tardía aparición<sup>3</sup>. Más adelante tendremos ocasión de matizar estas aseveraciones, sobre todo en lo tocante a la interpretación de dicho título.

Prosiguiendo con el repaso de la bibliografía disponible, nos encontramos con el autor que sigue siendo referencia imprescindible en nuestro tema de estudio. Nos referimos al hispanista inglés I. A. A. Thompson, que publicó hace 25 años un enjundioso artículo sobre el Consejo de Guerra<sup>4</sup>. Como él mismo resalta, está realizado con la intención de demostrar la relación existente entre la presión de las necesidades bélicas y el desarrollo de la administración, centrándose en el caso del Consejo de Guerra de la Monarquía Hispánica. Con todo, la mayor parte del trabajo está dedicado al análisis de las reformas que experimentó durante la década de 1580, período de máximo esfuerzo bélico, lo que obligó al rey a ampliar y perfeccionar su maquinaria administrativa. Por ello se detiene muy poco en el desarrollo del Consejo a lo largo del siglo XVI, limitándose a esbozar los puntos fundamentales. Fecha su origen hacia 1516 y aventura confusas hipótesis para explicarlo<sup>5</sup>. Analiza el problema de sus relaciones con el Consejo de Estado, y llega a la conclusión de que el Consejo de Guerra estaba formado por los consejeros de Estado —excepto los eclesiásticos— aptos para discutir materias de guerra, junto con expertos militares de menor rango social<sup>6</sup>. Se ocupa asimismo de la

---

<sup>2</sup> Tanto Alonso NUÑEZ DE CASTRO, *Sólo Madrid es Corte y el Cortesano en Madrid*, Madrid, 1699, pp. 36-38, como Gil GONZALEZ DAVILA, *Teatro de las grandezas de la villa de Madrid, corte de los Reyes Católicos de España*, Madrid, 1986, reprod. fac. de la ed. de 1623, p. 514, se limitan a mencionar la doble Secretaría (mar y tierra) a partir de 1586, la calidad de sus consejeros y las atribuciones que ostentaba en el siglo XVII. De más utilidad por lo detallado resulta la obra de Francisco Javier de GARMA Y DURAN, *Theatro Universal de España*, Madrid, 1751, pp. 140-154; rastrea los orígenes del Consejo hasta la época de los Reyes Católicos —cita una cédula que se refiere a este organismo—, nos habla de su estructura, composición (cinco consejeros a partir de 1586), su relación con el de Estado («...ser uno mismo que el de Estado») y su ámbito de competencias, especialmente las judiciales, con la asistencia de dos consejeros de Castilla.

<sup>2bis</sup> M. J. GOUNON-LOUBENS, *Essais sur l'Administration de la Castille au XVI siècle*, París, 1860, p. 136. Al Consejo de Guerra le dedica poco más de una línea y lo considera una variante del Consejo de Estado.

<sup>3</sup> F. WALSER, *Die spanischen zentralbehörden und der staatsrat Karl V*, Gotinga, 1959, p. 264-265.

<sup>4</sup> I. A. A. THOMPSON, *op. cit.*

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 700: «it may have emerged gradually as a sucomittee of the Council of castile [...] if 1516 was the date of its first appearance, it may be connected in some way with the absence of direct royal control after the death of Fernando, and may have been set up either as a political device to dilute the power of Cisneros or to assist him in the prosecution of war against Francis I».

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 703.

figura del secretario<sup>7</sup> y los oficiales menores, que estuvieron ocupados a partir de la segunda mitad de la centuria sobre todo en temas de justicia<sup>8</sup>. En resumen, para Thompson el Consejo de Guerra atravesó durante el siglo XVI una etapa de marasmo, adocenamiento y casi desaparición. Ello se explicaría por la ausencia de responsabilidad directa de Castilla en la organización de las guerras que afectaron a la Monarquía. Una obra posterior deja más perfilado el cuadro jurisdiccional y competencial del Consejo pero, al referirse principalmente al siglo XVII, arroja poca luz para la consecución de nuestros propósitos<sup>9</sup>. La aportación de este hispanista ha servido de base para que autores posteriores —que tocaban el tema de forma marginal— se formaran una opinión sobre la propia existencia del Consejo<sup>10</sup>.

Todavía hemos de reseñar un trabajo más sobre el Consejo de Guerra. Se trata de una Tesis doctoral inédita, leída en 1988 en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid<sup>11</sup>. Al abarcar un período de tres siglos —del XVI al XVIII— nos encontramos con escasa atención para la época de Carlos V, aunque se detiene un poco más en la explicación de su origen. Sin atreverse a fijar una fecha inicial, analiza los avances en la política militar del reinado de los Reyes Católicos y las necesidades de organización que, en consecuencia, surgieron en el gobierno de la Monarquía. El estudio le sirve para «...afirmar la existencia del Consejo de Guerra, funcionando como órgano con amplias competencias sobre los asuntos militares durante el gobierno de Fernando el Católico, que tuvo una continuidad cierta bajo la Regencia de Cisneros, y que aparece reconocido con el nombramiento formal de un Consejero antes de que Carlos I viniera a España»<sup>12</sup>. El origen del Consejo así formalizado, estaría en la «*vía administrativa del despacho por la*

<sup>7</sup> Hace una breve cronología de los que hubo a lo largo del siglo. *Ibidem*, pp. 704-705.

<sup>8</sup> *Ibidem*.

<sup>9</sup> I. A. A. THOMPSON, *Guerra y decadencia: gobierno y administración en la España de los Austrias (1560-1620)*, Barcelona, 1981, pp. 50-62. Esta obra está dedicada al estudio del funcionamiento de la administración militar de la Monarquía austríaca.

<sup>10</sup> Por ejemplo, mencionando sólo los más recientes, *Enciclopedia de Historia de España* (dir. Miguel ARTOLA), vol. II, 1988, p. 31, donde se acepta la aparición de un verdadero Consejo sólo con la llegada de los Borbones; Manuel FERNÁNDEZ ALVAREZ, «El siglo XVI: Economía, Sociedad, Instituciones», en: *Historia de España Menéndez Pidal*, t. XIX, Madrid, 1989, pp. 590-591, remarca la sumisión al Consejo de Estado, tanto por sus competencias como por la calidad de sus miembros; Pablo FERNÁNDEZ ALBALADEJO, vol. 5, «El siglo de Oro (siglo XVI)» de la *Historia de España* (dir. Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, Barcelona, 1988), pp. 84 y ss., hace un buen estudio sobre la organización consiliar en el siglo XVI. Respecto al Consejo de Guerra, se basa en los datos aportados por THOMPSON y, aunque reconoce las más tempranas alusiones al Consejo, «...no debe entenderse como alusiva a un consejo plenamente constituido», por lo que retarda su aparición real hasta la reforma de 1586, siendo los asuntos militares llevados hasta ese momento por una Secretaría. Como veremos, es una tesis que asumimos plenamente.

<sup>11</sup> Juan Carlos DOMÍNGUEZ NAFRIA, *El Real y Supremo Consejo de Guerra*, Madrid, 1988. Dirigida por el profesor José A. ESCUDERO. Agradecemos al autor el que nos haya permitido su consulta.

<sup>12</sup> *Ibidem*, I, p. 37.

*Cámara»*<sup>13</sup>. Desgrana algunas opiniones más sobre el Consejo de Guerra en la primera mitad del siglo XVI, que iremos comentando en el contexto apropiado.

**b) El estudio del tratamiento de los asuntos de la guerra a través de las élites de poder en el gobierno de la Monarquía**

Una vez repasadas las fuentes bibliográficas, se hace evidente cuán poco sabemos sobre lo que los contemporáneos denominaron Consejo de Guerra o, para expresarse con más propiedad, la forma en que fueron tratados los asuntos de la guerra durante el reinado del emperador. A nuestro juicio, ello es debido a las carencias del enfoque institucionalista, el único a través del cual se ha tratado el tema hasta ahora. Así, al no disponer de ordenanzas fundacionales, normas de funcionamiento, composición definida, jurisdicción y competencias establecidas, ciertos investigadores, como hemos visto, se han basado en la aparición de Títulos de consejeros de Guerra para afirmar la existencia real del Consejo. Ciertamente, esos nombramientos son casi los únicos elementos sólidos de análisis de que disponemos en las dos primeras décadas de reinado del emperador. Pero seguir esta vía interpretativa para el estudio de las distintas instituciones y organismos es presuponer que la composición socio-política de la Monarquía no ha experimentado cambios cualitativos desde el siglo XVI hasta nuestros días, y caer por tanto en un empirismo que nos conduce a anacronismos inevitables, como han puesto de manifiesto diversos autores<sup>14</sup>.

Si partimos de la base de que la Monarquía no había desarrollado todavía mecanismos para asegurar la efectiva implantación de su poder en todo el territorio, es claro que la única forma que tuvieron los soberanos de asegurar su dominio pasaba a través de las redes clientelares, que tenían su epicentro en la Corte<sup>15</sup>. Resulta clave, por tanto, para comprender adecuadamente cómo fue ejercido el poder —en este caso en el ámbito militar— conocer quiénes fueron los personajes congregados para resolver en materias de tal índole. Pero, como ha señalado el profesor *Martínez Millán*, no basta con establecer la lista de personajes, con su consiguiente estudio prosopográfico para conocer sus perfiles y características propias, trabajo que hemos llevado

<sup>13</sup> *Ibidem*, I, p. 32.

<sup>14</sup> Véase, entre otros, Antonio Manuel HESPANHA, *Historia das Instituições: épocas medieval e moderna*. Coimbra, 1982, donde se traza la esencia y composición de la Monarquía: B. CLAVERO, «Política de un problema: la revolución burguesa», *Estudios sobre la revolución burguesa en España*, Madrid, 1979, pp. 1-48, señala la diferencia entre el Estado burgués y la Monarquía del Antiguo Régimen. Pablo FERNÁNDEZ ALBALADEJO, «La transición política y la instauración del Absolutismo», *Zona Abierta*, 1984, incide en la evolución de la denominada Monarquía Absoluta.

<sup>15</sup> Sobre este tema, nos remitimos a la introducción del presente volumen a cargo del profesor MARTÍNEZ MILLÁN, y especialmente al apartado segundo.

a cabo en la medida de nuestras posibilidades <sup>16</sup>. Y no es suficiente porque tal sistema de relaciones constituye la propia esencia de la organización política de la Monarquía en la Edad Moderna. Unicamente de este modo, a través de su estudio, nos es posible valorar la importancia que los monarcas otorgaron a los asuntos de guerra desde el punto de vista de la organización del gobierno, los mecanismos que utilizaron para tomar las decisiones militares, y cómo fue mediatizado ese proceso por los personajes implicados, en última instancia los grandes «Patrones» de la Corte.

En íntima conexión con lo expuesto, el estudio exhaustivo de los nombramientos de consejeros de guerra que se concedieron, considerados por algunos como signo inequívoco de la institucionalización del Consejo, confiere nuevo sentido a unos datos que para esos mismos autores son meras cuantificaciones: las circunstancias del nombramiento, el concepto que los mismos individuos tenían de él y el hecho de que no fueran convocados determinados consejeros con Título —por pertenecer a círculos de poder ajenos al dominante en ese momento— nos conducen invariablemente a considerarlos como una merced más del rey, para premiar determinados actos de sus fieles súbditos.

El examen de los asuntos de guerra bajo este nuevo prisma plantea entonces cuestiones inevitables y esenciales, que la corriente «institucionalista» da por supuestas: ¿hasta qué punto podemos hablar de Consejo de Guerra durante el reinado de Carlos V? Los contemporáneos denominaron así, desde los tiempos de la segunda regencia de Fernando el Católico, a una reunión de expertos militares elegidos arbitrariamente por el rey según el momento y las circunstancias, para hacerse aconsejar militarmente<sup>17</sup>. A nuestro juicio, se trató más que nada de un cambio de denominación para un tipo de asesoramiento del que dispusieron los reyes de Castilla desde la Edad Media. Porque

---

<sup>16</sup> Véase *Ibidem*. apartado cuarto. Además, José MARTINEZ MILLAN, «Las élites de poder en el reinado de Carlos V a través de los miembros del Consejo de Inquisición (1516-1558)», *Hispania*, 48 (1988), pp. 103-167; y «Elites de poder en tiempos de Felipe II», *Hispania*, 49 (1989), pp. 111-149: ambos artículos nos han proporcionado el marco para nuestra investigación. Siguiendo la senda trazada, Carlos Javier de CARLOS MORALES, «El Consejo de Hacienda de Castilla en el reinado de Carlos V (1523-1556)», *Anuario de Historia del Derecho Español*, LIX (1989), pp. 49-159; ambos autores colaboraron además en la realización de dos artículos: «Conversos y élites de poder en Castilla durante la primera mitad del siglo XVI. Rodrigo de Dueñas, consejero de Hacienda de Carlos V», *Las Tres Culturas en la Corona de Castilla y los Sefaradies* (Valladolid, 1990), pp. 149-163; «Los orígenes del Consejo de Cruzada (siglo XVI)», *Hispania*, 51 (1991), pp. 901-932.

<sup>17</sup> Ya Francisco Javier de GARMA Y DURAN señalaba una cédula que mencionaba a un Consejo de Guerra a finales del siglo XV (véase *supra*, nota 2). En 1513 el conde de Tendilla en una carta a su hijo Luis, que se hallaba en la Corte, le comunicaba que «Esto destas torres as de dezir en el consejo de la guerra...» (Emilio MENESES GARCIA, *Correspondencia del conde de Tendilla*. Madrid, 1973-74, II, p. 255). Un poco más adelante, el conde encomendaba a su primogénito que cierto asunto lo hablara «...con el rey nuestro señor y al licenciado, mi hermano, y a algunos del consejo de la guerra...» (*Ibidem*, II, p. 335).

el reino no había desarrollado durante el período de los Reyes Católicos<sup>18</sup>, ni lo hizo a lo largo de la etapa Carolina, una estructura militar lo suficientemente compleja como para exigir la creación de un cuerpo institucionalizado, con una burocracia propia desarrollada para dirigirla (hecho del que fueron perfectamente conscientes los monarcas). Es por lo que, en definitiva, pensamos que no se puede hablar con propiedad de Consejo de Guerra en esta época, según el sentido que le damos a un órgano del sistema polisindial de la Monarquía Hispánica, y por consiguiente carece de sentido y está mal planteado todo estudio que trate de datar la fecha exacta de la fundación del organismo como premisa lógica y esencial de la investigación.

ra militar lo suficientemente compleja como para exigir la creación de un cuerpo institucionalizado, con una burocracia propia desarrollada para dirigirla (hecho del que fueron perfectamente conscientes los monarcas). Es por lo que, en definitiva, pensamos que no se puede hablar con propiedad de Consejo de Guerra en esta época, según el sentido que le damos a un órgano del sistema polisindial de la Monarquía Hispánica, y por consiguiente carece de sentido y está mal planteado todo estudio que trate de datar la fecha exacta de la fundación del organismo como premisa lógica y esencial de la investigación.

De acuerdo con estos planteamientos resulta consecuente que la periodización de la evolución del organismo estudiado la sistematicemos según los «Patronazgos» ejercidos por los altos personajes de la Corte (Juan de Tavera y Francisco de los Cobos entre 1525 y 1547, Fernando de Valdés y Juan Vázquez de Molina hasta fines del reinado); con estas premisas, los trabajos sobre otros órganos se han realizado sobre la base de las presidencias de los mismos<sup>19</sup>. En nuestro caso, ello es obviamente imposible, pues, como ya es sabido, se entendía que la presidencia era ejercida directamente por el rey.

<sup>18</sup> La evolución militar en el reinado de los Reyes Católicos ha sido narrada por diversos autores. Destacamos, entre otros, a F. BARADO FONT, *Museo militar: Historia del ejército español*. Barcelona, 1884; Jorge VIGON, *El ejército de los Reyes Católicos*. Madrid, 1968; conde de CLONARD, *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas*, Madrid, 1851-1862. Todos ellos inciden en la creación de las Hermandades en 1476 (y la posterior eliminación de su brazo militar), la aparición de las Guardas Viejas de Castilla en 1493, que fueron las únicas tropas permanentes del reino y que ocuparon gran parte de la labor de gobierno militar, como veremos: el Reglamento de Armamento General de septiembre de 1495; la Ley de Quintas de febrero de 1496 (alistamiento de un peón por cada doce vecinos, pagados por los municipios); las primeras Ordenanzas de las Guardas en 1503; desarrollo de la estructura de la artillería (nombramiento de proveedor y veedor general en 1501); las reformas de Gonzalo de Ayora a partir de 1505, etc. Como vemos, la intensa actividad guerrera del reinado —guerra de Granada, sublevación de las Alpujarras en 1500, guerras de Italia contra los franceses (1495, 1503, 1511), incorporación de Navarra en 1512, operaciones contra Melilla en 1497 y Orán en 1509— propició un intento de desarrollo de la estructura militar, pero que a la postre tuvo un efecto muy limitado.

<sup>19</sup> José MARTINEZ MILLAN, «Las élites de poder durante el reinado de Carlos V...», donde establece las pautas según los mandatos de los diferentes inquisidores generales; asimismo, Carlos Javier de CARLOS MORALES, *op. cit.*, se basa en las distintas Presidencias del Consejo de Hacienda.

Pensamos entonces que responde perfectamente a la realidad que hemos detectado hacerlo según los secretarios de la Guerra. Durante el reinado del emperador solamente dos individuos ostentaron la titularidad del cargo: Pedro de Zuazola (1523-1532) y Juan Vázquez de Molina (1533-1561), aunque en muchas ocasiones fueron sustituidos interinamente por colaboradores íntimos, Andrés Martínez de Ondarza y Francisco de Ledesma, respectivamente. Como veremos, el período del primero se corresponde con ciertos deseos de institucionalización —que no llegaron a cuajar— así como una relativa independencia respecto del Consejo de Estado; mientras que el nombramiento de Vázquez de Molina como secretario de Guerra, cuando ejercía además como secretario interino de Estado, condujo a la asimilación con este organismo, ya sea porque asumió de plano las funciones militares (como sucedió los primeros años) o porque, aun separando sobre el papel ambos Consejos, el de Guerra se componía por entero de consejeros de Estado.

## 1. EL GOBIERNO DE LOS ASUNTOS DE LA GUERRA EN CASTILLA DURANTE EL REINADO DEL EMPERADOR CARLOS V (1516-1556)

### a) Los asuntos de la guerra en Castilla en un período de crisis (1516-1521)

Los primeros títulos de consejeros de Guerra que se conocen datan de la época de la segunda regencia de Cisneros, el cual asumió el gobierno de Castilla tras la muerte de Fernando el Católico, en enero de 1516, hasta la llegada de Carlos V a la península en septiembre de 1517. Ciertos historiadores han querido ver en ellos el origen o incluso la existencia misma del Consejo <sup>20</sup>. Sin embargo, según nuestra opinión, la concesión de tales títulos debió formar parte del sistema de mercedes utilizado por los soberanos y, aunque como ya hemos visto empezaba a ser familiar la expresión Consejo de Guerra <sup>21</sup>, no implicaba necesariamente la existencia de un órgano de

<sup>20</sup> Esta es la opinión de Salustiano de DIOS, *El Consejo Real de Castilla (1385-1522)*, Madrid, 1982, pp. 213-215. Asimismo, F. WALSER, *op. cit.*, pp. 264-265, y J. C. DOMINGUEZ NAFRIA, *op. cit.*, I, p. 37.

<sup>21</sup> Véase *infra*, notas 17-18, para la aparición de la expresión durante la segunda regencia de Fernando. También detectamos su utilización en los años del gobierno de Cisneros: un documento de AGS, E, leg. 3, fol. 1, fechado en 1516, y con el título «*Relacion de las personas que tiene a cargo de despachar los negocios destes reynos*» contemplaba que «*castilla las cosas de la guerra al consejo dla guerra*». Hacemos notar que se habla de personas y no de órganos de gobierno; este manuscrito ha sido citado por I. A. A. THOMPSON, «*The Armada...*», p. 700 (que lo consideraba la primera mención conocida del Consejo y prueba de su aparición) y por Pedro GAN GIMENEZ, *El Consejo Real de Castilla bajo Carlos V*, Granada, 1988, p. 63, que opina fue pedido por Cisneros al hacerse cargo de la gobernación. Manuel DANVILA Y COLLADO, *Historia crítica y documentada de las Comunidades de Castilla*, Madrid, 1897-1900, I, p. 173, se refiere a los capítulos dados por Vitoria en 1516 en el Consejo de Guerra, pidiendo que no se sacase gente sin pagarla. En febrero de 1516,



gobierno con poderes y jurisdicción, como se comprueba a través del análisis de los referidos nombramientos, y del examen de las actuaciones concretas de los individuos que fueron merecedores de los mismos, de todo lo cual nos ocuparemos más adelante.

Al hacerse cargo Cisneros del gobierno la situación del reino era caótica: la autoridad de la Monarquía estaba claramente amenazada y se precisaba la fuerza para imponer orden <sup>22</sup>. El cardenal, obligado por las circunstancias o por temperamento, estaba «...inclinado a cosas de artes de guerra» <sup>23</sup> y se dedicó a esos asuntos con gran atención. Prueba de ello fueron los inmediatos informes que pidió sobre el estado del Ejército <sup>24</sup>, así como el decreto de 16 de mayo de 1516, en el cual se ordenaba el alistamiento de la Gente de Ordenanza <sup>25</sup>. El proyecto fracasó, pero lo que aquí nos interesa resaltar es la intensa actividad militar del anciano cardenal, que debió precisar de un consejo de expertos militares para llevarla a cabo. No resulta casual que fuera éste el campo escogido para colocar a sus fieles colaboradores.

Con un gobierno inestable y dividido entre Castilla y Bruselas, no tardaron en surgir facciones y grupos que intentaron controlar el poder, siguiendo la fuente de donde emanaba. Así, los antiguos partidarios del rey Fernando, expulsados de sus cargos por Cisneros, pronto empezaron a trabajar a fin de ganarse la voluntad del nuevo monarca, incluso partiendo a Flandes donde se hallaba el rey. Ello supuso evidentemente la confrontación con los otrora seguidores del rey Felipe «el Hermoso», refugiados en la Corte de Flandes después de su muerte, que apoyaban la labor de Cisneros y esperaban la coronación de Carlos para cobrar los servicios prestados a su padre. Sin embargo, el oro que repartieron los recién llegados entre los principales consejeros flamencos acabó granjeándoles su apoyo, relegando a los pacientes (y más pobres) seguidores «felipistas» <sup>26</sup>.

---

una carta de la ciudad de Málaga se dirigía al cardenal y al Consejo de Guerra (AGS, E, leg. 3, fol. 227; transcrito por conde de CEDILLO, *El cardenal Cisneros, Gobernador del reino*, Madrid, 1928, II, 25-26). En el mismo mes, el alcalde de las fortalezas de Málaga repetía destinatarios en sus misivas (AGS, E, leg. 3, fol. 226; CEDILLO II, 27-28). El 17 de septiembre de 1516, en las instrucciones que un capitán le dio a su mensajero para tratar con el cardenal, leemos «Lo que vos Vicente Peres de Albornoz aveys de fazer relacion al Rmo. señor cardenal y al sr. embajador y a los sres. del consejo de la guerra...» (RAH, CS, A-16, fol. 84; CEDILLO II, 374).

<sup>22</sup> Véase un análisis de la situación en Joseph PEREZ, *La Revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521)*, Madrid, 1985, pp. 83-84 y ss.

<sup>23</sup> F. BARADO FONT, *op. cit.*, I, p. 552, «Carta dirigida por Hernán Pérez al cardenal Cisneros que aunque no tiene fecha debió pertenecer a los años 1516-17 [...] en la que se presenta un programa de las propuestas de que debían examinarse los oficiales». Ya en 1505, tras la muerte de Isabel la Católica, había impulsado la conquista de Mazalquivir. En 1508 cayó el Peñón de la Gomera, y en 1509 financió y dirigió personalmente la gran expedición a Orán.

<sup>24</sup> Jorge VIGON, *Historia de la artillería española*, Madrid, 1947, I, Cisneros llamó al capitán de artillería Diego de Vera, que le presentó un memorial muy pesimista sobre la situación.

<sup>25</sup> Joseph PEREZ, *op. cit.*, pp. 84-92; véase también F. BARADO FONT, *op. cit.*, I, p. 495.

<sup>26</sup> Manuel GIMENEZ FERNANDEZ, *Bartolomé de las Casas*, Madrid, reimp. 1984, I, pp. 58-62, 240-249 y 266-278, nos traza un cuadro clarificador de la situación de la Corte de Flandes, así

Con todo, a la hora de resolver uno de los problemas más agudos para el asentamiento del nuevo monarca, el infante don Fernando<sup>27</sup>, Cisneros escogió a uno de los pocos nobles que podían considerarse partidarios suyos, el marqués de Aguilar<sup>28</sup>, en lugar de los hombres en principio decididos por la Corte de Bruselas. Poco antes, y teniendo ya posiblemente en la cabeza los importantes servicios que habría de prestarle, así como para premiar su adhesión, Cisneros habría solicitado para él la concesión del título de consejero de Guerra. El nombramiento llegó en la misma posta que comunicaba la decisión de la Corte sobre lo que se había de hacer con el infante<sup>29</sup>, y fue confirmado, con el rey ya en la península, el 21 de abril de 1518<sup>30</sup>.

---

como de las fuertes resistencias que encontró Cisneros en su labor, tanto en Castilla como en Flandes. Por su parte, José MARTINEZ MILLAN, «Las élites de poder en el reinado de Carlos V...», pp. 136-140, aporta interesantes matizaciones sobre el nombramiento de Cisneros como inquisidor general —y en consecuencia, su utilización en el gobierno por parte del rey Fernando—, los respectivos temores que se tenían entre sí ambas facciones y la imposibilidad de seguir usando la terminología «felipista» y «fernandino» para denominarlas, tras la muerte del rey Católico. Para este período, véase, además, Joseph PEREZ, *op. cit.*, pp. 104-106, y Stephen HALICZER, *Los comuneros de Castilla, la forja de una revolución, 1475-1521*, Madrid, 1988.

<sup>27</sup> El infante, educado íntegramente en Castilla, suponía una amenaza para la herencia hispánica de Carlos, ya que en su entorno se estaba empezando a formar un grupo de partidarios, dirigidos por los Guzmanes, convencidos de que era el infante quien debía sumir la corona. Era necesario, pues, según la opinión de Chievres, preceptor del joven monarca y auténtico dueño de su voluntad en los primeros años de su reinado, aislar al infante de sus partidarios, ponerlo en manos fieles al soberano y procurar cuanto antes su salida de la península. Joseph PEREZ, *op. cit.*, p. 80, para comprender la significación política de don Fernando.

<sup>28</sup> Luis Fernández Manrique, II marqués de Aguilar, había acudido a la Corte de Bruselas, donde se convirtió en defensor de la labor del cardenal (Vicente de la FUENTE, *Cartas de los secretarios del cardenal Cisneros (1516-1517)*, Madrid, 1876, p. 210). A su vuelta, en diciembre de 1516, se encontró con un caluroso recibimiento por parte de Cisneros, el cual lo expresaba así en carta de 15 del mismo mes: «El señor marques de Aguilar es venido aqui, y hemos avido muy grand plazer en le ver y conversar, que es muy buen cavallero y de mucho merescimiento y muy servidor del rrey nuestro señor» (Vicente de la FUENTE; Pascual GAYANGOS, *Cartas del cardenal Cisneros a Diego López de Ayala*, Madrid, 1867, pp. 193-194); su secretario Varacaldo, refiriéndose a la misma entrevista, es más expresivo: «...ha recibido con su habla y conversación tanta alegría el cardenal, que de ninguna cosa la pudiera recibir mayor...» (Vicente de la FUENTE, *Cartas de los secretarios...*, pp. 86-87). Pronto empezó a colaborar en temas militares (Ibidem, p. 97, sobre un traslado de artillería realizado por el marqués). Esta amistad es apuntada también por Manuel GIMENEZ FERNANDEZ, *op. cit.*, II, pp. 45-46, el cual resalta, además, el viraje que dio el marqués, estando ya el cardenal en plena agonía, para subirse al carro de la nueva Corte que aparecía en el horizonte.

<sup>29</sup> AGS, E, leg. 4, ff. 45-46, transcrita por el conde de CEDILLO, *op. cit.*: Carta del rey a Cisneros, a 7 de septiembre de 1517: «Asimismo os enbiamos el Titulo del Consejo de la Guerra para el marques daguilar, por que nos tenemos por servido del por el cuydado que tiene de nos avvisar de lo que toca a nuestro servicio y estar en esa Corte syrvriendonos en vuestra compañía [...]; mandadse lo dar y proveer como sea rrecibido en si mesmo conforme al dicho Titulo».

Un poco más adelante, trata el problema del infante: «Rogamos afectuosamente a vos el dicho Reverendisimo cardenal despaña que por nos hazer singular plazer, proveays con toda diligencia como asy se haga e conpla, no embargante qualquier cosa que para ynpedir esto por qualquier persona aunque sea el dicho Infante vos sea dicha; y porque podria ser quel dicho don Alonso Tellez que, como dicho es, ha de estar con la persona del dicho infante hasta que sean llegados los dichos Clavero y Laxao, no este en esa Corte, luego a la ora vos, el dicho [...], le embiad una posta

Llegados a este punto merece la pena detenerse unos instantes para analizar estos dos nombramientos. Mientras que del examen del título provisional parece deducirse que el Consejo de Guerra estaba formado por varios miembros, con un salario asignado de 100.000 maravedíes cada uno, el definitivo se refería únicamente a «...los otros del nro consejo». La indeterminación en el segundo caso —no olvidemos que el rey se encontraba ya en territorio hispano, y debía tener una idea más clara de la situación real del gobierno— se ajustaba más a los hechos ya que, por un lado, el marqués de Aguilar fue el primero en percibir quitación como consejero de Guerra, y el único hasta 1521 <sup>31</sup>, y por otro, la expresión coincide con la disposición de los consejeros que se observa en las nóminas, englobados todos (los de Castilla, los que cobran como consejeros de Guerra y los que lo hacen por el de Indias) bajo la denominación genérica de «...los del nuestro consejo» <sup>32</sup>. Este hecho señala, a nuestro juicio, una concepción indefinida de lo que era el Consejo del rey en estos momentos y que, en consecuencia, no se pueda hablar de Consejos sino de consejeros específicos. Muy posiblemente, esta misma vaguedad propició

---

con esta mi carta y asimismo le escribid para que luego, dexadas todas cosas, venga...»; pero da la posibilidad de que el cardinal nombre a una persona de su confianza, hasta que llegara Téllez: «...porque hasta tanto que el llega mandamos que vos, [...], pongays e nomeis una persona que este en servicio del dicho infante, que tenga mucho cuydado de serville y mirar por su persona». Esta fue la puerta abierta por la cual el cardinal nombró al marqués de Aguilar. Y no como mero tutor interino, como la misiva real precisaba, ya que se hizo cargo del infante hasta su salida de la península en mayo de 1518, viaje en el cual le acompañó uno de sus hijos (Lorenzo VITAL, *Relación del primer viaje de Carlos V a España*, Madrid, 1958, p. 382). El monarca estuvo de acuerdo con la decisión de su gobernador: AGS, E, leg. 3, fol. 10, carta del rey a Cisneros, 7 de octubre de 1517, CEDILLO III, p. 656: «En lo que toca a lo fecho en lo del Ilustrísimo Infante nuestro muy caro y muy amado hermano, ya como sabeys os avemos escrito quan bien nos parescio lo que se hizo y el cargo en que dello a vos os quedamos; cada ora lo conocemos mas y a la persona del marques de aguilar tenemos en la estima que vos dezis, como es rrazon, y avemos por bien segund os parece que hasta que yo alla llegue, plaziendo a nuestro señor, este como agora esta en compañía del dicho infante...».

Manuel GIMENEZ FERNANDEZ, *op. cit.*, II, p. 42, señala que el marqués fue elegido por el cardinal «...a título de amigo personal...», de Chievres y Manrique, amistad proveniente de la época en que Aguilar estuvo en Flandes. Aunque ambos personajes, Chievres y Cisneros, establecieron una especie de concordia al principio de la Regencia para que los asuntos llegaran a buen puerto, a estas alturas hacía tiempo que la desconfianza reinaba entre ambos.

<sup>30</sup> Los nombramientos se transcriben en los Apéndices 1 y 2; el segundo se expidió con toda seguridad a instancias del marqués que buscaba asegurarse el sueldo que disfrutaba.

<sup>31</sup> AGS, NC, 1-570 (para 1519), 2-14 (para 1520), 2-32 (1521); Pedro GAN GIMENEZ, *El Consejo Real de Carlos V*. Granada, 1988, p. 77, considera que también Pedro Portocarrero, que aparece en las nóminas desde 1520, lo hacía en calidad de consejero de Guerra; sin embargo, en un artículo anterior que comenta las nóminas de Corte, no lo considera como tal («El Consejo Real de Castilla: tablas cronológicas: 1499-1568», *Chronica Nova*, n.º 4-5, 1969). Por nuestra parte, no hemos podido hallar ninguna prueba de ello. Es evidente, como ya hemos visto, que existía un grupo de personas que asesoraban al rey en cuestiones militares y que se identificaba como Consejo de Guerra. El hecho de que fuera el marqués el primero en cobrar por tal condición demuestra que la concesión del título se relacionaba con circunstancias ajenas a la propia dinámica del gobierno militar.

<sup>32</sup> Véase la transcripción completa de una nómina en el Apéndice 3.

el hecho de utilizar el nombramiento de consejero en alguna materia particular, con los honores, privilegios y salario que conllevaba para premiar altos servicios prestados a la Monarquía. No sólo los 100.000 maravedíes de quita-ción, sino más importante todavía, el orgullo de pertenecer al Consejo del rey aunque fuera nominalmente, eran suficiente gratificación para cualquier cortesano que buscara el favor real. Y decimos nominalmente, porque como tendremos ocasión de comprobar, el hecho de poseer el título parece que no garantizaba el ser convocado a las reuniones de la Corte que trataban asuntos militares.

Carlos I pisó por vez primera suelo hispano en septiembre de 1517, para permanecer durante tres años escasos. Las principales preocupaciones de sus consejeros fueron regularizar su situación respecto a su madre, la reina Juana, y hacerse reconocer por los distintos reinos, primero en Castilla, en las Cortes de Valladolid, y a partir de marzo de 1518 en la Corona de Aragón. Con materias tan delicadas en perspectiva, no parece que quisieran meterse en las profundidades de una reforma seria del gobierno.

El rey trajo consigo su Consejo Privado, círculo restringido formado por los flamencos y castellanos de su confianza. El personaje más influyente era el gran chambelán Guillermo de Croy, señor de Chievres. Como hemos visto, a su sombra se habían acogido —«por preción», resalta Giménez Fernández— los antiguos dirigentes fernandinos, como los Fonseca y Hernando de Vega. Estos personajes (a los que se unieron poco después los antiguos «felipistas», momentáneamente protegidos por el gran canciller Gattinara) pronto debieron tener acceso a ese estrecho círculo de confianza, precursor del Consejo de Estado<sup>33</sup>. Los hombres que acudían a estas reuniones aconsejaban al rey en cuestiones de política general y los temas militares revestían gran importancia en la política de la época. Así, aunque en un principio las empresas bélicas fueran de escasa entidad<sup>34</sup>, se fueron introduciendo desde el primer momento en las reuniones que las trataban. Ello supuso la fusión con alguno de los consejeros de Guerra que había llamado Cisneros a su lado<sup>35</sup>, con la

<sup>33</sup> El proceso de formación del Consejo de Estado, que se inició con los denominados *Consejo Secreto* y *Consejo Privado*, durante los primeros años del rey en sus dominios hispanos, ha sido relatado por Feliciano BARRIOS, *El Consejo de Estado de la Monarquía Española, 1521-1812*, Madrid, 1984, pp. 39-58.

<sup>34</sup> Después de la intensa actividad bélica desarrollada por el cardenal durante su segunda regencia, la firma del Tratado de Noyon con Francia el 13 de julio de 1516 por el cual se le cedía el control del milanésado, con el objeto de asegurarse la tranquilidad imprescindible en momentos tan delicados, supuso un freno a este tipo de empresas. El efecto lo relata Diego López de Ayala en carta escrita a Cisneros desde Bruselas el 30 de agosto de 1517: «Sino es partido Diego de Vera con la gente para Napoles el rey manda que no partan, por quanto ya no ay necesidad que vaya con esta paz que esta hecha; asimesmo quiere su al. que cesen todos los gastos demasiados que en armadas y gentes se hazian, pues ya no son menester...», Vicente DE LA FUENTE, *Cartas de los secretarios...*, p. 236.

<sup>35</sup> Así, en agosto de 1519, Bartolomé de las Casas, comentando los nuevos consejeros que se ocupaban de asuntos de Indias, nos dice: «Don Juan Manuel el que fue muy privado del rey don Felipe padre del Emperador Don Carlos: y a don Alfonso Tellez hermano del marques de Villena, el

diferencia de que ahora el ámbito de actuación no se circunscribía sólo a Castilla, sino que abarcaba todos los territorios que había heredado el monarca. Son los inicios de un fenómeno que se extendió a lo largo de todo el siglo. En 1519, cuando se reactivaron las amenazas exteriores, debido a ciertas incursiones en el Mediterráneo y a las tensiones con Francia provocadas por la elección imperial<sup>36</sup>, este tipo de asambleas se hicieron más frecuentes, hasta el punto que para reunir a este grupo de personajes cada vez que fuera menester, se nombró a un oficial, Bartolomé de Ybáñeta, que se encargaba, como reza su título, de «...llamar a los del nuestro Consejo de la Guerra quando se aya de juntar a hazer Consejo y de hazer sellar y registrar las provisyones tocantes a guerra que se ofrescen despachar de ofico»<sup>37</sup>. No parece que las convocatorias fueran regulares y automáticas, ni creemos que fuera un organismo con un funcionamiento normal y un campo competencial y jurisdiccional definido.

viejo, hijos de don Juan Pacheco que floreció en tiempo del rey D. Enrique, IV de este nombre. Estos dos caballeros fueron de los mas prudentes que había en aquellos reinos, y eran del Consejo de Estado y de la Guerra. El tercero fue don [LUIS FERNANDEZ] Manrique [MARQUES DE AGUILAR DE CAMPOO] del Consejo de Estado de Guerra y Cazador Mayor del rey. Nombró tambien al licenciado Vargas que fue muchos años general Tesorero del rey. Este tambien fue hombre prudentísimo y muy experimentado y de los consejos del rey. Nombró también a todos los flamncos que eran del consejo...» (Bartolomé de las CASAS, *Historia de las Indias*, México, 1951, citado por Manuel GIMENEZ FERNANDEZ, *op. cit.*, II, pp. 315-316). Efectivamente, F. BARRIOS, *op. cit.*, p. 44, nos informa de que en 1519 entraban en el Consejo Secreto Adriano, Chievres, Gattinara, Gorrevod, los Fonseca, Hernando de Vega, Vargas, el doctor Mota, don Juan Manuel y el tesorero de Aragón, Luis Sánchez. De Alonso Téllez no tenemos noticias, aunque era propuesto ya en 1516.

<sup>36</sup> Las incursiones en el norte de Africa corrieron a cargo de Hugo de Moncada; en 1518 contra Barbarroja en Argén, con estrepitoso fracaso; al año siguiente en las Gelves, con el mismo resultado, consiguiendo por fin la victoria en abril de 1520 en este último enclave (Andrew C. HESS, *The forgotten frontier. A history of the XVIc Ibero-African frontier*. Chicago, 1978, p. 67). Sobre la provisión de armadas en el Mediterráneo, con estos fines conservamos registro de la intervención del Consejo de Guerra: *Correspondencia de don Hugo de Moncada y otros personajes con el rey Católico y el Emperador Carlos V*, CODOIN, vol. 24, p. 274; carta al virrey de Sicilia el 12 de diciembre de 1519: «la carta que enviastes del comendador Loaysa sobre la provisión de la dicha armada mandamos ver en nuestro real Consejo de Guerra y todo lo que escribis acerca dello, donde se ha proveído y se responde lo que vereis por nuestras letras por aquella via despachadas»; también en *Ibidem*, p. 271.

<sup>37</sup> AGS, QC, leg. 9. En las Nóminas de Corte, 2-13, aparece como «...oficial de Cuacola, nro Secretario. 15.000 mds por que tiene cargo de llamar a los del nro consejo de la guerra quando se ha de juntar...». Es decir, indirectamente pudiera pensarse que ya en estos momentos Pedro de Zuazola ejercía como secretario del Consejo de Guerra (como opina THOMPSON, «The Armada...», p. 704). Constatamos que se ocupaba de despachar temas militares (el 10 de julio refrenda una cédula de Adriano ordenando al conde de Miranda que tuviera su gente preparada, PELLICER, p. 66); y es posible que adquiriera tal rango a finales de 1522, pero el hecho de que hasta 1523 no aparezca específicamente mencionado como tal (véase *infra*, nota 72), a pesar de las numerosas menciones que sobre este personaje hallamos, y que todavía en este último año el almirante de Castilla expusiera la necesidad de poner por escrito lo decidido en los Consejos de Guerra (carta al emperador de diciembre de 1523, transcrita por Manuel DANVILA Y COLLADO, *op. cit.*, V, p. 461), nos induce a pensar que todavía no se había institucionalizado la figura de secretario del Consejo de Guerra.

Cuando Carlos V abandonó la península para ser coronado emperador, en mayo de 1520, el aire que se respiraba en la sociedad castellana estaba ya muy viciado, con síntomas claros de revuelta (la situación en Toledo era ya de franca rebeldía)<sup>38</sup>. Algunos de los personajes del «Consejo Secreto» y de guerra le acompañaron en su periplo<sup>39</sup>, pero dejó nombrado un Consejo de Guerra específico para los asuntos castellanos, a fin de asistir militarmente al gobernador Adriano en caso de que, como se temía, surgieran dificultades. Asimismo creó, en cierta medida, el cargo de capitán general, nombrando a Antonio de Fonseca para dirigir las tropas<sup>40</sup>.

El levantamiento subsiguiente, que ha pasado a la historia con el nombre de las Comunidades de Castilla, no es objeto de nuestro análisis. Sólo nos interesa su vertiente de emergencia militar y las personas que dirigieron la estrategia bélica del bando realista. Aunque en los momentos cumbres del conflicto, a partir de noviembre de 1520, las decisiones militares fueran tomadas en consejo formado por los nobles presentes y con tropas disponibles<sup>41</sup>, existía un núcleo inicial de personas nombradas por el rey para ocuparse de temas militares, a las que se fueron uniendo otras figuras según se fue desarrollando la contienda. Una instrucción fechada en junio de 1521 nos señala quienes fueron éstos<sup>42</sup>:

<sup>38</sup> Véase Joseph PEREZ, *op. cit.*, pp. 126 y ss.

<sup>39</sup> El marqués de Aguilar, poseedor del único título de consejero de Guerra en estos momentos, partió con el soberano (Hayward KENISTON, *Francisco de los Cobos: secretario de Carlos V*, Madrid, 1980, p. 63).

<sup>40</sup> Pedro de MEXIA, *Historia del Emperador Carlos V*, Madrid, 1945, p. 147: «Y porque Toledo quedava alterado y las cosas sospechosas, dexó por Capitán General a Antonio de Fonseca, Señor de Coca y Alaejos, para si algun hecho de armas fuere necesario». El acto de nombrar capitán general de todas las tropas —existía ya el cargo de capitán general de Artillería y de territorios concretos, como Granada y Navarra— supuso gran novedad, pues hasta entonces se entendía que esas atribuciones correspondían al condestable de Castilla como se lo recordaba amargamente este último al emperador, en carta de 24 de octubre de 1520: AGS, PR, 1-105, DANVILA II, p. 291, «Yo he sabido que como VM abrio puerta en la Coruña de dar la Capitanía General del Reyno a Fonseca que otros la pediran e agora este oficio es mio como VM save quando yo no lo sirviere bien entonces la podra mandar proveer en otros». Sobre las funciones del condestable, véase David TORRES SANZ, *La administración central castellana en la Baja Edad Media*, Valladolid, 1982, pp. 252-254; asimismo, Jorge VIGON, *El ejército...*, pp. 148-150.

<sup>41</sup> AGS, PR, 2-1, fol. 36, DANVILA II, p. 625, carta del cardenal Adriano al emperador a 4 de diciembre de 1520 (tres días antes de la toma de Tordesillas por los Imperiales): «...porque el almirante havia apartado de mi el consejo de guerra diziendo que la cosa se havia de tratar con armas y que assi se devia remitir a los que huviessen de tener las manos en ello yo lo consenti pues no pudiera aprovechar un consejo en donde tantos cavalleros entrevenian a saber los dichos Almirante Conde de Benavente marques y obispo de astorga y condes de Alba de Liste y de Luna y el comendador mayor de castilla con otros...».

<sup>42</sup> Instrucción que dio el almirante de Castilla a Angelo de Bursa, su emisario ante el emperador, el 11 de junio de 1521 (nótese que han transcurrido ya dos meses desde Villalar, y que ahora el problema principal para los gobernadores es la invasión francesa de Navarra): «...dizeys a Su Al. [...] que fue acordado y botado por los que Su Mt. dexo para el Consejo de la Guerra, que se pusiese nuestra gente en guarniciones [...] y en este Consejo de Guerra aunque algunos botan tienen por parte al uno que los guía que en hablando como sy viniese la palabra del cielo se recibe y este dixo que no se daba una castañeta por Navarra [...] dezi a Su Mt. quel dira que que disculpa es para my

- Dos consejeros reales: Francisco de Vargas<sup>43</sup> y el comendador mayor, Hernando de Vega. Aparecían ya en 1519 y, según parece, eran los que llevaban la batuta en las reuniones del Consejo.
- Rodrigo (Pedro) Manrique, recibió el título de consejero de Guerra el 19 de agosto de 1520<sup>44</sup>.
- El Conde de Miranda, que sería nombrado en breve virrey de Navarra, participó originalmente en las reuniones en las que entraba un gran número de nobles, asegurando su permanencia posterior por méritos propios y acaso el apoyo del condestable<sup>45</sup>.

que aya aveydo esta falta que pues soy visorrey porque no la contradiezia direis a Su Al. que por muchas cosas no valia mi boto quanto a lo primero entrava Vargas, el conde de Miranda, el comendador mayor don pedro manrique el conde de Haro y el Cardenal mandava botar en botando Vargas o el comendador Mayor todos juntos los seguan de manera que quedava my voto solo sino Diego de Rojas que desapasionadamente dezia verdad lo otro que yo soy de campos y el Condestable es de Navarra...» (DANVILA IV, p. 188).

<sup>43</sup> Sirvió activamente como consejero de Guerra durante el conflicto: AGS, PR, 1-105, carta del condestable al emperador, 21 de enero de 1521: «*El Ldo bargas esta aqui sirbe a V. mag. como suele asi en el conseyo de justicia y de guerra como en lo dlla Thesoreria...*». Era letrado de la Contaduría Mayor desde 1504, tesorero general desde 1507 y, a decir de H. KENISTON, *op. cit.*, p. 19, uno de los consejeros castellanos de más confianza de Fernando el Católico.

<sup>44</sup> Antiguo servidor de Cisneros, que lo tenía en gran estima (Vicente de la FUENTE, *Cartas del cardenal Cisneros...*, p. 177). Se encontraba en La Coruña con el rey en abril de 1520, donde se le cita como «...caballero de la orden de Santiago y contino de nuestra casa...» (AGS, CC, LC, 50, fol. 51). Posiblemente partió con Carlos, ya que su título de consejero de Guerra (AGS, QC, leg. 39, fol., 296), está otorgado en Bruselas. Salíó en seguida hacia la península, ante la crítica situación del gobernador. Todavía a 31 de agosto, éste informaba al emperador de que «...no hay aqua ninguno [APARTE DE ALONSO TELLEZ] de los otros del conseyo de guerra...» (AGS, PR, 2-1, fol. 16) DANVILA I, p. 490). Después de reunirse con él, le acompañó en su fuga de Valladolid el 15 de octubre, como atestigua el condestable: «...don rrodrigo manrique que ha servido en sacar al cardenal y en estar con el solo y en salvar la misma guarda que el la hizo venir a mi y en venirse conmigo donde no tengo a otra persona del conseyo sino a el...» (AGS, PR, 1-105; DANVILA II, p. 499). Se convirtió el condestable en su protector, incluyendo en casi todas sus cartas al emperador una petición de concesión de mercedes para Manrique: 24-V-1521 (AGS, CC, leg. 3), 11-VI-1521 (DANVILA V, p. 184), etc. La falta de respuesta positiva nos da a entender que el emperador consideró suficiente merced los 100.000 maravedíes del salario de consejero de Guerra. Siguió cobrando tal gracia, aunque a partir de 1522 no se le volviera a convocar como consejero de Guerra, hasta su fallecimiento en 1529 (cédula otorgando a su viuda la cobranza del salario de consejero, 21 de mayo de 1529, AGS, QC, leg. 39, fol. 297).

<sup>45</sup> Francisco de Zúñiga y Avellaneda, III conde de Miranda, fue de los primeros nobles en poner sus huestes al servicio de los gobernadores, en octubre de 1520 (Joseph PEREZ, *op. cit.*, p. 234). Participó en la toma de Tordesillas en diciembre (*Ibidem*, p. 257) y en la batalla de Villalar (*Ibidem*, p. 315). Tras esta última, fue el único aristócrata en permanecer al lado de los gobernadores (AGS, PR, 1-105; DANVILA IV, p. 13), momento en el cual probablemente adquirió ciertos visos de permanencia su entrada en las discusiones que trataban asuntos militares. Siguió en su puesto hasta que terminó la amenaza francesa, con la victoria de Quiros (30 de junio de 1521), retirándose entonces a sus estados. Después de la dimisión del duque de Nájera como virrey de Navarra, se le reclama para sustituirle, «...con acuerdo y conseyo del condestable...» (AGS, PR, 1-105; DANVILA IV, p. 372). Dejó el cargo en 1527, pasando a la Corte, en donde hizo carrera como mayordomo mayor de la emperatriz y consejero de Estado. Murió en 1536. Noticias biográficas en José PELLICER DE OSSAU Y TOVAR, *Justificación de la Grandeza y Cobertura de primera clase, en la Casa, y persona de Don Fernando de Zúñiga noveno Conde de Miranda...*, Madrid, 1668, ff. 63-76.

- Diego de Rojas todavía no había recibido el título (se le otorgó un mes más tarde, tras la batalla contra los franceses) pero entraba en el Consejo desde enero de 1521 <sup>46</sup>.
- El Conde de Haro, hijo del condestable, aparece en su condición de capitán general de las tropas, oficio en el que había sustituido a Fonseca, con no pocos recelos <sup>47</sup>.

Además de los citados, nos han aparecido ya en los diferentes textos otros dos personajes que actuaron como consejeros de Guerra:

- Alonso Téllez Giron, convocado en 1519, y que continuó con estas labores durante el conflicto <sup>48</sup>.
- Diego Hurtado de Mendoza, posteriormente marqués de Cañete, había marchado con el rey en mayo de 1520; recibió el título de consejero de

<sup>46</sup> Diego de Rojas, señor de Monzón y Cavia, estaba casado con Elvira de Rojas, hermana de la mujer de don Juan Manuel (A. LOPEZ DE HARO, *Nobiliario Genealógico de los Reyes y Títulos de España*, Madrid, 1622, II, p. 366). Durante las Comunidades sirvió con su hijo Juan, mereciendo los elogios del almirante (AGS, E, leg. 8, ff. 456-7; DANVILA IV, p. 349) y del condestable, solicitando este último su inclusión en el Consejo de Guerra el 25 de enero de 1521 (DANVILA III, p. 151). De hecho, desde estas fechas se le admitió en el Consejo, como reconoce su título, conferido el 15 de julio de 1521 (AGS, QC, leg. 12, fol. 676). Está dado en Pamplona por los gobernadores, quince días después de la batalla de Quirós (que tuvo lugar muy cerca de la capital navarra). Parece claro que el rey autorizó el premiar a uno de sus fieles servidores tras la victoria. El concepto que el mismo Rojas tenía de su título aparece nítidamente expresado cuando al retirarse, o fallecer en 1523, se solicitó la transmisión del mismo a su sucesor, Juan de Rojas: AGS, E, leg. 11, fol. 24: «el duque de Alba suplica por facultad para que diego de rojas pueda pasar 250.000 mds de juro de por vida que tiene en Juan de rojas su hijo yten el ti que tiene del cosejo dlla guerra con salario». No le fue concedida la segunda parte de la petición, pero su primogénito se convirtió en mayo de 1530 en el primer marqués de Poza (título en AGS, GM, LR 6).

<sup>47</sup> Después de la huida a Flandes de Antonio de Fonseca, el condestable había recuperado las atribuciones que consideraba le pertenecían (cf. *supra*, nota 40). Poco después, las traspasó a su hijo. Parece que su capacidad y experiencia militares no eran las adecuadas, o por lo menos así se lo parecía al cardenal: carta al emperador a 4 de enero de 1521: «el conde haro se lleva con negligencia y muy floxamente en lo de la capitania general» (DANVILA III, p. 12).

<sup>48</sup> A finales de agosto de 1520, en los momentos más críticos, Adriano estaba siendo abandonado por sus consejeros. El mismo camino siguió Téllez Girón: carta del cardenal Adriano al emperador, a 31 de agosto de 1520 (AGS, PR, 2-1, fol. 16, DANVILA I, p. 490), «...a la qualitat de su persona y servicios diz que se quiere yr si yo pudiere le deterne que no hay ninguno de los otros del consejo de guerra...».

Alonso Téllez Girón, señor de la Puebla de Montalbán, era hermano del último marqués de Villena y duque de Escalona. Diego López Pacheco. Escogido inicialmente por el rey para hacerse cargo del infante don Fernando (véase *supra*, nota 29), se mantuvo luego en los círculos del poder, accediendo al Consejo Secreto. Es citado como miembro del Consejo Real en 1520, aunque no aparece en las nóminas del Consejo (Prudencio de SANDOVAL, *Historia de Carlos V*, Madrid, 1955, I, p. 216): a punto de partir el rey, en La Coruña, se vuelve a referir a él como «...Alonso Téllez Giron del nro Consejo» (AGS, CC, LC 50, fol. 57). Dada la vaguedad existente estos años en el ámbito del Consejo del rey, ya comentada, nos parece más probable que fuera miembro del Consejo Secreto y a partir de ahí entrara a discutir asuntos de guerra. Para este personaje, véase A. LOPEZ DE HARO, *op. cit.*, II, p. 286; asimismo, Jerónimo GUDIOL, *Compendio de algunas historias de España, donde se tratan muchas antigüedades dignas de memoria, y especialmente se da noticia de la antigua familia de los Girones, y de otros muchos linajes*, Alcalá, 1577, p. 166.



Guerra en Alemania, en noviembre del mismo año, siendo comisionado para ir a Castilla a enterarse del verdadero estado del reino, e informar al soberano de los problemas existentes entre sus fieles. En enero de 1521 volvió con el emperador, no regresando a la península hasta julio (motivo por el cual no lo encontramos en el texto) <sup>49</sup>.

Las dificultades en el bando realista eran motivadas en gran parte, por las diferencias existentes entre dos de los gobernadores: el almirante y el condestable de Castilla <sup>50</sup>. Se han explicado estas rivalidades por razones de flexibilidad ante la negociación con los comuneros <sup>51</sup>, pero no se puede olvidar la antigua extracción «fernandina» del condestable <sup>52</sup> y «felipista» del almirante <sup>53</sup>. Sus más conocidos partidarios se alineaban claramente según estas tendencias: Vargas, Hernando de Vega, Hurtado de Mendoza, todos significados «fernandinos», con el primero; de Alonso Téllez, antiguo seguidor de don Felipe, no se volvió a saber nada desde su huida de Valladolid <sup>54</sup>. Entre los nombres menos importantes, Rodrigo Manrique, antiguo partidario de Cisneros, parece inclinarse por el condestable; Diego de Rojas, vinculado familiarmente a uno de los felipistas más acérrimos, don Juan Manuel, apoyaba

<sup>49</sup> Diego Hurtado de Mendoza, que usó por primera vez el título de marqués de Cañete (concedido a su abuelo por los Reyes Católicos), había servido desde niño en la Casa Real de Isabel y Fernando. Tenía su solar en la ciudad de Cuenca, de la cual era guarda mayor. Partidario de don Fernando, le apoyó decididamente para su segunda Regencia en 1506 (José MARTINEZ MILLAN, «Las élites de poder en el reinado de Carlos V...», p. 134). Debió permanecer en ambientes cercanos al nuevo rey, pues partió con él hacia el norte en 1520. Recibió el título de consejero de Guerra el 19 de noviembre de ese mismo año (AGS, QC, leg. 11, fol. 1445). Pedro GAN GIMENEZ, *El Consejo Real de Castilla bajo Carlos V*, p. 90, comentando las nóminas de Corte, opina que era del presidente del Consejo de Guerra, no existiendo a nuestro juicio el menor motivo para tal afirmación, pues en las nóminas sólo se indica «...por del consejo de guerra» (AGS, NC, 2-33), recibiendo el marqués de Aguilar el mismo trato. Por otro lado, considere GAN GIMENEZ que Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, fue también I conde Mélito y virrey de Valencia durante las Germanías, confundiendo con otro caballero de idéntico nombre pero de otra rama de la familia (Cristina ARTEAGA Y FALGUERA, *la Casa del Infantado, cabeza de los Mendoza*, Madrid, 1940-1944, I, p. 276). Sirvió como consejero de Guerra hasta 1535, año en que fue nombrado virrey de Navarra. Murió en 1542 en Barcelona, al ir a socorrer Perpiñán de un ataque francés. Referencias sobre Hurtado de Mendoza encontramos en A. LOPEZ DE HARO, *op. cit.*, I, p. 348; y en Juan Pablo MARTIR RIZO, *Historia de la muy noble y muy leal ciudad de Cuenca*, Barcelona, 1974 (reprod. fasc. de la ed. de Madrid, 1629), pp. 220 y ss.

<sup>50</sup> Carta del cardenal Adriano al emperador, 4 de enero de 1521: «entre otros cavalleros que aca estan ay mucha division y parcialidad que los mas tienen la del Condestable y los otros la del Almirante de lo qual se ofrece grand confusión», AGS, PR, 2-1, DANVILA, III, p. 12.

<sup>51</sup> Joseph PEREZ, *op. cit.*, 242-243, aduce la inflexibilidad del condestable y sus partidarios, contra el talante negociador del almirante, en torno al cual se agruparon los menos intransigentes. El fracaso de los intentos conciliadores del segundo desembocó en el inicio de las hostilidades a finales de noviembre de 1520 (*Ibidem.* pp. 251-252).

<sup>52</sup> José MARTINEZ MILLAN, «Las élites de poder durante el reinado de Carlos V...», p. 135.

<sup>53</sup> Joseph PEREZ, *op. cit.*, p. 248. Había apoyado asimismo la labor de Cisneros, Manuel GIMENEZ FERNANDEZ, *op. cit.*, I, p. 277.

<sup>54</sup> Véase *supra*, nota 48.

al almirante. Clara mayoría, pues, del condestable, Íñigo Fernández de Velasco<sup>55</sup>; el texto analizado, en realidad, no deja de ser un alegato exculpatorio del almirante ante la actuación de un Consejo que siente hostil<sup>56</sup>. Todo ello nos indica que, ante una situación de grave crisis, con el rey fuera de la península, reverdecieron los antiguos lazos de fidelidad. El núcleo de antiguos «fernandinos», que había sido protegido por Chievres, seguía controlando los principales resortes del poder.

La relación con el resto de los consejeros reales si estrecha al principio a la hora de tratar los disturbios<sup>57</sup>, se fue diluyendo a medida que se desarrollaban los acontecimientos y se difuminaba la autoridad de los mismos, incrementándose al tiempo la necesidad de tomar decisiones militares<sup>58</sup>. Así, en las reclamaciones contra los agentes de la autoridad real, se llegó a poner al mismo nivel a los consejeros de Justicia y de Guerra<sup>59</sup>.

#### **b) La reorganización del gobierno de los asuntos militares de la Monarquía: la secretaría de Pedro de Zuazola (1522-1532)**

El emperador regresó a sus territorios ibéricos en julio de 1522. Esta vez permaneció siete años y, ahora sí, se acometieron una serie de reformas en el

<sup>55</sup> Este porcentaje no se limitaba sólo a los personajes aquí estudiados, sino al conjunto de la nobleza presente en los acontecimientos: véase *supra*, nota 50.

<sup>56</sup> Tan acosado se sentía el almirante, que cuando Diego Hurtado de Mendoza regresó a Castilla después de ver al emperador, en julio de 1521, le mandó decir a Carlos V «...que aqy vino dygo hurtado embiado por su mi, y segun me parece quel deve venir a reforçar ell estancia del comendador mayor contra mi dando mas fe a sus palabras que a mis obras...» (carta a 10 de agosto de 1521, DANVILA IV, p. 369). Un mes más tarde, el 9 de septiembre, Diego Hurtado informaba al soberano de los intentos del almirante por defenestrar a Vargas, el cual es vivamente apoyado por el marqués de Cañete en su misiva (*Ibidem*, IV, p. 475).

<sup>57</sup> Por ejemplo, la orden del rey de 16 de junio de 1520 para que el secretario Quintana «...se halle y entre en los dhos consejos de guerra y en todos los que se halla se fizieren de cosas destado» (AGS, CC, LC, 50, fol. 101; citado por DANVILA I, p. 345, y asimismo por Salustiano de DIOS, *op. cit.*, p. 213), fue consultada por el cardenal Adriano con el presidente y los consejeros: «...tambien he comunicado con el Presidente y otros del Consejo lo que manda V.mat. de quintana que entrevenga en todos los consejos de stado y guerra y dizen que es bien se admita como secretario es a saber que oya las conclusiones no empero que este en el votar y acordar» (carta del gobernador al rey, 6 de julio de 1520, AGS, PR, 2-1, DANVILA I, p. 418). Observamos que el presidente vetó la capacidad de voz y voto en el Consejo de Guerra. El mismo efecto de colaboración aparece en la carta dirigida por los procuradores de las ciudades a Carlos V, en octubre de 1520, al referirse a la expedición punitiva realizada en junio del mismo año: «...el cardenal de Tortosa y el Presidente y los de vro Consejo juntamente con los del Consejo de la Guerra e con Antonio de Fonseca [...] Capitán General acordaron que rigurosamente se procediese contra la ciudad de Segovia...», BNM, Ms. 1778, fol. 47.

<sup>58</sup> En carta de 22 de febrero de 1522 al emperador, se quejaba el presidente del Consejo Real de que «...en las cosas de la guerra yo no se mas de lo que todos...», DANVILA VI, p. 46.

<sup>59</sup> Manifiesto de la Junta de Tordesillas a las Merindades de Castilla la Vieja, 14 de noviembre de 1520, DANVILA II, p. 587: «...e el cardenal e los del cual consejo de justicia e guerra aunque conocieron ser los movimientos justos...»; poco después, nos encontramos el mismo tratamiento en un requerimiento que la Junta hizo al presidente y consejeros, DANVILA II, pp. 62-63.

En realidad, por todo lo visto parece ser que los únicos que acabaron estando capacitados para tomar decisiones, en un momento de grave crisis bélica, fueron los consejeros de Guerra.

gobierno, bajo el patrocinio de Gattinara. Consolidación del Consejo de Indias<sup>60</sup>, creación del Consejo de Hacienda<sup>61</sup>, reforma de los Consejos Real y de Navarra<sup>62</sup>, y cierto grado de estabilidad en el Consejo de las ordenes<sup>63</sup>.

Respecto a los consejeros de Guerra, aquellos que regresaron con el emperador se fusionaron (siguiendo una línea definida) con los que habían permanecido en Castilla. Pero no se trata de una composición estable, sino que las distintas necesidades de la Monarquía —bien en el ámbito peninsular, bien en los distintos territorios europeos— la hicieron variar. Al mismo tiempo, se les dotó de una mínima infraestructura burocrática, al oficializarse el cargo de secretario del Consejo de Guerra. Ello coincidió además con la afirmación del Consejo de Estado gracias a la labor del gran canciller, que intentó colocarlo al frente del sistema de gobierno. La misma naturaleza de sus miembros y sus competencias suscitaron pronto la confusión y los enfrentamientos con los consejeros de Guerra, como veremos.

#### *b.1) Los negocios de la guerra en la Corte del emperador (1522-1529)*

La primera preocupación de Carlos, una vez en Castilla, fue la recuperación de Fuenterrabía, ocupada por los franceses el 18 de octubre de 1521. Para ello, casi inmediatamente se rodeó de nuevos consejeros de Guerra. El embajador Martín de Salinas nos informa en carta de primero de septiembre de 1522:

*«Ha ordenado SM Consejo de Guerra y se ha deshecho del que solía tener; y son los que agora ha ordenado el Comendador Mayor Fernando de Vega, Diego de Rojas, d. Hugo de Moncada, Fonseca. Estos son los que agora entienden, sin otras personas»*<sup>64</sup>.

<sup>60</sup> A pesar de que se detecta un órgano colegiado encargado de tratar los asuntos de Indias ya en 1519, la verdadera implantación del mismo se produjo en agosto de 1524. Véase Ernst SCHÄFER, *El Consejo Real y Supremo de las Indias: su historia, organización y labor administrativa hasta la terminación de la Casa de Austria*, Sevilla, 1935-1947 (reimp. 1975) I, pp. 41-44. Asimismo, Robert John DWORKOSKI, *The Council of the Indies in Spain, 1524-1558*, UMI, 1984, pp. 14 y ss.

<sup>61</sup> Véase el interesante análisis que hace Carlos Javier de CARLOS MORALES, *op. cit.*, pp. 68-83, del proceso de fundación del Consejo de Hacienda, matizando los trabajos de Esteban HERNÁNDEZ ESTEVE, *Creación del Consejo de Hacienda de Castilla (1523-1525)*, Madrid, 1983, y Margarita CUARTAS RIVERO, «El Consejo de Hacienda: su primera época», *Hacienda Pública Española*, n.º 74, Madrid, 1982, pp. 255-266.

<sup>62</sup> Para el Consejo de Castilla, véase Salustiano de DIOS, *op. cit.*, pp. 210-215, donde se resaltan las reformas internas introducidas por Carlos V, tendentes a lograr más eficacia en el despacho de los negocios; y las externas, que supusieron el inicio de diversos Consejos especializados, clarificándose las funciones del de Castilla.

Sobre el Consejo de Navarra, Joaquín SALCEDO IZU, *El Consejo Real de Navarra en el siglo XVI*, Pamplona, 1964, p. 64.

<sup>63</sup> Elena POSTIGO CASTELLANOS, *Honor y Privilegio en la Corona de Castilla. El Consejo de las Ordenes y los Caballeros de Hábito en el siglo XVII*, Valladolid, 1988, p. 37.

<sup>64</sup> Antonio RODRIGUEZ VILLA, «El Emperador Carlos V y su Corte según las cartas de Martín de Salinas», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 42, junio de 1903, hasta el tomo 46, marzo de 1905; t. 43 (1903), p. 47.

Observamos, por un lado, la entrada de dos personajes que volvieron con el emperador: Antonio de Fonseca<sup>65</sup> y Hugo de Moncada<sup>66</sup>. Los otros dos, Diego de Rojas y Hernando de Vega, fueron confirmados en los puestos que ya ocupaban. Echamos en falta al marqués de Aguilar, que también había vuelto con el soberano; a Rodrigo Manrique, Diego Hurtado de Mendoza, Francisco de Vargas y Alonso Téllez. Menos los dos últimos, todos eran poseedores del título de consejero de Guerra. Excepto Hurtado de Mendoza, no volvieron a ser convocados. El único motivo de tal exclusión fueron, a nuestro juicio, sus vínculos más o menos recientes con la facción felipista o cisneriana. Eso sí, el rey no olvidó los leales servicios prestados en momento de necesidad y cobraron hasta su muerte el sueldo del que se hicieron mercedores<sup>67</sup>.

<sup>65</sup> Antonio de Fonseca y Ayala había comenzado su carrera al servicio de los Reyes Católicos, siendo posteriormente acérrimo partidario de don Fernando. Miembro del Consejo en 1499, contador mayor de Hacienda en 1503 (confirmado en 1518). Nombrado capitán general de las tropas en abril de 1521, la quema de Medina del Campo en agosto del mismo año le costó su carrera en la administración, debido a la tremenda impopularidad que se ganó entre los castellanos; y aunque Carlos V lo exculpara públicamente, tras confirmarle como capitán general en diciembre de 1525, lo cierto es que no volvió a brillar en la Corte. En 1529 es convocado de nuevo como consejero de Guerra (en el momento en que este cargo estaba ya muy devaluado), muriendo en agosto de 1532. Véase Cristóbal ESPEJO, «Antonio de Fonseca y de Ayala, señor de Coca y Alaejos, Contador Mayor de Hacienda», *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, año VIII (1931), n.º 32, pp. 297-302. Asimismo, su expediente en AGS. QC, leg. 8, ff. 139-163.

<sup>66</sup> Militar de brillante carrera, luchó en Italia a las órdenes del Gran Capitán. Fue nombrado gobernador de Calabria, hasta que en 1509 Fernando le confió el virreinato de Sicilia. En 1516 tuvo que abandonar el cargo debido a una serie de sublevaciones. De 1518 a 1520 realizó diversas expediciones en el norte de África (véase *supra*, nota 36). En 1521 lo encontramos acompañando al emperador en su lucha contra los franceses; volvió a Castilla con el soberano en julio de 1522 y fue inmediatamente convocado para tratar asuntos militares. Sin embargo, duró poco en la Corte ya que partió para ponerse al frente de las fuerzas marítimas que habrían de enfrentarse a Francisco I. Se le otorgó título de consejero de Guerra a primero de enero de 1523 (AGS, QC, leg. 40, fol. 1085). Tuvo una breve estancia en la Corte en 1525, donde participó en reuniones del Consejo de Estado. Fue encargado de diversas misiones a Italia, y acabó capitaneando las fuerzas que defendían Nápoles contra el invasor francés. Murió en abril de 1528, intentando forzar el sitio de esa ciudad. La biografía más conocida de este personaje, Gaspar de BAEZA, *Vida del famoso caballero don Hugo de Moncada*. CODOLIN, vol. 24, pp. 19-78; basadas en ella encontramos varios trabajos de desigual valor: «Don Hugo de Moncada», *Revista Contemporánea*, abril, mayo, junio 1907; Germán LENZANO MONTERO, *Don Hugo de Moncada: ensayo de una reconstrucción biográfica*, Madrid, 1914; Claudio MIRALLES DE IMPERIAL Y GÓMEZ, *Don Hugo de Moncada, virrey de Sicilia y Capitán General de la Mar*. Madrid, s. a. Estas dos últimas, tesis inéditas conservadas en la Universidad Complutense de Madrid. Resulta muy superior la segunda, aunque cubre sólo hasta el final de su mandato en Sicilia.

<sup>67</sup> Un documento de 1523, muy posiblemente de febrero, mes en el que se reorganizó el gobierno, confirma los sueldos de estos personajes. AGS. E, leg. 11, fol. 14:

«Consejo de Guerra  
al marqués de Aguilar se le queden los 100.000 mds que tiene por del consejo  
Idem al marqués de Denia  
Idem a don Alonso Tellez  
Idem a don rodrigo manriques»

La Corte en estos momentos era un hervidero de intrigas. Después de las comunidades, todo el mundo buscaba mercedes o venganzas, un acomodo al amparo de los nuevos gobernantes <sup>68</sup>. Las noticias de posibles cambios en el gobierno eran constantes <sup>69</sup>. La crisis estalló por fin en febrero de 1523. En los temas militares no parece que hubiera mudanza en cuanto a consejeros <sup>70</sup>, pero por vez primera se confirmaba explícitamente a Pedro de Zuazola como secretario de Guerra <sup>71</sup>. Además, un documento nos ratifica el carácter de

---

Opina KENISTON, *op. cit.*, p. 79, basándose en un documento de AGS, E. leg. 12, fol. 3 (que no hemos localizado, por lo que se nos plantea la duda de si es el mismo que presentamos, con un cambio de signatura) que se había producido un cambio de consejeros de Guerra. A nuestro juicio, se trata de una mera ratificación de los salarios que cobraban, lo que no significa que fueran convocados a tratar asuntos militares. Cuanto decimos viene avalado por el hecho de que Martín de Salinas, que tanto se recrea en relatar los acontecimientos de la Corte, no recoja estos supuestos cambios. Incluso en carta de 8 de febrero de 1523 se refiere al estado de «...amotinado» en que se halla el marqués de Aguilar, debido a que no le fue concedida cierta merced, sin mencionar su posible acceso al círculo de consejeros (Antonio RODRIGUEZ VILLA, *op. cit.*, julio-septiembre 1903, p. 83).

Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, había entrado en el Consejo antes de 1514 (Pedro GAN GIMENEZ, *El Consejo Real...*, p. 58), aunque parece que de forma honorífica. Uno de los pocos nobles que apoyó hasta el final a don Fernando, su nieto le encomendó en marzo de 1518 la administración y gobierno de la Casa de la reina Juana en Tordesillas (Prudencio de SANDOVAL, *op. cit.*, I, p. 133); dada la importancia del puesto, residió en esa ciudad castellana hasta su muerte en 1536. En 1523 se le otorgó la merced de los 100.000 maravedís como consejero de guerra (AGS, NC, 2-88), que siguió cobrando el resto de sus días, como atestiguan las nóminas de Corte.

El caso de Vargas es un tanto anómalo. De ser un ferviente colaborador de Fernando el Católico, había pasado a estar bajo protección de don Juan Manuel, uno de los bastidores del felipismo (Carlos Javier de CARLOS MORALES, *op. cit.*, p. 72). No vuelve a aparecer en ninguna relación de consejeros de Guerra, pero Salinas nos informa en la carta anterior de que «...dexasle del consejo de guerra e Indias, e quitante el Consejo Real» (Antonio RODRIGUEZ VILLA, *op. cit.*, p. 84). Quizá fuera su inclusión puramente nominal, mientras el sueldo lo seguía cobrando como consejero real (AGS, NC, 2-88), motivo por el cual no aparece en el texto comentado. En todo caso, duró poco, pues murió en julio de 1524 de forma bastante poco digna, al saltar la tapia de un convento tras verse con una monja (RODRIGUEZ VILLA, p. 87).

<sup>68</sup> Como relata Martín de Salinas en carta de 18 de noviembre de 1522: «las cosas desta corte van de tal modo que unos querrian una cosa y otros otra. Dellos querrian venganza de sus enemigos y dellos mercedes de sus servicios; ansi que conviene que la gracia de dios sea con SM para que acierte segun los combates le dan...», Antonio RODRIGUEZ VILLA, *op. cit.*, julio-septiembre (1903), p. 70.

<sup>69</sup> *Ibidem*, *passim*.

<sup>70</sup> Véase *supra*, nota 67.

<sup>71</sup> El insustituible Martín de Salinas nos vuelve a informar: «Lo que sobre los secretarios SM ha determinado, segun lo que se dice aqui por el vulgo y algunas personas me ratifican, los que quedan son: [...] para la guerra Cuacola.», Antonio RODRIGUEZ VILLA, *op. cit.*, julio-septiembre (1903), p. 84. El matiz que observamos en la comunicación del embajador es de ratificación, no de nombramiento nuevo.

Pedro de Zuazola, vasco de Azcoitia, era hijo de Francisco, consejero de los Reyes Católicos (Nicolás de SORALUCE Y ZUBIZARRETA, *Historia general de Guipúzcoa*, I, pp. 449-450). Se formó en la escuela del secretario Gaspar de Gricio (I. A. A. THOMPSON, «The Armada...», p. 705). Ya desde 1519 aparece ocupándose de temas militares (véase *supra*, nota 37). Sirvió con gran esfuerzo durante las Comunidades (DANVILA II, pp. 236, 643, etc.). En enero de 1533 fue nombrado tesorero general y consejero de Guerra. Murió en 1536 (H. KENISTON, *op. cit.*, p. 323).

consulta inmediata y urgente de los temas militares; por el contrario, los asuntos que tramitaban ordinariamente estos consejeros (lo que, en definitiva, nos da la auténtica medida de su ámbito de competencias) eran tan escasos, que se especifican únicamente reuniones quincenales para tratarlos <sup>72</sup>.

Mientras tanto, el Consejo de Estado continuaba siendo apuntalado por su mentor, Gattinara. En 1523 había sugerido la supremacía de este organismo sobre los Consejos de Guerra, Indias y Hacienda, operación que fracasó por la oposición de los órganos en cuestión <sup>73</sup>. A finales de 1524 intentó de nuevo estructurar y racionalizar la administración, a través de una propuesta que especificaba los componentes del Consejo de Guerra <sup>74</sup>, así como las tareas que les correspondería realizar: nombramiento de capitanes, número de soldados por Capitanía, caballos, forma de realizar las pagas puntualmente, la artillería, procurar la preservación de las fortalezas (y derribar las inútiles), etc. Resulta de gran interés, por cuanto es la primera vez que se intentó delimitar por escrito las funciones: destaca la atención concedida a las Guardas de Castilla, única fuerza permanente del Reino que, como veremos, ocupó gran parte de la actividad del Consejo. Observamos además que recomendaba el nombramiento del marqués de Cenete como capitán general, sugerencia que no tuvo efecto, pues un poco más adelante se confirmó a Antonio de Fonseca en el cargo <sup>75</sup>. A la hora de señalar consejeros de Guerra, Gattinara parece prescindir de ciertos componentes, que son mencionados por Martín de Salinas en carta escrita sólo unos días antes, el 7 de septiembre:

«Consejo de guerra es el marqués de Zenete, Comendador Mayor Hernando de Vega, y Diego Hurtado y Cesar, Ferramosca y el Mayordomo Mayor y por secretario Çuaçola» <sup>76</sup>.

---

<sup>72</sup> AGS, E, leg. 11, fol. 30, citado por H. KENISTON, *op. cit.*, p. 79: «Los del consejo dia guerra han de consultar cada dia y cada ora lo que se ofreciere y oviere necesidad y para consulta ordinaria de quinze en quinze dias miercoles». Una tabla similar, en AGS, E, leg. 12, fol. 184.

<sup>73</sup> Feliciano BARRIOS, *op. cit.*, p. 53. Entraban en este momento en el Consejo Nassau, La Chaux, La Roche, Gorrevod, Hernando de Vega, don Juan Manuel.

<sup>74</sup> «Pour bien satisfaire a ce que lempereur a ordonne [...] Et pour adviser quelque bon ordre en ses finances et ses gens darmes et en tous offices et estat de sa maison sa maiste a ordonne et reparty les charges pour evicter confusion et non dylayer les affaires ainsi que sensuit [...] Pour ordonner les gens darmes tant des gardes que de accoustamients capitaines coutumes et forteresses et toutes autres choses appartenans a la guerre ledit sieur marquis [DE CENETE] ayant este capitaine general des pays de pardela bien experimete a la guerre et ayant congneu la facon de la gensdarmierie tant despaigne que de france flanders et allemagne aura avec luy le commendator mayor de castille et Cesar farramosce et le secretaire suaçola quest le conseil de guerre Et autres experts en guerre que lui plaira choisir pour assister en cest office [DE CAPITAN GENERAL] et mesmes ceulx de conseil de la guerrequant lon lui semblera...». Propuesta de Gattinara para una mayor operatividad del Consejo de Estado, transcrita por John M. HEADLEY, *The Emperor and his Chancellor: a study of the Imperial chancellery under Gattinara*, Cambridge, 1983, p. 161.

<sup>75</sup> Véase *supra*, nota 65.

<sup>76</sup> Antonio RODRIGUEZ VILLA, *op. cit.*, julio-septiembre (1903), p. 194.

A nuestro juicio, la propuesta del gran canciller no constituyó más que una sugerencia de cuales serían los personajes por él escogidos, y no todos los que realmente eran convocados por estas fechas. Hicieron por tanto su aparición los consejeros no castellanos: el napolitano César Ferramosca<sup>77</sup>, Enrique Nassau, marqués de Cenete<sup>78</sup>, y el mayordomo mayor Carlos de Poupet, señor de La Chaulx<sup>79</sup>. Es muy posible que el emperador quisiera rodearse de personajes que tuvieran una visión más amplia del tablero europeo en el momento en que, finalizada la campaña peninsular con la recuperación de Fuenterrabía el 27 de febrero de 1524, el peso de la guerra contra Francia se trasladaba a los escenarios continentales.

A lo largo del año siguiente, 1525, los consejeros de Guerra convocados no varían sustancialmente: Hernando de Vega, Diego Hurtado, Nassau, César Ferramosca, La Chaulx y Hugo de Moncada; apuntar sólo la posible reincorporación de Antonio de Fonseca<sup>80</sup>. Moncada había regresado a Casti-

<sup>77</sup> Había llegado con el emperador en 1522. Sucedió en el oficio de caballero mayor a Carlos de Lanoy, cuando este fue nombrado virrey de Nápoles (Prudencio de SANDOVAL, *op. cit.*, II, p. 114). Recibió el título de consejero de Guerra el 30 de mayo de 1524 (AGS, QC, leg. 10, fol. 320), tras haber alcanzado «...mucha gracia con el Emperador». En 1526 fue enviado a Italia a parlamentar con el Papa y tratar de establecer la paz (Germán LORENZO MONTERO, *op. cit.*, p. 117; SANDOVAL II, p. 114 argumenta que fue desterrado de la Corte por meter cizaña entre Lanoy, que le aborrecía, y el duque de Borbón). Después del fracaso de las negociaciones, se volvió con Hugo de Moncada al lado del cual murió en 1528, intentando forzar el sitio de Nápoles.

<sup>78</sup> Vizconde de Anvers y señor de Breda, había casado en junio de 1524 con la marquesa de Cenete, de la cual tomó el título (el laborioso proceso de la boda debió ser la comidilla de la Corte, pues Martín de Salinas se refiere numerosas veces a las negociaciones entabladas). Sustituyó a Chievres como gran chambelán, a la muerte de éste en mayo de 1521 (H. KENISTON, *op. cit.*, p. 65). Siguió después en la Corte, asistiendo a los Consejos de Estado, Guerra y Hacienda (Carlos Javier de CARLOS MORALES, *op. cit.*, p. 83). Pero las rutinarias labores de gobierno no eran lo suyo, como comentaba el despedido García de Loaysa en carta a Cobos desde Roma, el 25 de agosto de 1530. «Dice su Majestad que se le ha pegado del conde Nasao dormirse en el Consejo; yo digo [...] que no es pequeña gracia de Dios haber tenido un hombre tan profano cabe si tantos años, y no haberselo pegado otra culpa...», *Correspondencia del cardenal de Osma con Carlos V y con su Secretario Don Francisco de los Cobos. Comendador Mayor de Leon*, CODOIN XIV, p. 67. Le tiraba más el espíritu castrense: había sido capitán general de las tropas del emperador en la campaña contra Francia de 1521 y, tras marchar con el rey en 1529, lo encontramos al frente de los ejércitos de la reina María, gobernadora de Flandes. Murió en septiembre de 1538 (Francisco Javier de GARMA Y DURAN, *op. cit.*, IV, p. 46).

<sup>79</sup> Como señala Manuel GIMENEZ FERNANDEZ, *op. cit.*, I, p. 16, el «Laxao» de nuestras crónicas. Fue jefe de Estudios de Carlos en su época de estudiante; ocupó diversos cargos, hasta que en 1529 fue enviado a Francia, donde murió un año más tarde (Feliciano BARRIOS, *op. cit.*, p. 72).

<sup>80</sup> «Il secondo consiglio, quello della guerra, e di cinque overo sei persone: cioe il commendator maggiore di S. Giacomo, che il principale. Don Diego Vitado, Don Ugo di Moncada, il signor Cesare Fieramosca napolitano vicegerente del vicere di napoli nell'oficio di cavallerizo Maggiore; il maggiordomo maggiore ancora lui interviene in questo consiglio. ed insieme hanno cara di provvedere. e procurate tutte le cose necessarie alla guerra», Relación del embajador Contarini, incluida en Eugenio ALBERI, ed. *Relazioni degli ambasciatori veneti al senato*, Florencia, 1839-1863, IV, p. 39.

Por su parte, Gonzalo FERNANDEZ DE OVIEDO, *Las Quincuagenas de la Nobleza en Espa-*

lla en la comitiva que traía preso al rey de Francia, Francisco I, tras la batalla de Pavía (febrero 1525). La actividad de estos personajes parece centrada en la elaboración de las Ordenanzas de las Guardas de Castilla, que vieron la luz ese mismo año. En ellas se reservaban diversos asuntos para ser resueltos por el Consejo de Guerra: nombramiento de tenientes de las compañías, aprobación de permisos para soldados y oficiales, despido de los mismos en caso de conflicto, control de las nóminas y pagos, entre las más importantes. Como colofón, los consejeros consiguieron del rey una declaración explícita, a fin de procurar la institucionalización mínima del Consejo, que evidentemente era nula, acotar un espacio jurisdiccional que entendían era de su exclusiva competencia, conseguir en resumidas cuentas la afirmación de un ente vacilante que no acababa de cuajar<sup>81</sup>.

Sin embargo, el concepto que del Consejo de Guerra se seguía teniendo en la Corte distaba todavía mucho de esos tímidos afanes institucionalizadores. Así, en el informe que dio el doctor Carvajal sobre como debía quedar el gobierno de Castilla ante una posible partida del soberano, se especificaba:

«Consejo de guerra, plazera a nuestro señor que no sera menester porque no la obra o si la oviere el verdadero Consejo ha de residir con vuestra Majestad».

Es decir, se negaba la existencia del Consejo de Guerra como una institución asentada, con unas competencias definidas en tiempo de paz, reservándose sólo para el asesoramiento en caso de emergencia militar. Fuera debido a este juicio o no, lo cierto es que, más adelante, en las instrucciones de gobierno otorgadas por el emperador para guiar el reino durante sus ausencias, las decisiones tomadas sobre el funcionamiento de los asuntos de guerra fueron en esta línea.

---

na. Madrid. 1880. p. 378, nos proporciona otra relación del mismo año, mezclando los Consejos de Estado y Guerra: «del consejo Real de Estado e de la Guerra el Presidente era la Cesarea Mg. con su Gran Chanciller de Borgoña, Mercurio, e el conde de Nassao, su Gran camarlingo, e Diego Hurtado de mendoza, que después tomó Título de marqués de Cañete, e el señor Antonio de Fonseca, contador Mayor, e el gobernador de Bressa, e el comendador mayor de Castilla Fernando de Vega, cesar Aferra mosca, cavallerizo Mayor, e el virrey de Napoles Martin Govar, que entonces havia venido e traydo preso al rey Francisco de Francia...».

Antonio de Fonseca, que aparece sólo en la segunda relación, es posible que, gracias a la rehabilitación efectuada por Carlos V que incluía su confirmación como capitán general (véase *supra*, nota 65), volviera a entrar en el Consejo. En todo caso, fue convocado oficialmente tras la partida del emperador, en julio de 1529.

<sup>81</sup> «Otrosi ordenamos e mandamos que todas las nominas, cédulas e libranzas e asientos de capitanes e otros qualesquier officios e cosas tocantes a guerra y a la gente de las dichas nuestras Guardas que nos ayamos de firmar e despachar vayan vistas por los del nuestro consejo de la guerra y refrendadas por el nuestro secretario [...] por que se tenga razon en el dicho nuestro consejo de la guerra de lo que asy se librare e despachare tocante a guerra y a las dichas nuestras guardas, y lo que de otra manera se despachare no se asiente en los dichos nuestros libros ni lo pague el dicho pagador». Las Ordenanzas de 1525 las encontramos en AGS. CS. 2.<sup>a</sup> serie, leg. 1.



Por otro lado, el Consejo de Estado vivía momentos importantes con la discusión de la actitud a tomar con Francia tras la captura de su rey <sup>82</sup>. De los ocho personajes que entraban en estos momentos <sup>83</sup>, tres de ellos (Nassau, Moncada y Vega) los encontramos también discutiendo asuntos militares. Sin embargo, pronto observaremos al pleno del Consejo de Estado discutiendo materias estrictamente de guerra. El proceso se agudizó con el desdoblamiento causado por las ausencias del emperador, que llevó irremisiblemente a la desaparición del Consejo de Guerra como órgano de gobierno.

Entre 1526 y 1529 observamos la desaparición de algunos de los últimos personajes en ser convocados: Hernando de Vega murió en 1526 <sup>84</sup>; Hugo de Moncada y César Ferramosca partieron entre 1525 y 1526 al campo de batalla en Italia, donde encontrarían juntos la muerte dos años más tarde <sup>85</sup>. De los restantes, Nassau, La Chaulx, Hurtado de Mendoza, y acaso Antonio de Fonseca, ya hemos comentado la poca inclinación a los asuntos de gobierno del primero. La Chaulx fue enviado a Francia en 1529, donde murió un año después <sup>86</sup>. A salvo de la probable intervención de otros consejeros de Estado <sup>87</sup> durante estos años, quedó como principal representante del Consejo de Guerra el marqués de Cañete <sup>88</sup>.

En junio de 1526, la reanudación de la guerra con Francia tras la liberación de Francisco I <sup>89</sup>, propició una reforma en profundidad del Consejo de Estado <sup>90</sup>, a cuyos miembros encontramos discutiendo aspectos defensivos de

---

<sup>82</sup> Mientras que el canceller Gattinara y sus partidarios apoyaban la continuación de la guerra con Francia, Hugo de Moncada y el virrey Lanoy propugnaban la firma de un Tratado de Paz con Francisco I (Relación del embajador Contarini, en ALBERI IV, pp. 58-59). El triunfo de los segundos, que supuso la firma del Tratado de Madrid, fue un duro golpe para la ya mermada influencia del canceller.

<sup>83</sup> El embajador Contarini nos informa de la entrada de Hernando de Vega, Ugo de Moncada, Nassau, Carlos de Lannoy, monseñor de Beaurain, un flamenco del que no se especifica el nombre, y el canceller Gattinara (*Ibidem*).

<sup>84</sup> H. KENISTON, *op. cit.*, p. 115.

<sup>85</sup> Véase *supra*, notas 66 y 77.

<sup>86</sup> Véase *supra*, nota 79.

<sup>87</sup> En 1526 se incorporaron al Consejo de Estado el conde de Miranda, viejo conocido de la época de las Comunidades y que muy posiblemente debió volver a intervenir en los asuntos de Guerra, y Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo; Feliciano BARRIOS, *op. cit.*, p. 69.

<sup>88</sup> Tanto es así que ya en 1526 el bufón don Francesillo lo identificaba plenamente con los asuntos de guerra: «Acordaos, hijo, quel señor Diego Hurtado negoció con su Magestad que yo sea de su Consejo en guerra», Francés de ZUÑIGA, *Crónica burlesca del Emperador Carlos V*, edición, introducción y notas de Diane PAMP DE AVALLE-ARCE, Barcelona, 1981; p. 148.

<sup>89</sup> Al encontrarse libre en su reino, el rey francés olvidó todos los acuerdos del Tratado de Madrid, alegando que se había firmado bajo presión, y reanudó las hostilidades.

<sup>90</sup> Feliciano BARRIOS, *op. cit.*, pp. 58-62, nos comenta la polémica entre los que consideran que fue el auténtico nacimiento del Consejo de Estado, y los que opinan que no supuso más que una reforma en profundidad.

La entrada masiva de españoles se debió a la necesidad del emperador de contar con ellos «...para el esfuerzo bélico y económico que esta guerra llevó consigo».

la península<sup>91</sup>. Sin embargo, su principal impulsor, Gattinara, fue perdiendo claramente influencia en la Corte. Aunque dueño indiscutible de la política exterior del emperador, nunca había podido ejercer su dominio en los asuntos internos. En este ámbito, se encontró la enconada oposición de los secretarios y, en particular, de Francisco de los Cobos<sup>92</sup>. Después de una inteligente carrera en la administración, tras alcanzar las secretarías de Castilla, Hacienda e Indias, Cobos entró en el Consejo de Estado en 1529 después de la caída del secretario Juan Alemán. Se había convertido en gran patrón de la Corte<sup>93</sup>. El canciller dejó la Corte en marzo de 1528, y aunque en octubre ya estaba de regreso, nunca volvió a recuperar por completo la confianza del soberano.

*b.2) La partida de Carlos V y el desdoblamiento de los consejeros.  
Los consejeros de Guerra de la Regencia (1529-1532)*

En julio de 1529 abandonaba el emperador la península camino de su coronación imperial en Italia. Para el gobierno durante su ausencia dejó a su esposa, la emperatriz Isabel, como regente. Pero, dada su inexperiencia<sup>94</sup>, las riendas efectivas del poder recayeron en el presidente del Consejo de Castilla y arzobispo de Santiago, Juan Pardo de Tavera. Este iba a conseguir la formación de un grupo clientelar muy cohesionado en todos los niveles de la administración<sup>95</sup>, siendo depositario hasta su muerte de la plena confianza de Carlos V. Aunque ambas facciones, encabezadas por Cobos y Tavera, se disputaron durante estos primeros años los puestos relevantes de la Corte, en cierto modo se dio un reparto de papeles entre los dos dirigentes. Procuraron guardar la armonía entre sus intereses, a fin de mejor salvaguardarlos y procurar al tiempo que no se resintieran los del reino<sup>96</sup>. El secretario partió con el emperador, mientras el presidente dirigía el reino.

---

<sup>91</sup> Manuel FERNANDEZ ALVAREZ, *Corpus Documental de Carlos V* (en adelante, CDCV), Salamanca, 1973-1979. I, p. 117, transcribe una consulta del Consejo de Estado de noviembre de 1526, donde se hace hincapié en la defensa de la costa del reino de Granada, en el proveimiento e instrucción de la gente de las Guardas, en la fabricación de armas, etc.

<sup>92</sup> La obra de John M. HEADLEY, *op. cit.*, *passim*, nos introduce perfectamente en el sordo enfrentamiento provocado entre lo que Gattinara consideraba que debía ser la Cancillería del emperador respecto al despacho de los negocios del Imperio, y la labor de los secretarios, tradicionalmente a cargo de la burocracia real en Castilla.

<sup>93</sup> José MARTINEZ MILLAN, «Las élites de poder durante el reinado de Carlos V...», p. 144, resalta que se había convertido en nexo de unión entre la facción de antiguos «felipistas», pronto encabezados por Valdés, y de «fernandinos», a cuyo frente se colocaba Tavera.

<sup>94</sup> M. del Carmen MAZARIO COLETO, *Isabel de Portugal, Emperatriz y reina de España*, Madrid, 1951, p. 114: «Porque cuando comienza las tareas de su nuevo oficio Isabel está totalmente desentrenada en el manejo de los problemas del reino, consulta todo al Consejo según le fuera indicado...».

<sup>95</sup> José MARTINEZ MILLAN, «Las Elites de Poder durante el reinado de Carlos V...», p. 151.

<sup>96</sup> Carlos Javier de CARLOS MORALES, *op. cit.*, p. 62.

Dejó el emperador instrucciones para la administración de sus dominios, las primeras de una larga serie a lo largo de su reinado <sup>97</sup>. Por ellas se observa que el Consejo de Estado, sufrió un desdoblamiento: mientras que unos cuantos de sus miembros (Gattinara, Cobos, Nassau, García de Loaysa, Esteban Gabriel Merino, Granvela, Padilla y Luis de Praet) marcharon con el emperador, otros quedaban con la regente (don Juan Manuel, el conde de Miranda, el arzobispo de Toledo Alonso de Fonseca y el arzobispo de Santiago, Tavera) <sup>98</sup>. A este último se le encomendó asistir, posiblemente para ejercer una dirección «de facto», a los Consejos de Estado y Guerra <sup>99</sup> a los cuales, según parece, dedicó gran atención <sup>100</sup>. El Consejo de Estado de la emperatriz quedó encargado de asesorarle en asuntos internos de trascendencia, ya que la política del imperio permaneció en manos de los consejeros que partieron con el rey. En un proceso paralelo, en las ausencias del soberano el Consejo de Guerra vio sus miembros divididos. Los que permanecieron en Castilla se ocuparon a partir de ahora solamente de los asuntos militares internos, mientras que el emperador mantuvo junto a sí a un grupo de consejeros para asesorarle en las cuestiones militares del imperio que le surgieran durante sus viajes <sup>101</sup>. Los nombres de los que permanecieron en Castilla

<sup>97</sup> «Pero porque si yo, en buena hora hoviére de passar a Italia, sucederán cosas de las que yo suelo comunicar y tratar con los del Consejo que dizen de Estado dexo señalados para ello al Arcoobispo de Toledo, y al Arcoobispo de Santiago, Presidente del Consejo y al conde de Miranda y a don Juan Manuel [...]. Que las cosas de la guerra se traten y despachen con los del Consejo de Guerra, como hasta aquí se ha fecho, y quando convenga ha de mandar la Emperatriz que se junten los del Estado y ellos, para proveer lo que sea necesario» (AGS, PR, 26-14; CDCV, I, p. 149).

<sup>98</sup> Para todo el proceso de desdoblamiento del Consejo de Estado, véase Feliciano BARRIOS, *op. cit.*, pp. 71-74.

<sup>99</sup> Pedro SALAZAR Y MENDOZA, *Chronica del cardenal don Iuan Tavera*, Valladolid, 1603, p. 92: «Quedó también encargado el arzobispo de asistir a los consejos de Estado, y Guerra...». De hecho, constatamos como muchas veces los funcionarios militares se dirigían al presidente: por ejemplo, en agosto de 1529 Pedro del Peso, contador de la Artillería y veedor de las Obras de Pamplona, escribió a Tavera sobre las materias a su cargo (AGS, GM, LR 6).

<sup>100</sup> En carta de Carlos V a Tavera en 1530, podemos leer: «En lo que decís que por estar muy ocupado en las cosas del Consejo y Gobernación y en el Consejo de Estado, no podeys entender en las de la Hazienda...», AGS, E, leg. 21, fol. 265; transcrito por Carlos Javier de CARLOS MORALES, *op. cit.*, p. 93.

<sup>101</sup> Por poner algunos ejemplos, en 1532 el embajador veneciano informaba de que «Il marche-se d'Aerschott, e monsignor di Beaurain sono capitani di gente d'arme, come si e detto, ed entran nelli consigli dell'Imperatore, ma in quelli specialmente che si famio delle cose di guerra» (ALBERICI, *op. cit.*, I, p. 63). En febrero de 1533, Pedro GIRON, *Crónica del Emperador Carlos V*, Madrid, 1964, p. 27, define a Gabriel Merino como «...Presidente del consejo de guerra del Emperador...». Arzobispo de Bari desde 1513, patriarca de las Indias, obispo de Jaén en 1523, había entrado en el Consejo de Estado en 1526. En 1529 lo encontramos como proveedor general de la armada que transportó al emperador a Italia (AGS, GM, LR 4, fol. 20), viaje en el cual le acompañó. Aunque discutiremos este problema «in extenso» en el apartado correspondiente, es posible que el hecho de mostrarse como el personaje más activo militarmente hablando en el entorno del emperador, le llevase a una identificación con tal presidencia. De todas formas, fue por escaso tiempo, pues al poco se retiró a Roma donde murió en julio de 1535. Breves apuntes biográficos en *Floreto de*

entendiendo en asuntos de guerra nos los facilita el cronista Santa Cruz: Antonio de Fonseca, don Hernando de Andrade y Diego Hurtado de Mendoza <sup>102</sup>. Observamos que ninguno de los tres pertenecía a su vez al Consejo de Estado —como sucedió con el resto de las ausencias del emperador— por lo que, aparentemente, pudiera concluirse que Carlos V optó por una separación (relativa, pues se especificaban reuniones conjuntas <sup>103</sup> y los de Estado seguían discutiendo las grandes decisiones militares) del régimen de los asuntos de guerra entre ambos tipos de consejeros. En consecuencia, ello debería conducir a una cierta toma de entidad del Consejo de Guerra, reforzado para la ocasión como organismo de gobierno. Pero si esas fueron las intenciones de Carlos V, las circunstancias personales de los individuos escogidos pronto las dejaron sin contenido: Antonio de Fonseca se encontraba al final de su vida y poco debía atender los negocios; Hernando de Andrade, que ocupó en breve su cargo de asistente de Sevilla, permaneció muy escaso tiempo al lado de la emperatriz <sup>104</sup> y Hurtado de Mendoza hizo pronto dejación de sus

---

*anécdotas y noticias diversas que recopiló un fraile dominico residente en Sevilla a mediados del siglo XVI*. MHE. t. 48. Madrid, 1948, p. 82.

<sup>102</sup> Alonso de SANTA CRUZ. *Crónica del Emperador Carlos V*, Madrid, 1920-25; III, p. 10: «Dejo asimismo su Majestad otro Consejo de Guerra, para el cual dejó señalados a Antonio de Fonseca, señor de Coca y Alaejos, y al conde don Fernando de Andrade y a Lope [sic] Hurtado de Mendoza, que después fue primer marqués de Cañete, todos muy cuerdos y expertos en las cosas de la guerra».

<sup>103</sup> Los consejeros de Estado y los de Guerra se reunieron en diversas ocasiones: por ejemplo, a la hora de sustituir al marqués de Comares como capitán general de Orán y Bugía, «...se platicado en el consejo de estado y de la guerra que persona se podría enbiar allí...» (carta de Isabel a Carlos V, 16 de septiembre de 1530, AGS, E, leg. 19, fol. 234; transcrita por M. C. MAZARIO COLETO, *op. cit.*, p. 295); un memorial del conde de Alcaudete, virrey de Navarra, sobre la defensa de ese reino, «...se vio en nuestro consejo de estado y guerra» (9 de abril de 1530; AGS, GM, LR 4, fol. 119); asimismo se trató con ambos consejos reunidos una petición del alcaide de la fortaleza navarra de Stella sobre la gente que había mandado juntar (4 de marzo de 1531, AGS, GM, LR 4, fol. 271), etc. Sin embargo, parece que desde un principio las cuestiones más importantes, como estaba en el ánimo del emperador, se trataban sólo en el de Estado.

<sup>104</sup> Hernando de Andrade, conde de Villalba, gallego de distinguido linaje, había luchado bajo las órdenes del Gran Capitán en Italia. Su apuesta decidida por Felipe I —que le nombró asistente de Sevilla, cargo confirmado por doña Juana a su muerte—, le costó el alejamiento de la Corte cuando Fernando el Católico reasumió el poder en la Corona de Castilla. Cisneros, que lo tuvo en gran confianza, lo nombró comandante general de la Gente de Ordenanza (Vicente de la FUENTE, *Cartas de los Secretarios...*, p. 112), y lo envió a Flandes con una misión para el rey (CEDILLO, *op. cit.*, I, p. 115). En las Cortes de Santiago y La Coruña (1521) defendió el voto en Cortes del reino de Galicia —que ostentaba Zamora— lo cual, según algunas opiniones, le valió el destierro (DANVILA IV, p. 155). Al pasar el rey a La Coruña le nombró capitán general de la Armada que le había de transportar a Flandes, regresando a la península el mismo año de 1520. En 1522 partió para Italia en el séquito de Adriano de Utrecht cuando éste fue nombrado Papa: sus servicios le valieron el título de príncipe de Caserta, que vendió al fallecer Adriano VI en 1523 y regresar a Galicia. Desde 1526 se hallaba en la Corte del emperador, organizando expediciones al Nuevo Mundo y quizá tratando ya asuntos militares. Consejero de Guerra en 1529, en marzo de 1530 aparece ocupando el puesto de asistente de Sevilla que le concediera Felipe I (AGS, GM, LR 3, fol. 139), alternando este cargo con sus funciones como consejero hasta finales de 1531; desde estas fechas hasta por lo menos 1536 permaneció en Sevilla. Retirado en Galicia los últimos años, murió

responsabilidades<sup>105</sup> por considerar que se le marginaba en los asuntos importantes, en favor del conde de Miranda<sup>106</sup>, nuevo hombre fuerte en los asuntos de Estado y Guerra<sup>107</sup>. La desaparición de estos personajes llevó a

---

—según opiniones— entre 1540 y 1541. Noticias biográficas en A. LOPEZ DE HARO, *op. cit.*, II, p. 136; Antonio COUCEIRO FREIJOMIL, *Historia de Puente deume y su comarca*, Puente deume, 1971, pp. 237-264; Emilio GONZALEZ LOPEZ, *Bajo la doble Aguila: (Galicia en el reinado de Carlos V)*, Montevideo, 1970, pp. 75-76; María del Carmen LORENZO FOLGUEIRO, *El Linaje de la Casa de Andrade*, Memoria de Licenciatura inédita, leída en 1974 en la Universidad Complutense de Madrid, pp. 71-83. Agradecemos a la autora el que nos haya permitido su consulta.

<sup>105</sup> Sus retiradas de la Corte fueron constantes ya desde los primeros tiempos de la Regencia. Había acompañado al marqués al emperador en su viaje a Barcelona en julio de 1529 (AGS, GM, LR 4, fol. 25). Hacia el 13 de agosto todavía no se había reincorporado a la Corte, emitiendo entonces la emperatriz una cédula para que lo hiciera lo antes posible (*Ibidem*, LR 6); ya el 6 de septiembre leemos que «...por quanto despues que vino a esta Corte Diego Hurtado de Mendoza del nuestro Consejo, por mandado del Emperador mi señor se ha platicado en el nuestro consejo de la guerra...» (*Ibidem*, LR 4, fol. 5). Sin embargo, siguió ausentándose a la menor oportunidad: se le envió aviso para que se incorporara de inmediato el 23 de abril de 1530 (*Ibidem*, LR 6) y tras una nueva ausencia, el 3 de agosto de 1531 (*Ibidem*, LR 5, fol. 85). Tavera, en su correspondencia con Cobos, se hace eco del problema: «...Diego Hurtado de Mendoza pidió licencia a su Alteza para llegar a Cuenca a ver su cassa y despues que alla estuvo se comenzo a escussar por carta de bolber aqui a entender en las cossas de la guerra y otras de al servicio de SM que solia...», BNM Ms. 1778, fol. 201. El 15 de abril de 1531, el mismo Cañete mostraba su despecho en una misiva a Carlos V: «Yo dexo de escribir a Vuestra Mag. dandole cuenta de las cosas de la guerra, en que fue servido que yo entendiese, porque por las relaciones que se embian y por otras cartas de los que entienden en ello es ynformado largamente...», AGS E, leg. 22, fol. 239; CDCV, I, p. 285. Llegó incluso a solicitar permiso para ir a luchar contra el turco: carta de Isabel a Carlos V: «El marques de Cañete, luego como supo la nueva de la venida del turco por las ultimas cartas de VM, con deseo de servirle en esta empresa, me suplico le diese licencia para yr alla...», AGS, E, leg. 24, fol. 30; MAZARIO COLETO, *op. cit.*, p. 344.

<sup>106</sup> Una carta del presidente Tavera a Cobos, fechada alrededor de 1530, nos ilustra perfectamente la situación:

«Aquí se ha principiado de pocos dias aca una discordia que aunque pessa poco me dan pena por lo que adelante podra succeder si no se remediase. Y es entre Diego Hurtado y el Conde de Miranda: Diego Hurtado toma boz del Consejo de Guerra y el Conde habla como de Consejo de Estado y quejase Diego Hurtado de algunas cossas diciendo que no les dan parte ni los llaman [...] pessa poco e yo he procurado de apaciguarlo y asi lo hare todas las veces que algo sintiere mayormente que Diego Hurtado es muy buen caballero y muy provechoso en su cargo y tiene razon con questo se conozca y se haga mucha cuenta del mas no se puede de esto assi acabar con todo. Yo tratare que siempre se mire lo que es rrazon en aquellas cosas». BNM Ms. 1778, fol. 217. Obsérvese que Tavera, al tratar de remediar la situación, comenta que en adelante se procurará contar con Hurtado de Mendoza, esto es, un consejero de Guerra, sin hacer mención del Consejo de Guerra como cuerpo.

<sup>107</sup> Bajo el manto de Cobos (H. KENISTON, *op. cit.*, p. 143), nos señala la amistad entre ambos personajes) se había convertido en la figura principal del Consejo de Estado, influyendo al tiempo en los asuntos de guerra. Tanto es así, que el 4 de abril de 1530 el rey encomendaba al conde el buen funcionamiento de ambos consejos: «...no me ha escrito ninguno, que hay disconformidad entre los del consejo de estado. pero es bien que vos tengais cuidado. como lo dezis. que no la haya: asi de conservarlos en toda concordia: i lo mismo en los del consejo de la guerra», José PELLICER DE OSSAU Y TOVAR, *op. cit.*, fol. 74. Los oficiales militares lo tomaban como interlocutor en la Corte para comunicarle los eventos de interés: el 30 de julio de 1529 el teniente de alcaide de Gibraltar escribía a Miranda para darle noticias de la fortaleza (AGS, GM, LR 6); el duque de Alburquerque le escribió el 19 de febrero de 1530 sobre la retirada del turco y una

que los asuntos militares se asignasen al Consejo de Estado. Con todo, mientras estuvieron activos los consejeros de Guerra se comunicaron con el emperador para informarle de materias de su interés <sup>108</sup>.

En este período, Cobos y Granvela llegaron a dominar la política exterior de Carlos V (tras la muerte de Gattinara en junio de 1530), convirtiéndose en sus principales consejeros y difuminando al resto de los asesores. Francisco de los Cobos, por su parte, se preocupó de establecer una extensa red clientelar (con representación en los Consejos que nos ocupan) que le tuviera constantemente informado de la marcha de los negocios: como secretarios, dejó en el de Estado de la emperatriz a su sobrino, Juan Vázquez de Molina <sup>109</sup>; en el de Guerra Zuazola, que partió con el emperador, fue sustituido interinamente por Andrés Martínez de Ondarza <sup>110</sup>, ambos colaboradores suyos <sup>111</sup>.

Como señalábamos, entre 1531 y 1532 nos encontramos con un Consejo de Guerra absolutamente disminuido: con Andrade en Sevilla y Hurtado de Mendoza disfrutando de largas temporadas en su casa, quedó sólo el ya

---

armada que se había mandado hacer (*Ibidem*), etc. Incluso el mismo don Hernando de Andrade, desde su puesto en Sevilla, se carteaba con el conde: en cédula dada a 11 de marzo de 1530, leemos: «conde don Fernando de Andrada nuestro asistente de la muy noble cibdad de Sevilla, vi lo que escrivistes al Conde de Miranda mi mayordomo mayor sobre la nuestra galera que esta en el río de esta cibdad...», AGS, GM, LR 3, fol. 139.

<sup>108</sup> En carta de Isabel de Portugal a Carlos V, a 7 de junio de 1530 (AGS E, leg. 20, fol. 2; transcrito por M. C. MAZARIO COLETO, *op. cit.*, p. 278): «...he mandado proveer para reforzar la dicha armada todo lo que el ha pedido, como VM podrá mandar ver en la relación de los del Consejo de la Guerra que yra con esta...». Lo mismo el 16 de agosto (MAZARIO, p. 289), 16 de septiembre (*Ibidem*, p. 294), 12 de enero de 1531 (*Ibidem*, p. 305), 14 de abril (*Ibidem*, p. 311), 21 de mayo (*Ibidem*, p. 315), 5 de diciembre (*Ibidem*, p. 328), etc.

Pedro de Zuazola actuaba como nexo de unión entre el emperador y los consejeros de Guerra de Castilla (véase *infra*, nota 111).

<sup>109</sup> Aunque oficialmente era secretario de la emperatriz, lo cierto es que el emperador dio orden de que «...Juan Vázquez de Molina, mi criado, entienda en lugar de Francisco de los Cobos, mi secretario y del mi consejo, que va conmigo en mi servicio, en todos los negocios y despachos de las cosas de los dichos nuestros Reynos y Señoríos en que el dicho Secretario entendía e despachaba...» (AGS, QC, leg. 30; transcrito por Carlos Javier de CARLOS MORALES, *op. cit.*, p. 91). Tavera, en carta al emperador fechada hacia 1530, comentaba «...en lo de Estado que VM dice que este Juan Vázquez en su nombre [DE COBOS]...» (BNM, Ms. 1778, fol. 116). Parece claro que se ocupó interinamente de la Secretaría del Consejo de Estado de la emperatriz: suyo es el Libro de Registro número seis de la Sección de Guerra y Marina del AGS, que abarca desde mayo de 1529 a enero de 1531. Sobre este personaje, noticias biográficas (muy incompletas) en: Luisa CUESTA y Florentino ZAMORA LUCAS, «Los Secretarios de Carlos V», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXIV, 2 (1958), pp. 444-446.

<sup>110</sup> I. A. A. THOMPSON, «The Armada...», p. 705. Andrés Martínez de Ondarza aparece como contino de la Casa Real en 1518 (AGS, NC, leg. 1, fol. 547); en 1526 actuaba como «contador de los oficiales de nra casa...», AGS, GM, LR 2, fol. 29).

Pedro de Zuazola quedó como enlace entre los consejeros de Guerra que permanecieron con la emperatriz y el emperador: cédula de 12 de abril de 1530, «Pedro de Cuacola secretario y del consejo del emperador mi señor sabed que por causa que pareció en el nuestro consejo de la guerra... [SOBRE EL DESPIDO DE UNOS OFICIALES] ...hagais relacion a S. Mg.», AGS, GM LR 4, fol. 120).

<sup>111</sup> H. KENISTON, *op. cit.*, p. 323.

achacoso Antonio de Fonseca. Los asuntos militares rutinarios, de los que estaba encargado y en los cuales no intervenían los consejeros de Estado <sup>112</sup>, empezaron a resentirse. Hacia 1532, el emperador escribía a Tavera acerca del «...deshorden que ay en el consejo de la guerra...» <sup>113</sup>.

En estas circunstancias, se produjo el óbito de Antonio de Fonseca. En carta de 2 de septiembre de 1532, el emperador mostraba su pesar por el fallecimiento y disponía provisionalmente la forma de llevar los asuntos de guerra:

«...supe el fallecimiento de Antonio de Fonseca de que me ha desplazado por haver perdido en el tan buen servidor y pues faltando el en el consejo de guerra no queda mas de solo el marques del cañete, he acordado que por agora las cosas de guerra que se ofrescieren se provean por el consejo de estado, interviniendo al despacho y provision dellas el dicho marques de Cañete y el secretario del consejo de la guerra, para lo cual en todas las cosas de la guerra que se hoviére de despachar y proveer los mandareys llamar y con su intervencion se haga» <sup>114</sup>.

Como vemos, los asuntos militares se asignaban, en tanto no dispusiera otra cosa el emperador, al Consejo de Estado. Un giro en el tratamiento de los asuntos de la guerra que se vio confirmado pocos meses después con el cambio de secretario.

---

<sup>112</sup> Durante los primeros años, hasta 1532, el Consejo de Guerra aparece resolviendo temas militares tales como obras en fortalezas, nombramientos de tenientes de las Guardas (como especificaban las Ordenanzas), pagos a personas particulares, licencias a soldados, traslados de compañías de Guardas, abastecimiento, armamento (encontramos abundantes referencias en los *Libros de Registro* números tres, cuatro y cinco); en relación con todas estas materias, detectamos incluso una práctica bastante acusada, consistente en la convocatoria de determinados individuos para que se presentasen ante el Consejo con el objeto de informar: Aposentadores de las Guardias (el 19 de septiembre de 1529 el bachiller Gimarán; otro aposentador, el 11 de diciembre del mismo año, AGS. GM, LR 4), alcaides y capitanes de las mismas (el 28 de junio de 1530 se convocó a Cristóbal de Benavente, «...Alcaide de nuestras guardas...», *Ibidem*, LR 4, fol. 152; el 27 de marzo de 1531, los llamados fueron los capitanes Pedro Barba de Vozmediano y Francisco de Villatariel, *Ibidem*, fol. 276), armeros (10 de diciembre de 1529: se convoca a dos «...maestros armeros [...] porque yo me quiero informar de vosotros de algunas cosas tocantes a vro oficio para poder proveer de ciertos arcabuces y escopetas y picas [...], vengays a esta mi corte que en ella en el nuestro Consejo de Guerra se ynformaran e os daran lo que ayais de facer», *Ibidem*, LR 3, fol. 30), encargados de obras (12 de agosto de 1530, es convocado Pedro del Peso para dar razón de las obras de Pamplona, San Sebastián y Fuenterrabía, *Ibidem*, LR 4, fol. 179), productores de salitre (Gonzalo de Montalvo, que tenía cargo de los salitres de El Pedernoso, fue llamado el 25 de noviembre de 1529, *Ibidem*, LR 3, fol. 13, y el 1 de febrero de 1531, *Ibidem*, LR 4, fol. 257).

<sup>113</sup> AGS. E. leg. 3, fol. 353. Citado por I. A. A. THOMPSON, «The Armada...», p. 701. La emperatriz, en carta a su esposo de 21 de julio de 1592, apunta asimismo la «...falta que aqui avia en lo del Consejo de la guerra...», AGS. E. leg. 24, fol. 30; MAZARIO COLETO, p. 344.

<sup>114</sup> AGS. E. leg. 636, ff. 185-186; CDCV. I, p. 398. La contestación de la emperatriz, el 10 de octubre siguiente: «en lo del marques de cañete se hara lo que vuestra magestad manda», AGS. E. leg. 51, fol. 53; MAZARIO COLETO, p. 359.

**c) La atribución de los asuntos militares de Castilla  
a los consejeros de Estado de la Regencia:  
la secretaría de Juan Vázquez de Molina (1533-1556)**

La falta de institucionalización de nuestro organismo es patente en el período que vamos a estudiar: si bien en un principio los asuntos de la guerra se identificaron por completo con el Consejo de Estado, la distinción en un segundo momento pasa únicamente a través de los secretarios que tramitaban los negocios. Ello aparece claro a través del análisis de las Instrucciones de gobierno que redactó el emperador que nos permiten conocer, en cada momento, quienes fueron los que entendieron en ambas materias, Estado y Guerra. O lo que es lo mismo, quienes obtuvieron la confianza de Carlos V, dentro de la sorda lucha que, para alcanzar el favor real, se desarrollaba continuamente en la Corte entre las diferentes facciones dirigidas por sus correspondientes «Patrones»; única vía a través de la cual podemos alcanzar a comprender plenamente el carácter del gobierno de la Monarquía, y particularmente en nuestro caso el tratamiento que recibieron los asuntos de Estado y Guerra.

**c.1) Un secretario para los asuntos de Estado y Guerra  
(1533-1539)**

El 1 de enero de 1533 Pedro de Zuazola, que seguía en compañía del emperador <sup>115</sup>, fue nombrado tesorero general, quedando al mismo tiempo como consejero de Guerra <sup>116</sup>. La Secretaría de Guerra pasó entonces a Juan Vázquez de Molina, quien ostentaba hasta ese momento la secretaría interina del Consejo de Estado de la emperatriz. En realidad este nombramiento debe interpretarse desde una óptica de pura funcionalidad: el volumen de trabajo existente en ambas materias no debía justificar en esos momentos la coexistencia de dos secretarios, máxime cuando Vázquez de Molina podía dedicarle enteramente su tiempo, al contrario de lo que sucedió unos años después.

El nombramiento de Zuazola como consejero de Guerra tuvo, a nuestro juicio, una doble motivación: por un lado la sustitución de Antonio de Fonseca —el emperador estaba ya preparando su vuelta—, aunque sus tareas

---

<sup>115</sup> Parece que pudo haber regresado a Castilla en los primeros meses de 1530: carta de Carlos V a Tavera. «...en lo del consejo de la guerra con la yda de Zuacola estara bien proveído, y con dar orden que los despachos se vean en el Consejo como en la otra os lo digo», CDCV, I, p. 199; la contestación del presidente en BNM Ms. 1778, fol. 116, «Diego Hurtado es aqui venido [refiriéndose a alguna de las escapadas de Cañete] y el y los demas que el Emperador mando entenderan en lo de la guerra y de la manera que lo dexo ordenado SM. y en ello estara el qunbio Zuazola». En todo caso, su paso debió ser meteórico, pues no aparece refrendando ninguna cédula de los *Libros de Registro* correspondientes a ese año, como sería lógico dado su cargo de secretario del Consejo de Guerra.

<sup>116</sup> Títulos en AGS. QC. leg. 38.



como tesorero general y la preparación de la expedición a Túnez <sup>117</sup> a la postre le dejarían poco tiempo para ello; más sentido tiene considerarlo como una recompensa, seguramente gracias a la mediación de Cobos, por los servicios prestados en compañía del emperador, otorgándole los 100.000 maravedíes correspondientes de salario <sup>118</sup>.

La vuelta del emperador en abril de 1533 <sup>119</sup> supuso nuevamente el acoplamiento de los consejos que habían permanecido divididos desde 1529 <sup>120</sup>. El Consejo de Estado reasumió por entero sus funciones iniciales, mientras que los temas militares volvieron a un Consejo de Guerra <sup>121</sup>, revitalizado por la llegada de los consejeros del emperador <sup>122</sup>.

No obstante, en 1534 Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete,

<sup>117</sup> I. A. A. THOMPSON, «The Armada...», p. 705.

<sup>118</sup> En un documento de 1534 (AGS, NC, leg. 2, fol. 339), leemos:

«Relación de los que han de cobrar segun los consejos:

Consejo de guerra

D. Juan manuel

Marques de Denia

Marques de cañete

Pedro de Zuazola».

Se trata de un escrito similar al que ya estudiamos para el año 1523 (véase *supra*, nota 67), y la conclusión es la misma que para aquél: el hecho de que los mencionados cobraran salario no indica que fueran convocados: el marqués de Denia, que murió dos años más tarde, seguía en Tordesillas encargado de la reina Juana y no hay noticias de su vuelta permanente a la Corte. El caso de don Juan Manuel es muy curioso, por no decir único: el 4 de enero de 1523, recién llegado a la Corte tras su estancia en Roma, había recibido título de consejero de Estado, con su correspondiente salario (AGS, QC, leg. 27, fol. 1090), que siguió cobrando regularmente hasta su muerte (*Ibidem*, NC, leg. 2). Que conozcamos, se trata del único nombramiento que se dio para este Consejo. Salustiano de DIOS, *op. cit.*, p. 213, nos indica que el Consejo de Estado «...debía tener ya rango institucional, pues de otro modo no se entendería la existencia de un título de consejero de Estado». Es obvio que su misma excepcionalidad nos indica precisamente lo contrario. Unos años después, la cuestión debió parecer tan irregular que a la hora de definir el concepto por el que cobraba cada personaje se le asignó al Consejo de Guerra. En todo caso, tampoco él estaba ya presente en la Corte, pues se había retirado el año anterior a sus estados (Pedro GIRON, *op. cit.*, p. 32).

En conclusión, los únicos personajes activos en el Consejo de Guerra con título de consejero —y ni siquiera a tiempo completo— eran el marqués de Cañete y Pedro de Zuazola.

<sup>119</sup> H. KENISTON, *op. cit.*, p. 149. Desembarcó en la costa catalana y se dirigió inmediatamente a Barcelona, donde le esperaba la emperatriz. En el viaje a la ciudad condal acompañaron a Isabel el conde de Miranda, don Juan Manuel y el marqués de Cañete, entre otros (M. C. MAZARIO COLETO, *op. cit.*, p. 65).

<sup>120</sup> Feliciano BARRIOS, *op. cit.*, p. 77.

<sup>121</sup> Las alusiones a la actuación del Consejo de Guerra durante los dos años escasos que permaneció esta vez el emperador en la península son frecuentes: entiende en la paga de las Guardas en abril de 1533 (BNM Ms. 3315), nombramiento de tenientes (AGS, GM, LR 7, fol. 80), investigación de las cuentas de veedores (*Ibidem*, ff. 195-196), órdenes de pago (*Ibidem*, fol. 202), revisión de fortalezas (*Ibidem*, fol. 216, 228), asuntos de Justicia (*Ibidem*, LR 9, a 21 de enero de 1535, etc.).

<sup>122</sup> Por ejemplo, apuntar el retorno del marqués de Cenete, que debió volver a ocuparse de los asuntos militares (H. KENISTON, *op. cit.*, p. 158).

salió de la Corte —en donde ya había comprendido que no tenía ningún futuro— siendo nombrado virrey de Navarra el 4 de junio, en sustitución del conde de Alcaudete <sup>123</sup>. La desaparición de Cañete coincidió con los inicios de la empresa militar que ocupó a los oficiales de Carlos V durante el siguiente año: la expedición a Túnez <sup>124</sup>.

La organización de la campaña, en la que no creían los consejeros castellanos del rey <sup>125</sup>, consumió los últimos meses de 1534 y los primeros de 1535 <sup>126</sup>. En los primeros días de mayo el soberano partió hacia Barcelona para embarcarse al frente de sus tropas. Dos meses antes, el 1 de marzo, había firmado las Instrucciones para el gobierno del reino, en donde la Emperatriz volvía a quedar como Regente, aunque, como sucediera en 1529, el cardenal Tavera <sup>127</sup> quedó de hecho al frente del gobierno, mientras Cobos acompañaba al emperador. En lo referente a los asuntos de Estado y Guerra, las modificaciones, respecto a las últimas instrucciones, eran sustanciales:

«Como quiera que de presente, a lo menos el tiempo que yo estuviere en Barcelona, se ofresceran aca pocas cosas que no sean de justicia o Gobernación de estos reinos (...), pero porque si yo en buena hora, hobiere de pasar la mar, subderan cosas de las que yo suelo comunicar y tratar con los del Consejo que dicen del Estado, dexo señalados para ello a los muy reverendos Cardenales de Toledo y Cigüenza e al conde de Miranda y al Conde de Osorno y en este consejo, se trataran las cosas de guerra» <sup>128</sup>.

<sup>123</sup> El título, en AGS, GM, LR 7, fol. 103. Se fue a su nuevo destino bien pertrechado por una serie de medidas que reflejan, por un lado, el conocimiento que tenía de los entresijos de la administración, y por otro, los deseos que tenía de obtener un puesto así: consiguió el emperador el establecimiento de un criado suyo en la Corte «...solicitando y entendiendo en los negocios que se ofrescieren en aquel Reyno» (*Ibidem*, fol. 117); también logró que el doctor Antonio de Fonseca, visitador del reino de Navarra, le informara del estado de la región (*Ibidem*, fol. 115); consiguió la tenencia de la fortaleza de Pamplona que era antes de Miguel de Herrera, capitán general de la Artillería (*Ibidem*, fol. 112); por último, se le permitió el traslado de su Capitanía de las Guardas a Navarra, transmitiendo la titularidad de la misma a su hijo, Pedro de Mendoza (*Ibidem*, ff. 101 y 114).

<sup>124</sup> El corsario Barbarroja, nombrado almirante de la Flota por el sultán, ocupó este reino africano en agosto de 1534. El dominio por el Imperio Otomano de este estratégico enclave, a un lado del canal siciliano, les permitiría una conexión mucho más fácil entre el Mediterráneo oriental y occidental. Por ello, el emperador se puso rápidamente en contacto con el monarca destronado, Muley Hasan, el cual aceptó su colaboración para devolverle el poder, quedando como tributario de Carlos (Andrew C. HESS, *op. cit.*, p. 73).

<sup>125</sup> H. KENISTON, *op. cit.*, pp. 160-161, recoge el largo memorial de Tavera «...presentando objeciones al proyecto», así como el hecho de que Cobos «...no había reído desde el anuncio de la campaña».

<sup>126</sup> Tenemos numerosas cédulas referentes a la organización del Ejército: AGS, GM, LR 7, ff. 274 hasta el final: *Ibidem*, LR 8.

<sup>127</sup> Fue investido cardenal en abril de 1534.

<sup>128</sup> AGS, PR, leg. 26, fol. 41; CDCV, I, p. 417.

Se consumaba la disolución de esa precaria entidad conocida hasta entonces como Consejo de Guerra de la emperatriz. Era el Consejo de Estado quien pasaba a entender en este tipo de materias. Ya ni siquiera tenía que dar orden de entrada, como vimos en 1532, ni al secretario —que era el mismo que atendía al Consejo de Estado— ni a los consejeros de Guerra. Con el marqués de Cañete en Navarra y Pedro de Zuazola de nuevo acompañando al emperador <sup>129</sup>, no quedaba ninguno de los consejeros con título. Sin duda ninguna la misma práctica del gobierno de Castilla durante sus ausencias le había dictado al emperador, al cabo de unos años, la inutilidad de mantener dos tipos de consejeros —Estado y Guerra— para cumplir unas funciones que podían ser perfectamente asumidas por los primeros.

Por supuesto, como en ocasiones anteriores el emperador mantuvo a su lado un Consejo de Guerra que le asesoraba en sus campañas militares: en este caso, la conquista de Túnez <sup>130</sup>; poco después, en julio de 1536 antes de volver a Castilla, fue un nuevo enfrentamiento con Francia causado, esta vez, por la posesión del ducado de Milán <sup>131</sup>. Resulta obvio que se trataba más de un consejo de campaña que de un verdadero órgano de administración y, aunque el emperador se había reservado para su consulta algunas cuestiones militares puntuales <sup>132</sup>, en la práctica muy poco tenía que ver con el gobierno de Castilla.

<sup>129</sup> El 28 de marzo de 1535, ante la partida de Zuazola a Barcelona en seguimiento del rey, el secretario trasapó sus funciones de tesorero Real a Alonso de Baeza (AGS, GM, LR 10).

<sup>130</sup> En la *Historia y conquista de Túnez*. BNM Ms. 19.441, encontramos varias referencias a la actuación del Consejo de Guerra: «Luego que las capitulaciones y conciertos fueron hechas como dicho es su majestad con el consejo de guerra hordenaron y mandaron...», fol. 117; más adelante, «mandose este día en el consejo de guerra que luego se derribasen las dos torres...», fol. 119.

<sup>131</sup> Fue una lucha corta, dos meses, en la que no hubo vencedores (H. KENISTON, *op. cit.*, pp. 177-178). Prudencio de SANDOVAL, *op. cit.*, III, p. 15, nos informa: «Hizose esta jornada con grandes veras y con determinación de acabar de esta vez con el rey de Francia. Y aunque aqui en Sevillan nombro el Emperador muchos del Consejo de Guerra, entre los cuales fueron el conde de Benavente, el marques de Aguilar, el Principe de Bisiñano, Ascanio Colona, el Principe de Salerno caballero Mayor, y otros, el principal consejo y parecer que el emperador seguia era de Antonio de Leyva...»; por su parte, en el mes de agosto, en mitad del conflicto, el embajador Martín de Salinas nos indica desde el campo del emperador que «...entra en el Consejo de Guerra d. Pedro de la Cueva como capitán General de la Artillería...» (Antonio RODRIGUEZ VILLA, *op. cit.*, noviembre 1904, p. 375).

Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara y mayordomo del emperador, era hijo del duque de Alburquerque (A. LOPEZ DE HARO, *op. cit.*, I, p. 346). Carlos V le tuvo en gran confianza e hizo que le acompañara en todos sus viajes y campañas. En junio de 1536 se hallaba al frente de 100 piezas de artillería, preparadas para llevarlas a Niza (Prudencio de SANDOVAL, *op. cit.*, III, p. 15). Sin embargo, no era entonces capitán general de la Artillería, como parece deducirse de la carta de Salinas. Ese puesto lo ocupaba a la sazón Miguel de Herrera, y fue a su muerte, en mayo de 1542, cuando se le confió el cargo a Pedro de la Cueva (Jorge VIGON, *Historia de la Artillería...*, III, p. 286).

<sup>132</sup> Destacadamente, en cuestión de fortalezas fronterizas consideradas estratégicas. Así, el 5 de agosto de 1535, a la petición de cierto movimiento de hombres de armas en Fuenterrabía, respondió la emperatriz que el emperador «...lo dexo ordenado y mandado como saveis no se podra hazer novedad sin consultarselo...», AGS, GM, LR 10.

Mientras tanto, en la península, el Consejo de Estado se ocupaba de *todos* los temas militares, siguiendo las instrucciones dadas: licencias de oficiales <sup>133</sup>, pagos de soldados <sup>134</sup>, abastecimiento <sup>135</sup>, Armadas <sup>136</sup>, Artillería <sup>137</sup>, etc. En cuanto a sus miembros, es preciso señalar la entrada de García Fernández Manrique, III conde de Osorno, perteneciente al círculo de Tavera, y del obispo de Sigüenza, García de Loaysa, partidario de Cobos <sup>138</sup>. Ambos nombramientos deben explicarse desde la óptica del equilibrio de poderes entre los patrones de la Corte que procuraba siempre mantener el emperador.

El retorno del rey en diciembre de 1536 trajo consigo la acostumbrada reunión de los Consejos. Algunos de los consejeros que volvieron con Carlos V, entre ellos quizás Pedro de la Cueva, debieron constituirse en Consejo de Guerra, pues registramos un resurgir del mismo con diferentes actuaciones <sup>139</sup>. Sin embargo, una breve ausencia del soberano en abril de 1538, para entrevistarse con Francisco I en Niza, nos retrotrae a la situación de marzo de 1535: los asuntos de guerra quedaban de nuevo en manos del Consejo de Estado <sup>140</sup>.

## c.2) *La separación de las secretarías: Francisco de Ledesma, secretario interino de Guerra (1539-1555)*

En 1539, el emperador abandonaba de nuevo Castilla a causa de la conflictiva situación en los Países Bajos. Optó entonces por dejar al frente del

<sup>133</sup> El 26 de julio de 1535, «...mostro en consejo de estado una cedula de VM por la qual da licencia a perafán de rivera, alcaide y capitan de bugia, para venir a su casa...», AGS, E, leg. 35, fol. 49; transcrito por M. C. MAZARIO COLETO, *op. cit.*, p. 405.

<sup>134</sup> Ocho de agosto de 1535, cédula dirigida al marqués de Cañete, virrey de Navarra, sobre el pago de los soldados de la fortaleza de Pamplona notificándole «...que en el nuestro consejo destado sea presentado la nomina que va con esta...», AGS, GM, LR 10.

<sup>135</sup> El 25 de octubre de 1535, la información sobre un depósito de trigo hecho en Fuenterrabía se presentó en el «...nuestro consejo de estado», AGS, GM, LR 11.

<sup>136</sup> Cédulas de 30 de octubre, 9 y 16 de noviembre de 1535 (AGS, GM, LR 11), etc.

<sup>137</sup> El 16 de noviembre de 1535 se ve en Consejo de Estado la información enviada por el virrey de Navarra sobre la necesidad de montar una herrería para «...labrar pelotería», AGS, GM, LR 11.

<sup>138</sup> Noticias biográficas de Osorno en A. LOPEZ DE HARO, *op. cit.*, I, p. 325; sobre Loaysa, John DWORKOSKI, *op. cit.*, p. 40. Sobre su adscripción, véase *infra*, nota 159.

<sup>139</sup> Un asunto de Justicia el 8 de febrero de 1537, AGS, GM, LR 14, etc.

<sup>140</sup> Instrucciones para el gobierno de los reinos, a 22 de abril de 1538. «Porque durante esta mi breve ausencia desos reinos subcederan cosas de las que yo suelo comunicar con los del Consejo que dizen del Estado, dexo señalados para ello al muy reverendo cardenal de Toledo, y a los Condes de Osorno y Cifuentes y Comendador Mayor de Castilla, y en este Consejo se trataran las cosas de la guerra...», AGS, PR, leg. 26, fol. 47; CDCV, I, p. 540.

Según Manuel FERNANDEZ ALVAREZ, CDCV, I, p. 542, en estos momentos el Consejo de Guerra funcionaba con dos consejeros: no acertamos a adivinar su identidad, máxime cuando el Consejo volvió a disolverse con la partida del emperador.

reino a su hijo Felipe, que contaba doce años de edad <sup>141</sup>. Como en los últimos viajes, Tavera quedó a la cabeza efectiva del gobierno. Había sido nombrado inquisidor general, mientras que Fernando de Valdés pasó a ocupar la Presidencia del Consejo de Castilla <sup>142</sup>. Su sucesor en tan alto cargo no era del agrado de Tavera, que puso objeciones al nombramiento <sup>143</sup>. Los enfrentamientos entre ambos personajes fueron continuos <sup>144</sup>, disputándose en realidad la supremacía en la Corte <sup>145</sup>.

Las Instrucciones para la gobernación, firmadas en Madrid el 10 de noviembre, se refieren muy brevemente a los negocios de guerra <sup>146</sup>, si bien se observa que permanecieron los mismos personajes del año anterior —Tavera, Osorno, Cifuentes y Juan de Zúñiga— formando un Consejo al que se le reconocía, al menos oficialmente, como parte de sus tareas los asuntos militares. Dada la acumulación de trabajo del comendador mayor de León, volvieron a desdoblarse las secretarías de Estado y Guerra: Cobos, que ya no volvería a acompañar al emperador en sus salidas, reasumió la secretaría del Consejo de Estado revitalizando la labor de este organismo <sup>147</sup>. Aunque Cobos no marchara con Carlos sí lo hizo, posiblemente por recomendación suya, Vázquez de Molina <sup>148</sup>. En la secretaría de Guerra pasó entonces a entender interinamente Francisco de Ledesma <sup>149</sup>, asistente de don Francisco <sup>150</sup>.

<sup>141</sup> La emperatriz Isabel, al frente de la Regencia en las ausencias anteriores, había muerto en mayo de ese mismo año.

<sup>142</sup> Sobre este asturiano, véase J. L. GONZALEZ NOVALIN, *El Inquisidor General Fernando de Valdés (1483-1568)*. Oviedo, 1968-1971.

<sup>143</sup> B. Escorial, &-II-8, fol. 166; CDCV, II, pp. 31-32: carta de Carlos V a Tavera, a 19 de agosto de 1539, donde le comunica que «en lo que toca a la Presidencia del Consejo, es verdad que yo he estado en proveer al presidente de Valladolid y pareciendome que esto es lo que conviene, despla-zame mucho de las causas que dezis que hay que tenerle por sospechoso en las cosas que tocaren a vuestra iglesia y a vos, aunque no las tengo por bastantes».

<sup>144</sup> H. KENISTON, *op. cit.*, p. 219, se refiere a las discusiones que mantenían sobre el alcance de sus poderes. Actuó Cobos como pacificador. La postura del comendador mayor de León parece que fue de acercamiento a Valdés, como señala el emperador en sus Instrucciones de 1543 (véase *infra*, nota 159), lo que a su vez debió alejarle de Tavera.

<sup>145</sup> José MARTINEZ MILLAN, «Las élites de poder durante el reinado de Carlos V...», p. 153, comenta el trato más frecuente con el príncipe de que disfrutó Valdés debido a su nuevo cargo, asegurándose una postura preeminente para el futuro. En otro artículo del mismo autor, «Elites de poder en tiempos de Felipe II...», p. 118, se matiza el ascenso de Valdés y el alcance del poder que retenía todavía Tavera.

<sup>146</sup> «Los del Consejo de Estado y Guerra, seran los que agora son, y entenderse ha en los negocios como se hace, mirando que alli no se trate de los de justicia, ni de los que no se acostumbra tratar». AGS, PR, leg. 26, fol. 54; CDCV, II, p. 49.

<sup>147</sup> Feliciano BARRIOS, *op. cit.*, p. 78.

<sup>148</sup> H. KENISTON, *op. cit.*, p. 222.

<sup>149</sup> Sustitución de Vázquez de Molina por parte de Ledesma «...en todos los negocios o despachos de las cosas tocantes a guerra en que el dicho Secretario entendia e despachava conmigo e refrendo como nuestro secretario todas las provisiones y cédulas que el muy reverendo Cardenal de Toledo que queda por nuestro gobernador destos nuestros reinos firmare de cosas tocantes a guerra...». AGS, QC, leg. 18, fol. 20.

<sup>150</sup> H. KENISTON, *op. cit.*, p. 227. En la página 246 añade que «...había sido miembro del

Después de la pacificación de las ciudades de los Países Bajos, intentó el emperador una operación largamente desaconsejada por sus generales: la campaña de Argel, muy avanzado ya el otoño de 1541 <sup>151</sup>. Tras el desastre ocasionado por las tormentas, tuvo el monarca que ordenar la retirada, desembarcando en Cartagena el 1 de diciembre. La derrota y las fuertes pérdidas sufridas animaron a los enemigos de Carlos V: los franceses reanudaron la guerra entre 1542 y 1544, y en abril de 1543 los turcos marcharon sobre Hungría <sup>152</sup>.

Al regresar a la península en compañía del rey, Vázquez de Molina volvió a ocuparse de los asuntos de guerra <sup>153</sup>. No le debió faltar el trabajo, pues inmediatamente empezó a prepararse la defensa del reino contra una posible invasión francesa <sup>154</sup>. Parte fundamental en estas previsiones tuvo el tercer duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, encargado por el emperador de la defensa de los Pirineos (primero en Navarra y luego en Cataluña); su inteligente estrategia consiguió la retirada del delfín francés, que disponía de fuerzas muy superiores <sup>155</sup>. Sin embargo, cuando Carlos V decidió la que sería su última salida de la península, Alba quedó atrás como consejero del príncipe a pesar de sus protestas <sup>156</sup>. En mayo de 1543 en el puerto catalán de Palamós, dictó el emperador las más conocidas de sus Instrucciones de gobierno <sup>157</sup>. Estabas dirigidas al príncipe Felipe, nombrado regente durante su ausencia. Como consejeros principales quedaban Tavera, Cobos y Valdés <sup>158</sup>, siendo los dos primeros las cabezas visibles de las facciones de la Corte <sup>159</sup>.

---

despacho del cardenal Tavera», lo cual no hace sino confirmarnos las buenas relaciones existentes entre Cobos y Tavera.

<sup>151</sup> Andrew C. HESS, *op. cit.*, p. 74, donde hace mención al Consejo de Guerra del emperador, del cual formaban parte dos expertos militares: el conde de Alcaudete (gobernador de Orán) y Hernán Cortés. Véase además *Dos expediciones españolas contra Argel 1541-1775*, Madrid, Servicio Histórico Militar, 1946.

<sup>152</sup> Andrew C. HESS, *op. cit.*, p. 75.

<sup>153</sup> AGS, QC, leg. 18, fol. 20.

<sup>154</sup> H. KENISTON, *op. cit.*, p. 241.

<sup>155</sup> William S. MALTBY, *op. cit.*, p. 70.

<sup>156</sup> *Ibidem*, p. 73.

<sup>157</sup> En realidad, fueron cuatro Instrucciones diferentes: unas públicas firmadas el 1 de mayo, donde explicaba las decisiones que había tomado para el gobierno durante su ausencia, en la línea de las que ya hemos visto para la década anterior; el día 4 signó la segunda: de carácter marcadamente moral, se refería al estilo de vida que debía llevar y la forma de ejercer el gobierno; la tercera, con mucho la más interesante, es la denominada «secretas»: otorgada el día 6, introduce al príncipe en los entresijos del gobierno que le había dejado, comunicándole las opiniones que le merecían los personajes que lo formaban y haciéndole las oportunas advertencias; la cuarta sólo debía ser revelada en caso de su muerte o captura, y consecuentemente fue destruida al no resultar necesaria.

<sup>158</sup> AGS, PR, leg. 2; CDCV, II, p. 86, Instrucciones Públicas de Gobierno: «y porque muchas veces en las consultas se ofrecen cosas que, según la cualidad de los negocios, conviene mas mirarse, ha de ver estas cosas con cuidado, para que, cuando tal cosa hobiere, responda en la consulta que quiere pensar en aquello, y después llame al muy Rvmo. cardenal de Toledo, y al Presidente del Consejo, y al Comendador Mayor de Leon, y con ellos vea lo que se debe proveer...»

<sup>159</sup> Instrucción Secreta en J. M. MARCH, *Niñez y juventud de Felipe II: documentos inéditos*

A través de las Instrucciones se observa la separación, más aparente que real, que existía entre los Consejos de Estado y Guerra <sup>160</sup>, como lo demuestra el hecho de que «...los otros que suelen estar en el dicho Consejo de Guerra» no eran sino los que entraban en el de Estado, con la excepción de los eclesiásticos. A la cabeza de los asuntos de guerra quedó Alba, el militar de más prestigio en Castilla. Sin embargo, junto al duque dispuso el rey la figura de Cobos, para que ambos señalasen las provisiones. Es posible que colocara Carlos V al comendador mayor de León en el Consejo de Guerra para controlar a tan altivo y ambicioso noble, que claramente suscitaba su desconfianza <sup>161</sup>. En lo tocante a los secretarios, Vázquez de Molina volvió a partir con el emperador, quedando vacante la secretaría de Guerra por algún tiempo, hasta que nuevamente fue nombrado Francisco de Ledesma <sup>162</sup>. La del Consejo de Estado quedaba en manos de Cobos, titular de la secretaría, quien seleccionó entonces a Gonzalo Pérez, otro de sus más afamados protegidos, que llevaba diez años a su servicio <sup>163</sup>.

---

sobre su educación civil, literaria y religiosa y su iniciación al gobierno (1527-1547), Madrid, 1941-42, II, p. 23; asimismo, en CDCV, II, p. 108. Explicaba el emperador sus nombramientos: «Por esta causa he nombrado al cardenal de Toledo, Presidente y Covos para que os aconsejeys dellos en las cosas del gobierno. Y aunque ellos son las cabeças del bando, todavya los quise juntar porque no quedassedes solo en manos del uno dellos». Con Tavera se alineaban don Juan de Zúñiga («tiene mucho de la parte del cardenal de Toledo») y el conde de Osorno; con Cobos estaban Valdés («aunque le encomende mucho la conformydad con Covos, pareeme que le es muy sujeto»), y García de Loaysa. Opinaba el emperador que Alba «no fuera de vando syno del que le convyniera...»

<sup>160</sup> «Porque durante mi ausencia destos reinos subcederan cosas, de las que yo suelo comunicar y tratar con los del Consejo del Estado, dexo señalados para ello a los muy reverendísimos cardenales de Toledo y Sevilla, y al Duque de Alba, mi mayordomo mayor, a quien dexo por mi capitán general destos reinos, y al Conde de Osorno, y a los comendadores mayores de Castilla y de León, y al Conde de Cifuentes; cuando estuviere presente para este consejo ha de mandar juntar consigo las dichas personas, o los que dellos se hallaren presentes, y con ellos ha de tratar los negocios que se acostumbra y no mas; y las cosas principales de la guerra, y lo que alli resultare de guerra y las cosas ordinarias que se tratan en el Consejo de la Guerra, entiendan en la exención, provision y cumplimiento dello, el dicho Duque de Alba y los otros que suelen estar en el dicho Consejo de la Guerra, y las provisiones y cartas que en esto se hobiesen de hacer, las señalen para que el Principe las firme, el dicho Duque y el Comendador de Leon; y los cargos que hobiesen de proveer y comisiones que se hobiesen de dar en cosas de guerra, provea el Principe con parecer del duque de Alba; en el Consejo de Estado ha de servir de Secretario la persona que el dicho comendador mayor de Leon nombrare, y en de la guerra [EN BLANCO] en nombre del secretario Joan Vazquez que va conmigo». AGS, PR, leg. 2; disponibles asimismo en BNM Ms. 1778, fol. 132; Francisco de LAIGLESIA, *Estudios Históricos: (1515-1555)*, Madrid, 1918, I, pp. 41-45; CDCV, II, pp. 84-89.

<sup>161</sup> Instrucción Secreta: «Yo he conocido en el [ALBA] despues que le he allegado a mi, que el pretende grandes cosas y crecer todo lo que el pudyere, aunque entro santiguandose muy humilde y recogido. Myrad, hijo, que hara cabe vos que soys mas mozo. De ponerle a el ni a otros grandes muy adentro en la governación os haveys de guardar, porque por todas vias que el y ellos pudyeren os ganaran la voluntad, que despues os costara caro...», CDCV, II, p. 109.

<sup>162</sup> AGS, QC, leg. 18: Francisco de Ledesma, «...sirva de secretario en el dicho nuestro consejo de la guerra durante la dicha nuestra ausencia...».

<sup>163</sup> El nombramiento de Pérez en AGS, QC, leg. 22, citado por José Antonio ESCUDERO, *Los Secretarios de Estado y del Despacho*, Madrid, 1969, I, p. 93, que señala la necesidad de descargar a

Después de lo expuesto, es fácil colegir —como ya afirmamos— que la única separación real que se dio fue la de las secretarías <sup>164</sup>. Esto es, una división funcional del trabajo. Los mismos consejeros entendían en las grandes líneas de la política militar —entre otros asuntos de Estado— entrando entonces en las reuniones Gonzalo Pérez <sup>165</sup>, o en los asuntos ordinarios de guerra, fundamentalmente en torno a las Guardas de Castilla <sup>166</sup>, en cuyo caso el que atendía el papeleo era Francisco de Ledesma.

Ya comentábamos la revitalización del Consejo de Estado del príncipe por estos años. Muestra de ello fueron las apasionadas discusiones sostenidas en su seno con motivo de la paz de Crepy, firmada con Francia en septiembre de 1544 <sup>167</sup>. Sin embargo, durante los tres años siguientes desaparecieron sus principales integrantes: Tavera falleció el primero de agosto de 1545, el conde de Cifuentes un mes después, Osorno en enero de 1546, Loaysa el 22 de abril, el 27 de junio, le llegaba el turno a Juan de Zúñiga, y Francisco de los Cobos, el gran secretario, expiraba el 10 de mayo de 1547 <sup>168</sup>. Por otro

---

Cobos de trabajo burocrático, dada su omnipresencia en todos los negocios de importancia del gobierno. Sobre este secretario, padre del más célebre Antonio Pérez, existe una biografía, Angel GONZÁLEZ PALENCIA, *Gonzalo Pérez, secretario de Felipe II*, Madrid, 1946. Fue secretario de Alfonso de Valdés, quien a su muerte se lo recomendó vivamente a Francisco de los Cobos (*Ibidem*, I, p. 18; H. KENISTON, *op. cit.*, p. 142).

<sup>164</sup> Opina J. C. DOMÍNGUEZ NAFRIA, *op. cit.*, I, p. 64, que en estos años las diferencias entre ambos consejos persistieron «...por la existencia de un aparato burocrático propio del Consejo de Guerra que encabeza su secretario, y por el ejercicio de la exclusiva función jurisdiccional de este Consejo en el ámbito del fuero militar». Por nuestra parte, no podemos aceptar la existencia de un Consejo como órgano de gobierno por la sola identificación de un secretario que llevaba los asuntos militares. En cuanto a los temas de Justicia, nos remitimos al apartado correspondiente.

<sup>165</sup> Por ejemplo, la decisión de mandar o no más gente para engrosar los ejércitos europeos de Carlos V (AGS, E, leg. 8335, fol. 70), tener gente armada prevenida en las distintas regiones (*Ibidem*), los conflictos de competencias entre el capitán general Alba y los distintos virreyes peninsulares (*Ibidem*), etc.

<sup>166</sup> Entre 1544 y 1547 aparecen en AGS, CS, 2.ª serie, leg. 1.º varias relaciones de las «...cosas que se han de consultar y proveer en el consejo de guerra...»: incluyen nóminas de capitanías, reducción de las mismas, libranzas a veedores, licencias, etc.

<sup>167</sup> Después de un audaz avance sobre París, Carlos V decidió abrir las negociaciones con los franceses. Se acordó en Crepy el matrimonio del duque de Orléans con una princesa de los Habsburgo, que recibiría como dote los Países Bajos o Milán. La decisión de cuál territorio ceder causó viva polémica. En el Consejo de Estado del príncipe, las posturas de sus integrantes, como señala Carlos Javier de CARLOS MORALES, *op. cit.*, p. 119, no coincidieron con sus adscripciones «partidistas», sino más bien con motivaciones de carácter práctico: mientras Tavera, Cobos (tras apoyar en principio a Alba), Juan de Zúñiga, García de Loaysa y Valdés se inclinaban por ceder Milán —más costoso de mantener económicamente—, el duque de Alba y el conde de Osorno, militares ambos, propugnaban el abandono de los Países Bajos, dado el carácter estratégico de Milán. Sobre estas discusiones, véase F. CHABOD, «Milán o los Países Bajos? Las discusiones en España sobre la "alternativa" de 1544», *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada*, Granada, 1958, pp. 331-372.

<sup>168</sup> H. KENISTON, *op. cit.*, pp. 290-291, 295. Asimismo, Ludwig PFANDL, *Felipe II: bosquejo de una vida y de una época*, Madrid, 1942, pp. 112-113.



lado, el duque de Alba se reincorporó a la Corte del emperador en enero de 1546, para preparar la guerra en Alemania <sup>169</sup>.

Los nombramientos que se produjeron como respuesta a estas desapariciones, nos indican los cambios que se estaban originando en los Grupos de Poder en la Corte durante estos años de Regencia <sup>170</sup>: Valdés, el gran rival de Tavera y único superviviente, con el duque de Alba, de los consejeros elegidos en 1543, fue investido inquisidor general <sup>171</sup>. Se consolidó así como el personaje de más confianza del príncipe Felipe y patrón principal de la Corte. Vázquez de Molina, que había vuelto a Castilla en julio de 1545 para asistir al ya muy disminuido Cobos en sus tareas <sup>172</sup>, heredó el espacio que éste ocupaba en la administración —y el buen entendimiento con Valdés— apareciendo a su muerte como el gran impulsor de la maquinaria burocrática del reino. Pero, como ya veíamos reflejado en las abundantes recomendaciones redactadas en Palamós, no quiso el emperador que su hijo quedara en manos de una sola facción y tomó las medidas oportunas para ello: Fernando Niño, gran rival de Valdés, fue nombrado presidente de Castilla <sup>173</sup>; Juan Suárez de Carvajal, obispo de Lugo, pasó a la presidencia de Hacienda y Comisaría General de Cruzada <sup>174</sup>. Pero la figura de más peso que apareció en la Corte durante los primeros meses de 1546 a fin de contrarrestar la influencia de Cobos y Valdés, fue el hasta entonces virrey de Navarra Luis Hurtado de Mendoza, II marqués de Mondéjar. Nombrado el mismo día, 24 de abril de 1546, presidente del Consejo de Indias y consejero de Guerra, entró en consecuencia a discutir asuntos de Estado <sup>175</sup>. Todos ellos, a los que se unirían

<sup>169</sup> William S. MALTBY, *op. cit.*, p. 76. M. Van DURME, *El cardenal Granvela (1517-1586): Imperio y Revolución bajo Carlos V y Felipe II*, Barcelona, 1957, p. 73, nos comenta cómo el emperador «...organizó, hacia finales de 1545, una comisión, a la cual encargó la preparación de la guerra. Componían la misma el duque de Alba, Pedro de Soto, el regente Figueroa y el señor de Granvela...».

<sup>170</sup> Los artículos de José MARTINEZ MILLAN, «Elites de poder durante el reinado de Carlos V...», p. 153, y, con mayor precisión, «Elites de poder en tiempos de Felipe II...», p. 122, aportan interesantes matizaciones sobre el cambio generacional que se dio en estos años, posibilitando la consolidación del dominio de Valdés.

<sup>171</sup> *Ibidem*. Resalta el profesor MILLAN la eliminación de partidarios de Tavera que realizó Valdés al acceder al cargo, y cómo éstos tuvieron que esperar su caída y la formación del «Partido Ebolista» para acceder de nuevo a los puestos clave.

<sup>172</sup> H. KENISTON, *op. cit.*, p. 277.

<sup>173</sup> Pedro GAN GIMENEZ, *El Consejo Real...*, pp. 140-141.

<sup>174</sup> Carlos Javier de CARLOS MORALES, *op. cit.*, p. 125; asimismo, José MARTINEZ MILLAN y Carlos Javier de CARLOS MORALES, «El Consejo de Cruzada...», p. 919.

<sup>175</sup> A la cabeza de sus ilustres hermanos —Diego Hurtado de Mendoza, embajador en Roma; Bernardino de Mendoza, capitán general de la Mar; Antonio de Mendoza, virrey de Perú—, Mondéjar ocupaba desde 1543 el cargo de virrey de Navarra. El título de presidente de Indias, en AGS, QC, leg. 32, fol. 735, el de consejero de Guerra, en *Ibidem*, fol. 743. Alonso de SANTA CRUZ, *op. cit.*, p. 541, nos dice que fue nombrado en 1546 «...del Consejo de la Guerra y del Estado por muerte del conde de Osorno»; Feliciano BARRIOS, *op. cit.*, p. 316, sitúa su nombramiento como consejero de Estado el 29 de noviembre de 1548, debido a que es en las Instrucciones de ese año la primera vez que aparece como tal (CDCV, III, p. 32); sin embargo, siguiendo a

distintas facciones de la Corte, formaron pocos años después el «Partido Ebolista»<sup>176</sup>, desplazando al de Valdés.

Centrándonos en el Consejo de Guerra, es evidente que el título de Mondéjar, otorgado en Ratisbona y excepcional ya a estas alturas del reinado de Carlos V, hay que encuadrarlo en la fuerza que desde el primer momento se quiso que tuviera su aparición en la Corte. En cuanto al resto de los consejeros, es posible que alguno de los escogidos en 1548 acudiera a las reuniones con anterioridad. Pero antes expliquemos brevemente el significado de esa fecha. Después de su victoriosa campaña contra la Liga Smalkalda, que culminó con la batalla de Mühlberg en abril de 1547, empezó a pensar Carlos en asegurar la herencia de su hijo Felipe. A tal fin preparó una gira por Italia y los Países Bajos, que debían jurarle como heredero. En enero de 1548 envió al duque de Alba a Castilla, con la misión de introducir el fastuoso ceremonial borgoñón en la corte del príncipe Felipe. El propio Alba fue nombrado mayordomo mayor con todas las posibilidades de patronazgo que el cargo ofrecía<sup>177</sup>. Para sustituirle como regente durante su ausencia nombró el emperador a su sobrino, Maximiliano de Austria. En octubre emprendió el príncipe su primer viaje fuera de la península, en compañía del duque de Alba y de la más preclara nobleza castellana<sup>178</sup>.

Quedó, pues, Maximiliano como regente, con las correspondientes instrucciones firmadas por el monarca el 29 de septiembre en Bruselas<sup>179</sup>. Las figuras designadas para asistirle más de cerca fueron el presidente de Castilla Fernando Niño, Valdés y Juan Vázquez de Molina. Como consejeros de Estado quedaron Valdés, Mondéjar, el marqués de Távara y Juan Vázquez de Molina; este último permaneció también como secretario «...entretanto

---

SANTA CRUZ y al Ms. 3315, fol. 310, de la BNM, creemos que fue llamado antes al Consejo, por lo menos desde 1546, en sustitución de Osorno (a fin de guardar el equilibrio de fuerzas, tan caro al emperador), muerto en enero de ese año, al tiempo que fue nombrado consejero de Guerra (recordemos que en esos momentos en ambas materias entendían las mismas personas) y presidente de Indias. Hay que tener en cuenta que, excepto en el raro caso que hemos visto de don Juan Manuel (véase *supra*, nota 118), no se expedían títulos para el Consejo de Estado (véase, por ejemplo, Luis CABRERA DE CORDOBA, *Historia de Felipe II, rey de España*, Madrid, 1876, III, pp. 475-476) y que en las instrucciones de 1548 se le nombra también como consejero de Guerra como si fuera un cargo nuevo, cuando en realidad lo era desde dos años antes. Alcanzó el cénit de su carrera política en 1559, cuando fue elegido presidente del Consejo de Castilla (AGS, QC, leg. 32, fol. 752). Se retiró de todos sus cargos, muriendo en 1566. Dada su gran relevancia, diversas obras nos proporcionan noticias de este personaje, aunque todavía carecemos de una auténtica biografía: véase A. LOPEZ DE HARO, *op. cit.*, I, pp. 369-370; Luis CABRERA DE CORDOBA, *op. cit.*, III, p. 354; Gil GONZALEZ DAVILA, *op. cit.*, p. 361; la más completa: *Historia de la Casa de Mondéjar*, BNM, Ms. 3315; y Codoin, vol. 23, pp. 77-86.

<sup>176</sup> Sobre el «Partido Ebolista», véase el trabajo de José MARTINEZ MILLAN en este mismo libro.

<sup>177</sup> William S. MALTBY, *op. cit.*, pp. 90-91.

<sup>178</sup> Juan Cristóbal CALVETE DE LA ESTRELLA, *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe don Felipe II*, Madrid, 1930, I, p. 6.

<sup>179</sup> AGS, PR, 26-106; CDCV, III, p. 32.

que yo determino otra cosa». Parece que el emperador siguió consultando materias de importancia a estos consejeros <sup>180</sup>. Respecto al Consejo de Guerra, se especificaba la asistencia del marqués de Mondéjar, Távara y Juan Vázquez, sustituyéndole Francisco de Ledesma en la Secretaría. Una vez más, esta separación funcional se debió a la sobrecarga de trabajo de Vázquez de Molina <sup>181</sup>, que según parece atendió directamente la de Estado dejando la de Guerra para su auxiliar. Se confirma aquí la tendencia que explicábamos en 1543: los mismos consejeros, con la excepción del único miembro clerical (Valdés) para el caso de la Guerra, atendiendo ambas materias, Estado y Guerra, con el único cambio de secretarios. La peculiaridad de las reuniones que formaban Consejo de Guerra se encontraba en el hecho de que las provisiones debían ir señaladas por Mondéjar. Sucedió así en cierto modo al duque de Alba como el consejero militar más importante del gobierno de la regencia. Aunque desconocemos la filiación política de Bernardino de Pimentel y Enríquez, marqués de Távara <sup>182</sup>, es evidente que con esta decisión el emperador creaba un contrapeso (relativo, por la menor importancia de los asuntos que llevaba Ledesma): si bien Valdés y Vázquez de Molina ejercían su dominio cuando los consejeros trataban materias de Estado, más difícil lo debían tener al versar la discusión sobre asuntos militares, pues la dirección en ese ámbito correspondía al marqués, hasta tal punto que se ha llegado a pensar que ocupaba la Presidencia <sup>183</sup>. Las materias tratadas durante este período no varían sustancialmente respecto a lo que ya hemos tenido ocasión de ver <sup>184</sup>.

Volvió el príncipe de su ajetreado viaje en mayo de 1551, al tiempo que recibía un «Poder General» de su padre para afrontar su tercera regencia <sup>185</sup>, y unas instrucciones para el gobierno del reino <sup>186</sup>. En el ámbito que nos interesa, el único cambio es la desaparición del efímero marqués de Távara y el retorno del duque de Alba, que había regresado con el príncipe; volvió a entrar en ambos Consejos «...hallandose allí». Aunque no se especifica esta

<sup>180</sup> Feliciano BARRIOS, *op. cit.*, p. 80.

<sup>181</sup> Además de formar parte del triunvirato de asesores principales de Maximiliano, tramitaba los asuntos de Estado, era secretario de la Cámara, Hacienda, Guerra, Cruzada, Ordenes e Indias.

<sup>182</sup> Son escasísimas las noticias sobre este personaje. Fue hecho primer marqués de Távara en 1541, y en 1547 lo encontramos al frente de la Casa de los Infantes (CDCV, II, p. 520), puesto que seguía ocupando en 1550 (*Ibidem*, III, p. 249).

<sup>183</sup> Rafaela RODRIGUEZ RASO, *Maximiliano de Austria, Gobernador de Carlos V en España*. Madrid, 1963, p. 63. Sobre el tema de la Presidencia, nos remitimos al apartado correspondiente.

<sup>184</sup> Guardas, armadas, artillería, fortalezas, salitre, etc. El *Libro de Registro* n.º 18 (mayo 1549 a septiembre de 1551) nos proporciona un amplio surtido de cédulas referentes a estas materias; el n.º 19, que abarca un período similar, no nos fue posible consultarlo por su deficiente estado de conservación.

<sup>185</sup> El Poder General firmado el 23 de junio, en AGS PR-26-114; CDCV, III, pp. 304-308. Las restricciones a dicho poder, *Ibidem*, fol. 119; CDCV, III, pp. 308-312.

<sup>186</sup> Las Instrucciones están firmadas en Augusta, el 22 de junio de 1551; AGS, PR 26-96.

vez en las Instrucciones, el marqués de Mondéjar siguió señalando las células<sup>187</sup>. El condicionante en el caso de Alba no carecía de fundamento: el rápido deterioro de la situación en Alemania, que provocó el conocido episodio de la huida nocturna de Carlos V de Innsbruck en abril de 1552, condujo a un supremo intento por reunir las fuerzas imperiales. En el verano, Alba marchó hacia el norte con un ejército de siete mil hombres<sup>188</sup>. La desaparición del duque coincidió con la consolidación como gran «Patrón» de la Corte de Ruy Gómez de Silva, unido en matrimonio a los Mendoza desde 1552<sup>189</sup>.

Después del desastroso sitio de Metz por las fuerzas imperiales en el invierno de 1552, regresó el duque de Alba junto al príncipe Felipe en octubre del año siguiente<sup>190</sup>. Como consejero de Guerra, probablemente llegó a tiempo de intervenir en la elaboración de las nuevas Ordenanzas de las Guardas que sustituyeron a las antiguas de 1525. Promulgadas el 13 de junio de 1554<sup>191</sup>, apreciamos respecto a las anteriores un cierto fortalecimiento en las labores de control del Consejo de Guerra: seguimiento más estricto del aposento de las distintas compañías, de la residencia de los capitanes en las mismas, mayor formalización de las licencias de soldados y funcionarios reales, control del armamento, alarde general cada dos años delante del rey, o en su defecto «...en presencia de uno de los del nuestro consejo de la guerra»; también se le atribuyó el nombramiento de los veedores ordinarios, que antes eran nombrados por los contadores mayores. Finalizan, como en 1525, con una exaltación de las funciones del Consejo de Guerra, único capacitado para expedir cédulas en el ámbito militar.

Al tiempo que entraban en vigor las nuevas Ordenanzas, volvía a abandonar el príncipe los reinos peninsulares —a los cuales volvería siendo ya rey—, esta vez para contraer matrimonio. La elección había recaído en la reina inglesa María Tudor<sup>192</sup>. Felipe, que estaba empezando a tomar decisiones de gobierno con gran independencia, dejó en la Regencia a su hermana Juana, viuda reciente del príncipe Juan de Portugal. Quedaron en el Consejo de Estado el sucesor de Fernando Niño en la presidencia del Consejo de Castilla y obispo de Pamplona Antonio de Fonseca, el arzobispo de Sevilla Fernando de Valdés, el marqués de Mondéjar, el marqués de Cortes, Antonio

---

<sup>187</sup> En AGS, GM, LR 20 (diciembre 1550-enero 1554), las cédulas aparecen señaladas por Mondéjar y refrendadas por Francisco de Ledesma. Aparecen también provisiones refrendadas por Vázquez de Molina pertenecientes al Consejo de Estado, y que lógicamente no van señaladas por el marqués.

<sup>188</sup> William S. MALTBY, *op. cit.*, pp. 102-103.

<sup>189</sup> Véase *supra*, nota 176, sobre el denominado «Partido Ebolista».

<sup>190</sup> William S. MALTBY, *op. cit.*, p. 106.

<sup>191</sup> AGS, CS, 2.<sup>a</sup> serie, leg. 1, ff. 439 y ss.

<sup>192</sup> Para todos los aspectos relacionados con este matrimonio, véase M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, *The changing face of Empire: Charles V, Philip II and Habsburg Authority 1551-1559*, Cambridge, 1988, pp. 79-85.

de Rojas, don García de Toledo y Juan Vázquez como secretario. Se especificó asimismo la asistencia del licenciado Otalora y el doctor Martín de Velasco para el caso de que se trataran asuntos de la Corona de Castilla, y en la tesitura de materias aragonesas el vicecanciller y un regente del Consejo de Aragón. Los escogidos para el Consejo de Guerra fueron todos los anteriores menos los consejeros eclesiásticos, Fonseca y Valdés. Además, por vez primera se asignó de forma oficial un asesor en temas de justicia: «Y quando se ofrecieren cosas para que sea necesario letrado se llame al dicho Doctor Velasco...». Las provisiones las seguía señalando Mondéjar, refrendadas por el secretario interino, Francisco de Ledesma. Resulta novedosa también la orden de celebrar dos reuniones a la semana para tratar los asuntos ordinarios y las que fuesen necesarias en casos de urgencia <sup>193</sup>.

La aparición de nuevos personajes no hace sino señalarnos los cambios que se estaban produciendo en la cúpula del poder, intentando guardar el frágil equilibrio entre las facciones: Antonio de Rojas, mayordomo mayor del infante don Carlos, se alienaba en la oposición a Valdés <sup>194</sup>; Pedro de Navarra, marqués de Cortes, había desarrollado toda su carrera fuera de la Corte <sup>195</sup>; García Álvarez de Toledo pertenecía a la familia del duque de Alba y era uno de sus apoyos en la Corte <sup>196</sup>. Además, parece que intentó crear su propio sistema de gobierno, otorgándole al Consejo de Guerra una importancia de la que carecía: el establecimiento de dos reuniones ordinarias a la semana, frecuencia, que sepamos, nunca alcanzada hasta este momento, y la adscripción oficial de un consejero de Castilla para tratar asuntos de Justicia, cuando se le había negado históricamente por parte del emperador la capacidad de resolver en esta materia, nos avalan en nuestro juicio.

La partida de Felipe supuso un desdoblamiento de los escenarios en los que se dilucidaba la supremacía de la Corte: con el príncipe marcharon dos

---

<sup>193</sup> Instrucciones, en: AGS, PR 26; CDCV, IV, p. 105.

<sup>194</sup> Señor de Villarias de Campos, tenía un largo historial de servicios: lo encontramos ya en la coronación de Bolonia (Prudencio de SANDOVAL, *op. cit.*, II, p. 359); en febrero de 1545, Juan de Zúñiga escribía al emperador solicitando mercedes para él (AGS, E, leg. 60; transcrito por J. M. MARCH, *op. cit.*, I, p. 327). Nombrado primer sumiller de Corps con la introducción del ceremonial Borgoñón en 1548 (Ludwig PFANDL, *op. cit.*, p. 161; lo menciona el autor como «pariente próximo de los marqueses de Denia»), acompañó al príncipe durante su primera salida en 1548 (Alonso de SANTA CRUZ, *op. cit.*, V, pp. 229 y 262). En 1553 fue nombrado ayo y mayordomo mayor del infante don Carlos (Luis CABRERA DE CORDOBA, *op. cit.*, I, p. 21). Murió en 1557, «...recién casado con Dama de Palacio» (*Ibidem*, p. 169).

<sup>195</sup> Hijo del mariscal de Navarra ejecutado en la fortaleza de Simancas en 1522, fue nombrado corregidor y justicia mayor de Toledo en 1532 (AGS, QC, leg. 37, fol. 1172). En 1540 aparece ya como asistente de la ciudad de Sevilla (Pedro GIRON, *op. cit.*, p. 163). Se le otorgó título de primer marqués de Cortes en noviembre de 1539. En febrero de 1548 fue designado gobernador de Galicia (AGS, QC, leg. 37). Después de que su nombre sonara insistentemente para ir al Concilio de Trento entre 1551 y 1552 (CDCV, III, pp. 383 y 424), fue elegido presidente del Consejo de Ordenes tras una recomendación de Carlos V a su hijo en junio de 1552 (*Ibidem*, p. 444).

<sup>196</sup> Era mayordomo mayor de la princesa Juana, y posteriormente ayo y mayordomo mayor del infante don Carlos (Feliciano BARRIOS, *op. cit.*, p. 318).

de los personajes más caracterizados, el duque de Alba y Ruy Gómez de Silva. Las intrigas del segundo, unidas a la crítica situación que se dio en Italia en la primavera de 1555, consiguieron el nombramiento del duque para hacerse cargo de la situación en esa península, en condiciones que hacían presagiar —como esperaba Ruy Gómez— un absoluto fracaso<sup>197</sup>. En el ámbito interno, Valdés tenía que hacer frente a un marqués de Mondéjar cada vez más fortalecido<sup>198</sup>.

En enero de 1556, Carlos V renunció sus reinos peninsulares en su hijo, Felipe II, que se había trasladado a Bruselas para la ocasión<sup>199</sup>. Uno de sus primeros actos de gobierno fue nombrar un Consejo de Estado nuevo, con la entrada masiva de españoles, para asistirle en tanto permaneciera en Flandes<sup>200</sup>. Debió rodearse asimismo de consejeros militares<sup>201</sup>. Mientras, en Castilla prosiguieron su labor los individuos seleccionados por él mismo dos años antes<sup>202</sup>, por lo menos hasta 1558<sup>203</sup>. Pero la evolución de la dirección de los asuntos militares en el nuevo reinado que iniciaba su larga andadura será el tema de posteriores trabajos.

## 2. EL PERSONAL DEDICADO A LOS NEGOCIOS DE LA GUERRA

El Consejo de Guerra fue adquiriendo poco a poco un cierto grado de institucionalización, configurándose como órgano de gobierno y, en conse-

---

<sup>197</sup> William S. MALTBY, *op. cit.*, pp. 115-137. No sólo intrigó Ruy Gómez para procurar el alejamiento del duque sino que, habiéndose ganado a su causa a Francisco de Eraso, hicieron ambos lo posible para sabotear la labor de Alba en Italia, demorando la entrega del dinero indispensable para llevar adelante la campaña (Ramón CARANDE, *Carlos V y sus banqueros*, Madrid, 1943-1967, III, pp. 431-437).

<sup>198</sup> Además de discutir asuntos de Estado, controlar los de Guerra y presidir el Consejo de Indias, delegó en un hombre de su confianza, Juan Sarmiento, la coordinación entre el Consejo de Hacienda y los asuntos económicos de las Indias (Carlos Javier de CARLOS MORALES, *op. cit.*, p. 140).

<sup>199</sup> Había traspasado ya Carlos V a su hijo Felipe el reino de Nápoles y el ducado de Milán con motivo de su matrimonio en 1554. En octubre de 1555 abdicó de sus estados en los Países Bajos, y en enero del año siguiente traspasó los reinos ibéricos.

<sup>200</sup> Feliciano BARRIOS, *op. cit.*, p. 86.

<sup>201</sup> En marzo de 1558 tenemos noticia de la formación de un Consejo de Guerra en Flandes (AGS, GA, leg. 67, fol. 50). Es indudable que desde un principio tuvo que estar asesorado militarmente, máxime teniendo en cuenta la continuación de la guerra con Francia, que finalizaría con la Paz de Cateau-Cambresis en 1559, tras las victorias de San Quintín (agosto de 1557) y Gravelinas (julio de 1558).

<sup>202</sup> Así, en 1556 se recuerda que todas las nóminas de soldados debían ir señaladas «...de uno de los del nuestro consejo de la guerra» (AGS, GA, leg. 64, fol. 167); el 22 de marzo de ese año entendían los consejeros en un asunto de presas (CDCV, IV, p. 262); el 13 de junio se discutía en Consejo de Estado y Guerra la necesidad de que Felipe volviera a España (*Ibidem*, p. 271), etc.

<sup>203</sup> En julio de 1558, una carta del conde de Tendilla a Ledesma deja traslucir un cambio de consejeros: «...esos señores del Consejo de Guerra nuevos y sin estar informados...», AGS, GA, leg. 68, fol. 119; citado por I. A. A. THOMPSON, «The Armada...», p. 700.

cuencia, especializándose el personal que tenía destinado. Así, a finales del siglo XVI la plantilla estaba formada —además de por los consejeros— por dos secretarios (Mar y Tierra, desde mayo de 1586), oficiales menores dedicados sobre todo a asuntos judiciales (asesores, relatores, fiscales, abogado de pobres, receptor de las penas) y personal subalterno (el «portero» del Consejo); en la cúspide se situaba el rey, al cual se le atribuían directamente las Presidencias de los Consejos de Estado y Guerra <sup>204</sup>.

Sin embargo, del proceso de consolidación solamente se vislumbran los inicios en los últimos años del reinado de Carlos V. La inconsistencia del Consejo de Guerra en los años anteriores repercutió inevitablemente en el personal dedicado a estos menesteres. Muy escaso en número, se movió en un marco brumoso falto de toda tipificación y concreción. En realidad, la única identificación que parece presentarse era la de un secretario encargado de la gestión burocrática de los asuntos militares, que eran sometidos —no siempre— a discusión por parte de una serie de personajes reunidos a tal efecto por el rey, y cuyas características habremos de analizar.

### a) La Presidencia

El cargo de presidente del Consejo de Guerra nunca llegó a crearse ni dotarse de una forma apropiada <sup>205</sup>. Dada la escasa entidad del Consejo —poco más que una reunión de personajes convocados por el rey para su asesoramiento personal— y el fuerte componente de caudillo militar que subyacía en la personalidad del emperador, en la práctica normal de gobierno era éste quien dirigía personalmente las discusiones sobre los temas militares. Pero, a nuestro juicio, es muy probable que ni siquiera el rey se considerase a sí mismo como presidente, y no hemos encontrado ninguna mención en las fuentes que haga pensar lo contrario; de hecho, alguna vez se pensó en el cargo para premiar determinados servicios <sup>206</sup>. En épocas posteriores, esta dirección personal de los asuntos militares se interpretó —en analogía con la estructura de otros consejos— como el ejercicio de la Presidencia por parte del soberano y símbolo por tanto de la mayor grandeza del Consejo de Guerra.

<sup>204</sup> I. A. A. THOMPSON, «The Armada...», pp. 704-706. Analiza este autor la década 1560-1570.

<sup>205</sup> No lo encontramos en las Nóminas de Corte. El título de consejero de Guerra del marqués de Mondéjar le asigna el salario normal (100.000 mds.) sin referirse en ningún momento a su carácter de presidente del Consejo, como le han calificado algunos autores (véase *supra*, nota 183).

<sup>206</sup> En 1554, estando Felipe en Inglaterra, ofreció la Presidencia del Consejo de Guerra a Ferrante Gonzaga —que lo rechazó porque no tenía el nivel suficiente para su ilustre condición— en lugar de la Jefatura de su real Casa, como pretendía Carlos V, pues ya había nombrado para ese puesto al duque de Alba (M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, *op. cit.*, p. 106). Felipe II se distinguió por el celo con que defendió las prerrogativas reales, por los que si hubiera considerado que el cargo se adscribía de forma innata a la persona regia es muy dudoso que hubiese actuado así.

Con todo, algunos de los personajes convocados ejercieron un cierto dominio sobre el manejo de los asuntos de guerra, por encima del resto de los seleccionados. Disfrutaron de un mayor grado de confianza por parte del rey que se manifestaba especialmente cuando éste se ausentaba de la península y el gobierno quedaba en manos de la Regencia <sup>207</sup>. Precisaba entonces el experto gobernador —militarmente hablando— de un acreditado guerrero, que se hiciera cargo de los asuntos que normalmente resolvía el soberano. Ya en 1543 quedaba Alba como capitán general, y encargado —junto con Cobos— de unas funciones que en otros Consejos correspondían al presidente: señalar las provisiones que se expidieran en todos los asuntos militares <sup>208</sup>. Estas tareas las heredó el marqués de Mondéjar a partir de 1548 <sup>209</sup>. Resulta claro, pues, que aunque no podemos atribuirles la Presidencia del Consejo de Guerra, algunos nobles hicieron notar su influencia en el reducido ámbito donde se tomaban las decisiones militares, tanto por su experto conocimiento del arte militar como por la confianza que gozaban por parte del emperador (imbricándose en los diferentes grupos de poder que se la disputaban).

## b) Los consejeros

### b.1) Atribuciones

Carecemos de cualquier tipo de ordenanzas que delimitaran las competencias que tenían atribuidas los consejeros de Guerra, así como los límites territoriales donde las ejercían. No obstante, algunos autores han sistematizado ambos aspectos <sup>210</sup>, basándose en fuentes que describen las funciones de

<sup>207</sup> Así, el conde de Miranda se erigió como el individuo de más peso durante los primeros años treinta, en detrimento del marqués de Cañete, que disfrutaba de posición preeminente desde mediados los años veinte. En la década siguiente recogieron el testigo el duque de Alba y el marqués de Mondéjar.

<sup>208</sup> Véase *supra*, nota 160.

<sup>209</sup> Véase *supra*, p. 43.

<sup>210</sup> I. A. A. THOMPSON, *Guerra...*, p. 55, resalta la triple función del Consejo de Guerra: agente del gobierno real, institución que representaba al estamento militar y Tribunal administrativo y judicial (en las páginas siguientes desgana muy por encima algunos aspectos de estas actividades). Por su parte, DOMÍNGUEZ NAFRIA, *op. cit.*, II, p. 704, divide las competencias entre judiciales y no judiciales, y estas últimas, entre las de asesoramiento, gobierno o administrativas y la selección y nombramiento de personal militar. Una descripción tipo de las tareas del Consejo de Guerra, perteneciente al siglo XVII, puede ser la siguiente: «Observanse en este Consejo razones de guerra, industrias, disposiciones, arbitrios y formas de su execucion, aunque sean no vistas ni platicadas por otros, como sean fundadas en razon. Trátase lo perteneciente a la guerra ofensiva y defensiva de mar y tierra de España y sus islas adyacentes; la composicion de las armadas del oceano, que se compone de navios de alto borde y galeras de España, a cuyos generales se dan ordenes que deben executar. Confiere y resuelve lo tocante a los Presidios de las costas de España y de sus islas, disponiendo lo conveniente para su conservación. Manda hacer levas de gente, nombra generales, cabos, almirantes, maestros de campo, capitanes de infantería, y ordinarios de mar y de tierra [...] Todos estos ministros, si faltan a su deber conoce de sus delitos el Consejo de Guerra [...] Atiende a las fortificaciones de las fronteras, castillos i torres que hai en España, fábricas de armas



los consejeros en períodos históricos muy lejanos de la época de Carlos V, lo que obviamente supone un claro anacronismo. En consecuencia, si queremos acercarnos al tipo de asuntos que el emperador dejó en manos de sus consejeros de Guerra tendremos que acudir a otras vías. En el plano teórico, la primera descripción que encontramos es la de Gattinara de 1524; disponemos además de las sucesivas Instrucciones de Gobierno y de las Ordenanzas de las Guardas de 1525 y 1554. El segundo paso es comprobar en qué medida las disposiciones sistemáticas se ajustaban a la realidad, por lo que se hace preciso analizar la práctica del gobierno diario de los asuntos militares, reflejada en los *Libros de Registro* de los Secretarios de la Guerra<sup>211</sup>. A la postre, estas últimas son las que nos informan del carácter exacto de sus atribuciones.

La propuesta de Gattinara de septiembre de 1524, tendente a reforzar el dominio del Consejo de Estado, revisaba las materias que a su juicio debían ser competencia del Consejo de Guerra. Se pueden resumir principalmente en tres: las Guardas de Castilla —sin hacer mención a temas de justicia que, como veremos, aparecieron un poco más tarde—, fortalezas y artillería<sup>212</sup>.

---

[...] bastimentos, artillería, pipería, adobo de los navíos, reparos, jarcia, polvora, municiones, i da ordenes para el gobierno del hospital, para que los soldados enfermos y gente de servicio sea bien curada» (AGBMAE, Ms. 134, ff. 1111-1117; se halla también en BNM Ms. 904, fol. 104; es la misma relación que utiliza A. NÚÑEZ DE CASTRO, *op. cit.*, y ha sido transcrita por F. BARRIOS, *op. cit.*, pp. 473-474). Encontramos relaciones similares en BL Egerton 2052, ff. 129-135; transcrito por J. A. ESCUDERO, *op. cit.*, III, pp. 975-977; y en BNM Ms. 5972, fol. 88.

<sup>211</sup> A lo largo del trabajo hemos hecho constante mención de este hontanar inapreciable, y es llegado el momento de realizar un somero análisis. La escasez de fuentes documentales para el estudio del Consejo de Guerra durante esta época, los convierten en un recurso tan importante como poco consultado. La lectura paciente de sus cédulas nos proporciona una visión de lo que era el manejo cotidiano de los asuntos militares, dándonos a conocer al mismo tiempo el nivel de operatividad real del Consejo de Guerra. Los correspondientes a la época de Carlos V suman un total de 22 volúmenes. En ellos se recoge copia de todas las cédulas que eran despachadas por los diferentes secretarios de Guerra, pero no sólo por ellos, pues en determinados momentos se recogieron también las del Consejo de Estado.

Un análisis del conjunto nos permite extraer interesantes conclusiones: el *primero* de ellos, que comprende los últimos años del siglo XV, pasó a integrarse en los *Libros de Cédulas de la Cámara de Castilla*; mientras el *segundo*, que abarca de septiembre de 1526 a mayo de 1529, está enteramente refrendado por Francisco de los Cobos y los temas militares aparecen muy esporádicamente. El *tercero* y el *cuarto*, refrendados por el secretario interino Martínez de Ondarza, cubren ya el período comprendido entre septiembre de 1529 y febrero de 1533. Es decir, tenemos un hueco, ciñendonos sólo al reinado del emperador, de 13 años (1516-1529), en los cuales nos consta además la actuación de Pedro de Zuazola como secretario de Guerra por lo menos desde 1523. Una cata de los memoriales de la Cámara de Castilla (150-8) nos indicó que Zuazola actuó como secretario de la Cámara tratando asuntos militares: con toda probabilidad el despacho de los asuntos militares se canalizó estos años a través de los *Libros de la Cámara*, pues el Consejo de Guerra no tenía la suficiente entidad como para tener una infraestructura burocrática propia y crear sus propios registros.

Por otro lado, señalar que el *Libro de Registro sexto* contiene las cédulas despachadas por el Consejo de Estado de la emperatriz. Refrendadas por Vázquez de Molína, abarcan desde mayo de 1529 a enero de 1531.

<sup>212</sup> Véase p. 22.

Las Instrucciones dejadas por Carlos V solían ser muy generales: en 1529 se refería sólo a las «...cosas de la guerra...», especificando la asistencia del Consejo de Guerra para repartir la gente de las Capitanías que sufrieran la desaparición de su titular. En 1535, los asuntos de la guerra, sin más aclaraciones, pasaban a los consejeros de Estado. La situación se repitió en 1538 y 1539. A partir de 1543, aunque se distinguían formalmente ambos Consejos, en la práctica eran uno sólo, con el mero cambio del secretario, y seguían sin concretarse cuáles eran los asuntos de la guerra. Por otro lado, las Ordenanzas de las Guardas (1525, 1554), ya estudiadas, profundizaban en la capacidad de control de los consejeros de Guerra sobre este cuerpo militar.

Poco camino hemos avanzado en nuestras aspiraciones, pero si acudimos a los *Libros de Registro* de la Sección de Guerra y Marina del Archivo General de Simancas obtendremos una visión más ajustada. A lo largo de la investigación hemos ido resaltando en cada momento cuáles eran los asuntos tratados por los consejeros de Guerra —o de Estado—, por lo que con la perspectiva final obtenida podemos establecer una tipología de los mismos. En concordancia con las disposiciones teóricas, dos temas parecen acaparar la atención de los consejeros: las Guardas de Castilla y las fortalezas del reino. En cuanto al primero, ya desde los primeros años están repletos los cedulares de disposiciones sobre estas fuerzas, que todavía no han sido adecuadamente estudiadas. En principio, y según las épocas, parece que se respetaban bastante fielmente las disposiciones de las Ordenanzas. Así, se consultaba al Consejo de Guerra el nombramiento de tenientes y capitanes, pagos y licencias a soldados, los traslados de las compañías, aprovisionamiento, etcétera <sup>213</sup>. En lo referente a las fortalezas, el cuidado que se pretendía poner, sobre todo en los territorios de frontera, era extremo <sup>214</sup>. Sin embargo, la misma ineficacia del control administrativo debía hacer fracasar muchos de estos esfuerzos <sup>215</sup>.

En otro tipo de competencias estrictamente militares la consulta, aunque se producía, parece ser bastante menos frecuente en contra de lo que pudiera pensarse: artillería, armadas, salvoconductos, investigaciones en la adminis-

<sup>213</sup> Además de los Libros de Registro de los secretarios de la Guerra, existen numerosas relaciones —para los años cuarenta— de «...cosas que se an de ver y proveer por el consejo de la guerra...», que son absolutamente monotemáticas respecto a las Guardas de Castilla (AGS, CS, 2.<sup>a</sup> serie, leg. 1.<sup>o</sup>).

<sup>214</sup> Cédulas de 6 de septiembre de 1529, 13 de octubre (sobre las obras en San Sebastián), 22 de octubre, 3 de noviembre, 20 de diciembre, etc. (AGS, GM, LR 4).

<sup>215</sup> El número de cédulas ordenando investigaciones de las cuentas de los encargados de las obras en las fortalezas, es casi tan alto como las disposiciones que establecían las reparaciones de las mismas. Por ejemplo, el 21 de febrero de 1531 se mandó al Consejo de Guerra toda la información sobre la actuación del maestro de obras de la fortaleza de Fuenterrabía, sospechoso de haber «distruido» fondos (AGS, GM LR 4, fol. 266); el 20 de julio de 1534 se mandó la inspección de la muralla de San Sebastián, para comprobar si se habían gastado en su reparación los 4.000 ducados entregados a tal fin o si, por el contrario, tenían algún fundamento los rumores que apuntaban a que el encargado había arreglado su propia casa con esa suma (*Ibidem*, LR 7, fol. 121).

tración militar, movilizaciones generales, etc. Detectamos, además, actuaciones muy esporádicas referentes a presas de moros <sup>216</sup> y, más adelante, la represión del contrabando <sup>217</sup>.

Caso aparte lo constituyen los temas de Justicia. La historiografía nos dice que el Consejo de Guerra se constituía en Tribunal para juzgar los casos en los que se vieran involucrados los militares, circunstancia en la que eran asesorados por dos letrados del Consejo de Castilla <sup>218</sup>. Sin embargo, es ésta de nuevo una situación que corresponde a una época posterior a la que nos ocupa, y con la que tiene pocos puntos en común. Veamos, pues, cuál fue la forma de proceder durante estos años.

Oficialmente, durante el reinado del emperador, los consejeros de Guerra sólo tuvieron atribuidas ciertas competencias judiciales referentes a las Guardas, ya desde las Ordenanzas de 1525 <sup>219</sup>. Hicieron uso de las facultades asignadas <sup>220</sup>, aunque parece que pronto se excedieron del ámbito especificado iniciándose una dinámica de asunción de las causas de todo tipo que afectaran a militares, lo que no tardó en entrar en colisión con —en palabras de Thompson— «...las pretensiones monistas de la justicia civil del Consejo de Castilla» <sup>221</sup>. Dado que los consejeros no tenían la preparación adecuada para entender en este tipo de asuntos, debieron acudir a letrados de otros Consejos, con la excepción de los de Castilla que lo consideraban una intromisión. Así, el 9 de agosto de 1531 se dictó la cédula siguiente:

<sup>216</sup> Cédulas de 14 de octubre de 1529 y 22 de junio de 1530, AGS, GM, LR 4.

<sup>217</sup> El 20 de octubre de 1543 se remitió al Consejo de Guerra, desde el de Castilla, a un enviado de Barcelona para informar de ciertas irregularidades en asuntos de mercaderías y contrabandos (AGS, E, leg. 8335, fol. 71).

<sup>218</sup> «Cuydaba de la vista, y decision de las causas contenciosas, assi entre militares, y demas sugetos. que gozan del Fuero Militar, como sobre Pressas, y contravenciones de tratados de paces, y entonces se llamava Consejo de Guerra de Justicia, pues concurrían los Ministros del Consejo, un Fiscal, y el secretario de gobierno, Dos consejeros togados del de Castilla, por asociados, que para estos casos estaban nombrados [...]. Estos ministros asociados, no tenían sueldo alguno por esta ocupacion, ni voto decisivo en el Consejo, sino consultivo a los Ministros de Capa y Espada...» (Francisco Javier de GARMA Y DURAN, *op. cit.*, p. 147).

<sup>219</sup> En las Ordenanzas —tanto de 1525 como de 1554— se daba primacía a los justicias civiles sobre los militares: si el pleito se establecía entre soldados, la competencia correspondía al alcalde de las Guardas, y si éste no estuviere, al capitán de la compañía; si se vieran envueltos civiles, resolvía el corregidor si lo hubiere, o si no el alcalde de las Guardas junto con la justicia ordinaria, y si no se pusiesen de acuerdo se acudiría al corregidor del territorio de realengo más próximo. El Consejo de Guerra sólo intervendría en el caso de que no se siguiesen los pasos estipulados, a instancias del veedor general de las Guardas (AGS, CS, 2.ª serie, leg. 1.º).

<sup>220</sup> El 17 de enero de 1531, un teniente de las Guardas duramente sancionado por el marqués de Mondéjar, recurrió a la emperatriz, la cual mandó «...traer el proceso que cerca de lo susodicho se hizo el qual bisto por los del nro consejo de la guerra...» (AGS, GM, LR 4, fol. 249); encontramos asimismo muestras de esta actividad el 13 de junio de 1530 (*Ibidem*, fol. 138), 12 de agosto (*Ibidem*, fol. 180), 20 de abril de 1532 (*Ibidem*, LR, 5, fol. 182), etc.

<sup>221</sup> I. A. A. THOMPSON, *Guerra y decadencia...* p. 58.

«En Avila a 9 de agosto de 1531 en el consejo de la guerra estando presentes el conde de Miranda y don Juan Manuel y el comendador mayor Fonseca y el conde don hernando de Andrada se acordo que el doctor Ezalla del consejo de Ordenes venga al Consejo de Guerra en cada semana un día señaladamente los dias jueves (...) a ver y determinar los negocios que allí se trataren conforme a justicia...»<sup>222</sup>.

El emperador —seguramente instado por los consejeros de Castilla— no veía con buenos ojos la extralimitación en sus funciones por parte de los consejeros de Guerra, y así se lo recordaba periódicamente a sus delegados en el gobierno<sup>223</sup>. De hecho, hasta los últimos años no empezó a cambiar de actitud el rey<sup>224</sup>. Cuando Felipe empezó a asumir responsabilidades efectivas de gobierno se consolidó la nueva forma de actuar. Fue en las instrucciones para el gobierno de la regencia que el príncipe dejó a su hermana Juana en 1554, cuando por primera vez se especificó la asistencia cuando fuese necesaria de un letrado del Consejo Real<sup>225</sup>, oficializando lo que fue seguramente práctica común durante los últimos años de reinado del emperador<sup>226</sup>.

<sup>222</sup> AGS, GM, LR 5, fol. 90. La fecha de esta cédula viene a coincidir con los inicios de los que se han denominado la «Revolución Legal» en Castilla, con un incremento espectacular de la actividad judicial. Véase Richard L. KAGAN, *Lawsuits and litigants in Castile, 1500-1700*, University of North Carolina, 1981; y el buen análisis que de esta obra hace I. A. A. THOMPSON, «The rule of the law in early modern Castile», *European History Quarterly*, vol. 14 (1984), p. 222.

<sup>223</sup> El 2 de septiembre de 1532 escribía a Isabel que «...de aqui adelante se le escrivan solamente las cosas que en el Consejo de Estado y Guerra se deven tratar, y en otra aparte las que tocan a la justicia de las partes y a la gobernación...» (CDCV, I, p. 394); la respuesta de la emperatriz, el 10 de octubre siguiente. «...que yo le certifico que hasta agora, que yo aya visto, no se a tratado en consejo de estado cosa de negocio particular; porque estas cosas he mandado que se vean y determinen en el Consejo Real y de alli me las han consultado...» (AGS, E, leg. 24, fol. 54; transcrito por M. C. MAZARIO COLETO, *op. cit.*, p. 361). No debieron atender por completo la demanda del monarca, pues en las sucesivas instrucciones de gobierno se recordaba la prohibición: en 1535 y 1538 se especificaba que en el Consejo de Estado «...no se traten otras cosas, sino las de la calidad susodicha...» (CDCV, I, pp. 418 y 540); en 1539 concretaba más el rey, seguramente por la reincidencia de los consejeros: «Los del consejo de estado y guerra seran los que agora son, y entenderse ha en los negocios como se hace, mirando que allí no se trate de los de justicia, ni de los que no se acostumbran tratar» (*Ibidem*, II, p. 49). En 1543 y 1548 se volvía a repetir la fórmula «...tractar los negocios que se acostumbran, y no mas...» (*Ibidem*, III, p. 32).

<sup>224</sup> En la tardía fecha de 8 de julio de 1548, ordenaba el emperador que un asunto fuera visto en el «...Consejo de Guerra, y porque los principales puntos son de justicia, tomen consigo dos o tres letrados que sean personas suficientes y quales convienen, y se vea y platique en ello...» (AGS, E, leg. 344, fol. 248; CDCV, II, p. 645). Es evidente que si fuera normal en estos años —como lo fue poco después— que los letrados entraran en el Consejo para tratar este tipo de asuntos, el tono de la disposición de Carlos V hubiera sido muy otro.

<sup>225</sup> Se trataba del doctor Velasco (véase p. 45).

<sup>226</sup> En junio de 1552 se vio en el Consejo de Guerra un pleito «...presente el licenciado Menchaca del consejo de su majestad...» (AGS, GM, LR 20, fol. 395; la cédula donde está contenida esta información es de 29 de julio de 1553).

Por último, algunas consideraciones acerca del ámbito geográfico sobre el cual ejercieron sus funciones los consejeros de guerra. Señala Thompson, refiriéndose al siglo XVII: «... su autoridad se hallaba restringida a la península ibérica, el norte de Africa y las islas del Mediterráneo y el Atlántico. Flandes, Italia y las Indias quedaban fuera de su jurisdicción...»<sup>227</sup>. Nuestras investigaciones no hacen sino corroborar estos datos para la primera mitad del siglo XVI. Aparte de en los asuntos castellanos —especialmente las Guardas— entendían los consejeros con especial cuidado en los asuntos de las fortalezas fronterizas con Francia: Navarra (especialmente Estella y Pamplona), País Vasco (San Sebastián y Fuenterrabía) y Cataluña (Perpiñán); en la defensa de las costas peninsulares y de las islas. Estas conclusiones nos conducen a una reflexión sobre el carácter del Consejo de la Guerra. Excepto en los escasos retornos del emperador (cuando se producía la fusión de consejeros), se limitaba estrictamente al ámbito peninsular y poco más, como acabamos de ver; pero tampoco podemos hablar con propiedad de un órgano castellano ya que sus actuaciones excedían la de este reino. Podemos afirmar, con cierta cautela, que los aspectos de la defensa peninsular se centralizaban en la Corte, mediatizados en consecuencia por la visión y el «modus operandi» castellano. Pero la influencia real de los distintos reinos en esa organización —en el contexto global de sus relaciones con el gobierno— a través bien de sus aportaciones, bien de los conflictos de competencias con las autoridades locales, es un tema que posponemos a la espera de ulteriores y más profundas investigaciones.

## b.2) Características

Hemos ido apuntando a lo largo de la exposición las particularidades y *curriculum vitae* de cada consejero de Guerra, y es llegado el momento, con la perspectiva de conjunto, de sintetizar cuáles fueron las características que reunieron los personajes convocados, a fin de extraer las conclusiones oportunas.

El calificativo «...de capa y espada» fue utilizado por los cronistas para referirse a los miembros de los consejos que eran militares de profesión, en contraposición a los letrados. Es fácil colegir que los consejeros por excelencia que ostentaron esta condición fueron los de guerra, aunque hubo sus excepciones.

Los consejeros que no fueron profesionales de la milicia eran burócratas con larga experiencia en los entresijos de la administración, y que ocuparon el puesto tras haber servido como secretarios del Consejo —caso de Pedro de Zuazola y Juan Vázquez de Molina—, o bien en respuesta a las necesidades de la Monarquía, que precisaba la actuación conjunta de los militares y de la persona que manejaba los dineros (el «nervio de la guerra»), circunstancia

<sup>227</sup> I. A. A. THOMPSON. *Guerra...* p. 55.

del tesorero general Francisco de Vargas durante la crisis de las comunidades.

Entre los consejeros de capa y espada se pueden realizar algunas matizaciones. En los primeros años, de tensa paz dentro del Reino y en Europa, los consejeros de Guerra fueron cortesanos que intentaban hacerse un sitio en el entorno del nuevo soberano: Hernando de Vega, Alonso Téllez Girón y el marqués de Aguilar. Poco después, los nombramientos recayeron en militares activos, debido tanto a la necesidad de enfrentarse a las agitaciones internas como a la obligación de premiar los servicios de aquellos que se distinguieron defendiendo las armas del rey: Rodrigo Manrique, Diego de Rojas, el conde de Miranda, Diego Hurtado de Mendoza y Antonio de Fonseca. Cuando la situación se tranquilizó, sólo unos pocos hicieron carrera en el escenario que sustituyó a los campos de batalla: la Corte <sup>228</sup>. Nuevos personajes militares hicieron entonces una entrada transitoria, Hugo de Moncada y César Ferramosca —que murieron combatiendo juntos en Nápoles— y el efímero Hernando de Andrada, gran militar que encontró una carrera más provechosa en los asuntos relacionados con el Nuevo Mundo. A partir de los años treinta, en los negocios de la guerra pasaron a entender los consejeros de Estado, como ya hemos visto. La situación se prolongó en las dos décadas siguientes, con el cambio de secretario, según se tratara una u otra materia y la excepción de los consejeros de Estado que fueran eclesiásticos. Es decir, estamos —con la única excepción del duque de Alba, el general más brillante de su época y al que todavía quedaba una larga carrera por delante de éxitos militares— ante ilustres personajes de profesión castrense pero inactivos en este aspecto, y que desarrollaron su labor por entero en los más pacíficos ambientes de la Corte <sup>229</sup>.

Observamos el predominio absoluto de la nobleza —tanto de figuras con título como segundones de las grandes familias— hecho normal si consideramos el monopolio que ejercieron sobre el arte militar. Respecto a los cargos que ocuparon, el rey acudió a ellos —como los soldados de prestigio que eran— para cubrir los gobiernos de zonas fronterizas, que necesitaban de una preparación militar constante: el caso más elocuente es el de Navarra, amenazada de continuo por una invasión francesa: el conde de Miranda ocupó el cargo entre 1521 y 1527; el marqués de Cañete, entre 1535 y 1542, y el marqués de Mondéjar, de 1543 a 1546. Para el primero y el tercero supuso el paso previo a su entrada en la Corte —que se produjo con gran fuerza en ambos casos—, mientras que para el segundo constituyó un retiro (deseado, pero retiro al fin y al cabo), debido a su pérdida de influencia. Otros territo-

---

<sup>228</sup> Ya hemos visto cómo sólo quedaron Hernando de Vega (muerto en 1526), Antonio de Fonseca (muy desprestigiado), Hurtado de Mendoza (que acabó saliendo de la Corte) y el conde de Miranda, que entró en el Consejo de Estado y ejerció su dominio sobre los asuntos de la guerra. El juego de las influencias cortesanas excluyó a Manrique, el marqués de Aguilar y Téllez Girón.

<sup>229</sup> Tal es el perfil del conde de Osorno, Juan de Zúñiga y Avellaneda, el conde de Cifuentes: más adelante el marqués de Mondéjar, el marqués de Távara, el marqués de Cortes, Antonio de Rojas y García de Toledo.

rios peninsulares limítrofes tuvieron al frente consejeros de Guerra: en Galicia gobernaron Hernando de Vega (entre 1498 y 1505) y el marqués de Cortes (1549-1550)<sup>230</sup>; la Capitanía General de Andalucía la ostentaba el marqués de Mondéjar con carácter vitalicio<sup>231</sup>. Ya fuera de la península, Italia tuvo a dos consejeros de Guerra ejerciendo altas responsabilidades: César Ferramosca como «*vicegerente*» del virrey de Nápoles y Hugo de Moncada al frente del virreinato de Sicilia hasta 1516, y desarrollando más tarde la última labor de mando de su vida en Nápoles.

Por supuesto, cuando estas figuras recalaron en la Corte ejercieron al tiempo todo un rosario de cargos palaciegos, ocupando posiciones según sus influencias y contactos políticos<sup>232</sup>. Hay que señalar, por último, una circunstancia que está íntimamente ligada a las atribuciones de los consejeros: la mayor parte de ellos ostentaron la titularidad de una capitanía de las Guardas<sup>233</sup>. Por un lado, ello refuerza la teoría de que su gran ocupación fue el control y administración de estas fuerzas, y por otro nos hace pensar en el prestigio que pudiera derivarse del cargo, en una sociedad tan militarizada como la castellana de la primera mitad del siglo XVI. Sin embargo, no es nuestra intención profundizar en estas cuestiones, pues se trata de un campo, el de las Guardas de Castilla, que se conserva todavía virgen para la investigación.

### c) El secretario

El secretario de la Guerra estaba encargado de tramitar todos los asuntos que, sobre esta materia, se despachasen en la Corte, asistiendo al mismo

<sup>230</sup> Laura FERNANDEZ VEGA, *La Real Audiencia de Galicia, órgano de gobierno en el Antiguo Régimen*, La Coruña, 1982, III, p. 407. En la relación de gobernadores que nos proporciona la autora, se incluye otro consejero de Guerra: Diego Hurtado de Mendoza, «Guarda Mayor de la ciudad de Cuenca y sus tierras», en junio de 1510. La descripción corresponde al marqués de Cañete (véase *supra*, nota 49), pero no hemos podido hallar ninguna otra prueba, como pudiera ser el título en su expediente de Quitaciones de Corte, de que efectivamente ejerciera tal cargo. Dado lo común del nombre, que ya ha dado lugar a varias confusiones de identidad, posponemos la comprobación a ulteriores investigaciones.

<sup>231</sup> Si el titular se hallaba ausente por atender otras responsabilidades, el conde de Tendilla —heredero de la Casa— se hacía cargo de las funciones de capitán general.

<sup>232</sup> El conde de Miranda fue mayordomo mayor de la emperatriz; Antonio de Fonseca, contador mayor de Hacienda; César Ferramosca, caballerizo mayor; Mondéjar, presidente de Indias y luego del de Castilla; el marqués de Távara, al frente de la Casa de los Infantes; Antonio de Rojas, primer sumiller de Corps y ayo del infante don Carlos; el marqués de Cortes, presidente del Consejo de Ordenes, etc.

<sup>233</sup> El marqués de Cañete, el conde de Cifuentes, marqués de Denia, Diego de Rojas, marqués de Aguilar, Rodrigo Manrique, marqués de Mondéjar y el conde de Osorno, todos ellos aparecen en las relaciones de Capitanías (AGS, CS, 2.ª serie, leg. 1.º).

tiempo en sus deliberaciones a los consejeros de Guerra<sup>234</sup>. Con todo, ya hemos visto como estos asuntos no eran privativos de los consejeros de Guerra, pues las decisiones más importantes en este ámbito eran discutidas por los consejeros de Estado y gestionadas por el secretario de dicho Consejo. La confusión subsiguiente se solventó entre 1533 y 1539 al asumir Vázquez de Molina ambos cargos dentro del gobierno de la Regencia. A partir de este último año, el secretario de la Guerra se convirtió en el único elemento identificativo de los asuntos militares, ya que los consejeros que entendían en los negocios de Estado y Guerra eran los mismos. Esta circunstancia —la sombra del Consejo de Estado—, así como el muy escaso desarrollo de la infraestructura militar, que hacía innecesario el amplio aparato burocrático que le hubiera proporcionado mayor peso específico dentro del gobierno, hacían que el cargo se considerara de menor relieve. Su escasa relevancia le llevó a servir de escalón intermedio en la carrera administrativa de los titulares<sup>235</sup>. Lo observamos con los dos personajes que lo fueron durante el reinado de Carlos V: Pedro de Zuazola —que pasó a consejero y tesorero general en 1532— y Juan Vázquez de Molina, que inició en este puesto una exitosa trayectoria en la maquinaria burocrática de la Monarquía. Ambos personajes («creaciones» de Cobos) ostentaron un alto grado de confianza por parte del emperador, que los llevó consigo en sus viajes o les confirió mayores responsabilidades, haciéndose necesaria en consecuencia la aparición de los secretarios interinos: Martínez de Ondarza entre 1529 y 1532 y Francisco de Ledesma desde 1539 hasta finales del reinado, con intermitencias según iba ascendiendo Vázquez de Molina. Ambos, como señala Thompson, se distinguían, más que por su experiencia en materias relacionadas con lo militar, por ser burócratas de larga trayectoria y un especial conocimiento del sistema hacendístico<sup>236</sup>.

#### d) Oficiales menores

Conservamos muy escasas noticias sobre los oficiales de menor rango que actuaron de auxiliares en los negocios de la guerra. Ya vimos cómo en 1519 Bartolomé de Ybáñeta tenía asignadas varias funciones como oficial de Pedro de Zuazola —convocar a los consejeros, sellar y registrar las provisiones<sup>237</sup>—, puesto en el que seguía en junio de 1524<sup>238</sup>. Entre sus sucesores

<sup>234</sup> Las primeras instrucciones que recibieron los secretarios de Guerra datan de mayo de 1586, con ocasión del desdoblamiento de la Secretaría entre los asuntos de Mar y los de Tierra (BNM, Ms. 2058, fol. 15).

<sup>235</sup> Aunque se sale de nuestro ámbito de estudio, no podemos dejar de señalar que esta tendencia fue especialmente acusada a partir de finales del siglo XVI. Se convirtió en una especie de tradición al pasar por alguna de las Secretarías de Guerra antes de ocupar la de Estado.

<sup>236</sup> I. A. A. THOMPSON, «The Armada...», p. 704.

<sup>237</sup> Véase *supra*, nota 37.

<sup>238</sup> Tuvo problemas en esta fecha, pues el rey anuló algunas cédulas que había emitido Ybáñeta sin consultarle (AGS, CS. 2.ª serie, leg. 1).



parece que se dio un proceso de especialización —por lo menos en lo tocante a las denominaciones—, y ya en 1530 se otorgó un título de portero del Consejo de Guerra <sup>239</sup>. No hemos hallado más datos de oficiales de este nivel durante la primera mitad del siglo XVI.

En realidad, el grueso de los oficiales menores del Consejo de Guerra estuvieron dedicados a temas relacionados con la Justicia <sup>240</sup>. Pero ya hemos visto que fueron actividades que no se iniciaron hasta los últimos años del reinado. En ausencia de este tipo de asuntos, las muy disminuidas competencias de los consejeros de Guerra no requerían un fuerte aparato de oficina para atenderlas. Así, el secretario disponía sólo de algunos ayudantes a quienes retribuía económicamente <sup>241</sup>. Todo ello no fue sino fiel reflejo, una escuela más, de la escasa presencia y entidad del Consejo de Guerra.

## APENDICE I

*Título de consejero de Guerra para el marqués de Aguilar*  
(7 de septiembre de 1517, AGS, QC. Leg. 32, fol. 536).

«D. Luys Fernandez Manrique marques de Aguilar

La Reina y el Rey su hijo hazemos saber a vos los nros contadores mayores que nra (...) e voluntad es de tomar e rescibir por del nro Consejo de las cosas de la guerra a D. Luys Fernandez Manrique, marques de Aguilar y queremos y es nra voluntad que entre y este y vote en ese dicho Consejo como uno del, segund y como lo han hecho y pueden y deben hacer los otros del dicho nro consejo de guerra e que haya y tenga de nos de salario con el descargo otros cien mil mds como son y tienen cada uno de los otros del dicho nro consejo de la Guerra porque vos mandamos que lo pongais y asentedes ansy en los nros libros que vosotros tenedes y libreis los dichos mds al dicho marques este presente anno desde el dia de la fecha de sta nra alvala hasta enfín del e dende en adelante en cada un año (...)

<sup>239</sup> Cédula de 30 de abril de 1530 otorgando título de portero del Consejo de Guerra a Francisco de Rojo, con salario de 15.000 maravedíes (AGS, GM, LR 4, fol. 124).

<sup>240</sup> I. A. A. THOMPSON, «The Armada...», pp. 705-706.

<sup>241</sup> Señala THOMPSON, *Ibidem*, que en 1548 Vázquez de Molina disponía de cinco auxiliares (basándose en AGS, E, leg. 13, fol. 86, peticiones de «...criados de Juan Vázquez»), pero hay que tener en cuenta que con ellos debía atender varios cargos, entre los cuales la Secretaría de la Guerra —donde era sustituido por Francisco de Ledesma— no era el más importante. Hasta la división de mayo de 1586 no se preocupó el rey de asignar a cada secretario dos oficiales pagados con cargo a la Corona (BNM, Ms. 2058, fol. 15).

y segund y como y quando libraredes a los otros del dicho nro consejo los semejantes mds que de nos tienen y asentad el treslado desta nra alvala en losdichos nros libros e tornad la original al dicho marques para que la tenga e no fagades ende (...) Burgos, a siete días del mes de septiembre de quinientos e diecisiete annos. Yo el Rey. Yo Francisco de Cobos Secretario de la Reyna y el Rey su hijo nros señores la fice escribir por su mandado»

## APENDICE 2

### *Título de consejero de Guerra para el marqués de Aguilar*

(21 de abril de 1518, AGS, QC., Leg. 32, fol. 537)

«D. Luys Fernández Manrique marques de Aguilar Nos la Reyna e el Rey su hijo hacemos saber a vos nros. contadores mayores que nra. mrd. e voluntad es de tomar e rescibir por de nro. consejo dla guerra a don Luys Fernandez Manrique marques de Agui lar que haya e tenga de nos de racion e quitacion en cada un año del dho oficio cient mill mds. porq vos mandamos q. lo pongais e asen tedes ansy en los nros. libros e nomynas dias relaciones e quitaciones que vosotros tenedes e libredes al dho marques de Aguilar los dhos cient mill mds. este presente anno desde primero del mes de septiembre e desde en adelante en cada un año segund e como y quando libraredes a los otros del nro. consejo los semejantes mds. que de nos tienen e asentades treslado desde nro. alvala en los dhos. libros e sobreescrito e librado de vosotros este original tornad al dho. marques para que lo tenga por tytulo de dho. oficio non fagades ende la fecha en el lugar de Langa e veynte e un dias de abril de myl e quotos. e diez e ocho annos. Yo el rey. Yo Francisco dlos Cobos secretario dla reyna e del Rey su hijo nros. señores la fize escrebir por su mandado»

## APENDICE 3

### *Nómina de consejeros: año 1520 (AGS, NC, 2-14)*

«Contadores mayores de la catolica reyna mi señora y mios yo vos mando que libredes al Presidente e los del nro/consejo que con el residen este presen-

te ano de quinientos y veinte los mds./que han de aver de sus raciones y quitaciones con los dichos oficios cada uno/dellos la quantia de mds syguiente en esta manera

al arzobispo de Granada presidente del Consejo (...)

al obispo de Burgos cent milll mds.

a D. Hernando de Vega comendador mayor de Castell cent mill mds

Al obispo de Badajoz cent mill mds

al obispo de almeria cent mill mds

al ldo. Zapata cent mill mds.

al doctor Palacios Rubios cent mill mds.

al doctor Carvajal cent mill mds.

al ldo Polanco cent mill mds.

al ldo. Vargas cent mill mds.

Al Ldo. Aguirre cent mill mds.

al doctor cabrero cent mill mds.

al Ldo. Poalla cent mill mds.

a Don Alonso de Castilla cent mill mds.

a Don Pedro Puertocarrero, cent mill mds.

al doctor Beltran cent mill mds.

al doctor Guevara cent mill mds.

al doctor (...) canciller de aragon cent mill mds.

al D. Garcia de Padilla cent mill mds.

al Ldo. Cristobal Vazquez cent mill mds

al Ldo. Rodrigo (...) Fiscal CLV mds

al Ldo. Prado Fiscal

al marques de Aguilar por del Consejo de la Guerra cent mill mds.

Los cuale dhos mds librad a las susodichas personas a cada uno la cantidad de mds...»